

A muscular man with a beard and chest hair is shown from the waist up, wearing a red and black plaid kilt. He is standing in front of a large, stone castle with multiple towers and red roofs, situated on a rocky cliff. The background is a misty, mountainous landscape. The title text is overlaid on the man's torso and the castle.

El Lobo
de
ESCOCCIA

EMMA C. FRASER



El Lobo
de
ESCOCIA

EMMA C. FRASER



EL LOBO

DE

ESCOCIA

EMMA G. FRASER

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: El lobo de Escocia.

©Emma G. Fraser, 2019.

Diseño de la portada: Ana B. López.

Corrección del texto y maqueta: Ana B. López.

Imagen tomada de Depositphotos, Pixabay y Shutterstock.

PRÓLOGO

Castillo Sinclair, 1650

Gael Sinclair estaba realmente enfadado ese día. Durante más de dos años habían tenido que soportar las incursiones de los hombres del clan Sutherland en sus tierras, robando y asesinando por doquier desde que el joven tomó el mando del clan cuando su padre fue a reunirse con el Creador. La noche siguiente al entierro de su padre, el castillo Sinclair sufrió una devastadora incursión del clan Sutherland, lindero con sus tierras: los guerreros consiguieron entrar en el clan Sinclair y asesinar a una parte de su población, especialmente las casas más alejadas del castillo, provocando que numerosos hombres, mujeres y niños perecieran aquella aciaga noche en la que murió también la única hermana de Gael: Brianna. El nuevo *laird* y su hermano pequeño, Edwin, sufrieron por la nueva pérdida en la familia y juraron aquella noche vengarse de los Sutherland para hacerles pagar por el daño que habían provocado en su familia.

Desde entonces, dos años después, Gael seguía incurriendo en las tierras de los Sutherland, consiguiendo que gran parte de ellas cayeran rendidas a sus pies, engrandeciendo aún más el territorio del clan Sinclair. Sin embargo, aquel día las cosas se habían torcido para ellos y habían sido sorprendidos por varios mercenarios contratados por Calem Sutherland, *laird* de ese mismo clan, lo cual provocó que tuvieran que huir de sus tierras para regresar a su castillo.

El humor de Gael había caído en picado desde ese momento, aunque podía decirse que el joven había perdido cualquier rastro de alegría la noche de la incursión de los Sutherland, pero especialmente cuando descubrió que la que iba a ser su esposa, Leslie Sinclair, se encamaba con uno de sus mejores amigos: Durstan. Tras la muerte de su familia, Gael se había apoyado moralmente en Leslie para intentar olvidar el dolor producido por su pérdida, por lo que en el momento en el que la descubrió en la cama con su amigo, el rostro amable y bondadoso del *laird* se tornó adusto y gruñón para siempre.

Después de ese día, expulsó del clan y de sus tierras a Durstan y, a pesar de que el destino de Leslie iba a ser el mismo que el de su amante, Edwin consiguió convencer a su hermano para que la dejara quedarse en el castillo, ya que la joven había perdido a toda su familia cuando solo era una niña y no le quedaba nadie en el mundo que pudiera hacerse cargo de ella fuera de aquellos muros. A regañadientes, Gael aceptó, pero cortó toda relación con la joven, siendo uno de los pocos *lairds* que

aún estaban solteros en toda Escocia.

Después de todo eso, la forma de ser el joven *laird*, que a sus veinticinco años había conseguido mucho más que otros mayores que él, cambió por completo, pasando a convertirse en un hombre taciturno, poco amable, de pocas palabras, gruñón, frío y distante con todas las personas del clan, incluido su hermano, Edwin. Los clanes enemigos lo consideraban una persona calculadora y despiadada, por lo que lo habían apodado con el sobrenombre de Lobo.

Ese día, después de la escaramuza, Gael entró en el patio del castillo como una exhalación, bajando del caballo antes de que este parase e incluso dejando a sus hombres varios metros atrás. Los pocos criados que había cerca de él se apartaron e intentaron esconderse en algún lugar para evitar ser el centro de su furia, pues en su rostro y, especialmente, en sus ojos se reflejaba una ira con la que nadie quería cruzarse. Incluso Edwin, que caminaba tras su hermano, prefería hacerlo a cierta distancia. Ambos jóvenes eran muy parecidos, incluso más de uno podría confundirlos y pensar que eran gemelos. Sin embargo, en el rostro de Edwin podía verse claramente que era cinco años más joven que Gael e incluso algo más bajo que él.

Gael Sinclair era uno de los hombres más altos del norte de Escocia. Sus casi dos metros de estatura y su inmensa musculatura provocaban pánico entre los hombres que debían luchar contra él. Algunos en su ignorancia pensaban que estaba hecho de piedra, incluso otros creían que se trataba de algún viejo dios de la antigüedad, ya no solo por aquella mole de musculatura, sino porque su belleza no parecía de este mundo. Gael tenía el pelo corto y de un color tan negro como su alma. Sus ojos, algo que llamaban la atención de muchas personas, tenían un color peculiar, casi gatuno, pues eran de color ambarino y observaban todo con tanta intensidad que cualquier mujer podría derretirse

frente a él sin que este dijera una sola palabra. Su rostro, cuadrado y serio, reflejaba parte del dolor con el que había tenido que convivir y del que aún no había aprendido a alejarlo de su vida. En ese momento, vestía con el *kilt* con los colores propios del clan Sinclair, aunque las manchas de sangre del enemigo impedían verlos con claridad. Su camisa blanca también tenía las mismas manchas que su *kilt*, del que pendía un cinturón para portar la enorme y pesada *claymore* con la que luchaba.

La figura de Gael se internó dentro del castillo, permitiendo que los pocos sirvientes que había en el patio salieran de sus escondrijos para continuar con sus

labores.

La semioscuridad del pasillo lo recibió, dibujando una descomunal sombra del *laird* que habría asustado a cualquiera que la hubiera visto. La sobriedad de la decoración del lugar hizo que Gael torciera el gesto. El castillo había vivido una época en la que los telares y cuadros colgaban de las paredes y todo estaba lleno de flores que daban alegría a todas las estancias. Sin embargo, desde que expulsó de allí a Leslie, la decoración había desaparecido, sumiendo al castillo en la misma negrura que su amo.

Gael abrió la puerta del despacho con furia, y de no ser porque Edwin entró detrás, esta se habría cerrado con un sonoro portazo. El joven se paseó por la estancia como si se tratase de un león mientras era observado por la pasividad y calma que mostraba Edwin.

—¿Se puede saber por qué demonios me miras así? —gruñó Gael mientras fijaba su mirada en su hermano.

—Solo intento buscar la manera de acabar con esta maldita guerra de una vez

—dijo con la voz calmada—. Los Sutherland solo nos han traído desgracias, y quiero que paguen por el dolor que nos han infringido, pero ya les hemos quitado buena parte de sus tierras. ¿No crees que es suficiente?

—¿Cómo dices? —vociferó—. ¿Acaso se te ha olvidado ya la cara de terror que tenía nuestra hermana cuando murió? ¿Estás en contra de las decisiones

de tu *laird*?

Gael se paró a un metro de su hermano y lo miraba mientras esperaba con ansia una respuesta por su parte.

Edwin suspiró y negó con la cabeza. Quería a su hermano por encima de cualquier otra persona, pero él era más calmado y menos beligerante que Gael, aunque este hacía años que también tenía ese talante ya perdido y olvidado en lo más profundo de su corazón roto por culpa del amor.

—Hermano, sabes que te seguiría hasta el mismo infierno. Solo te daba mi opinión.

Gael le dio la espalda y se aproximó a la ventana para disfrutar de las vistas que ofrecía el acantilado sobre el que estaba construido el castillo. El mar estaba embravecido, como su alma, y las nubes negras que pendían del cielo auguraban una buena tormenta para esa misma noche.

—No creía que Calem Sutherland tuviera tanto dinero como para contratar a mercenarios —admitió Gael—. Ha sido un movimiento que no esperaba.

—Pues entonces hagamos lo mismo. —Gael se giró hacia él sin entender lo que quería decirle—. Si Calem solo nos espera en incursiones de día y contra sus poblados, hagamos algo que no espera. Nunca les hemos robado ganado y el invierno está próximo, hermano. Si les quitamos parte de su sustento, tendrán menos dinero para contratar a mercenarios.

Gael asintió en silencio y sopesó esa posibilidad. No había pensado en ella a pesar de la simpleza de la misma. Durante siglos, los diferentes clanes habían robado ganado a sus enemigos para debilitarlos, pero a él nunca le había gustado esa táctica, pues siempre se había considerado un hombre de acción que prefería luchar y derramar sangre con su espada en lugar de actuar a escondidas. Pero después de lo sucedido ese mismo día no podía negarse a esa posibilidad.

—Lo haremos dentro de dos días —sentenció tras pensarlo unos minutos—.

Ve a hablar con los hombres y explícales el plan.

Edwin asintió.

—¿Por qué esperar tanto? Podemos hacerlo esta noche...

Gael se negó en rotundo.

—Estoy seguro de que esos mercenarios rondarán las tierras de los Sutherland durante toda la noche y será más difícil llevar a cabo el robo. Hay que esperar un tiempo prudencial para ello.

Después de esas palabras, Gael se dirigió hacia la puerta y dejó solo a su hermano mientras cavilaba cómo informar a los hombres del clan sobre la nueva estrategia a seguir.

Gael se dirigió con paso decidido, aunque ligeramente cansado, hacia las escaleras para subir al piso superior. Lo sucedido durante ese día había sido un duro revés para sus planes y la rabia que sentía al haber sido sorprendidos por aquella banda de mercenarios le recorría el cuerpo de arriba abajo. Respiró hondo para intentar calmarse, pero una voz a su espalda hizo que apretara los puños y se girara de golpe.

—¿Un día duro?

Leslie Sinclair se encontraba a solo unos pasos de él y, para su disgusto, se acercó al joven de forma insinuante al tiempo que se relamía los gruesos labios.

Leslie era la mujer más bonita y sensual que había conocido en su vida. Siempre pensó que ninguna otra mujer llegaría a atraerlo de la misma forma que aquella joven rubia de ojos azules y mirada felina y penetrante que era capaz de atraparte en un solo segundo. Leslie era delgada y alta, de rostro ovalado y angelical, y sabedora de su belleza conocía todas las tácticas para atraer a un hombre y hacer que perdiera la razón como él mismo hacía ya demasiado tiempo. Desde entonces no había vuelto a estar con ninguna otra mujer. A pesar de que a veces al castillo llegaban mujeres de vida fácil para alegrar la vida a sus hombres, Gael no había sido capaz de sentir absolutamente nada por ninguna de ellas, pues la herida que le había

producido la traición de esa bella mujer había hecho que perdiera el interés por cualquier mujer.

Cuando los finos y largos dedos de Leslie tocaron su hombro, Gael sintió, a su pesar, un tirón en la entrepierna que lo hizo dar un paso atrás para evitar cualquier contacto con ella. La joven hizo un pequeño puchero y su voz chillona volvió a escucharse en el solitario pasillo.

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites... —ronroneó.

—No quiero nada tuyo, Leslie —dijo con la voz ronca.

Tiempo atrás, para eliminar la rabia de su sangre habría aceptado la proposición de la joven. La habría llevado en volandas hacia su dormitorio para dar rienda suelta a la pasión y desfogar aquel fuego que lo recorría por dentro. Y

durante un segundo, su mente lo traicionó al desear hacerlo.

Leslie, consciente de lo que Gael estaba sintiendo en ese momento, se acercó aún más y volvió a tocarlo. Al ver que este se mantenía quieto y con la mirada puesta en los labios de la joven, acercó su rostro al *laird* y le dijo:

—Sé que aún me deseas, Gael —susurró mientras llevaba una mano juguetona hacia la entrepierna del guerrero—. Podríamos ser felices si olvidamos el pasado.

Aquellas palabras parecieron despertar la mente obnubilada de Gael y se apartó de golpe al tiempo que sujetaba con fuerza la mano de Leslie, que hizo un gesto de dolor al sentir la furia y la poca delicadeza de los dedos del joven.

—Ya te dije que no volvieras a acercarte a mí. Soy el *laird* de este castillo y si no estás fuera de estas tierras es gracias a mi hermano Edwin, a quien estoy seguro de que habrás embrujado con alguna de tus pócimas porque aún no

entiendo cómo pudo defenderte con tanto ahínco. Si quieres seguir permaneciendo en este castillo, será mejor que te escondas de mi presencia y me dejes en paz. O bien puedes irte con tu querido amante y dejarnos en paz.

—Yo te quiero, Gael —gimió Leslie.

—Debiste pensarlo antes de que encamarte con mi mejor amigo. Y déjame en paz de una vez. No pienso volver contigo, mujer.

Gael la soltó de golpe y se dio la vuelta, dejándola sola, dispuesto a seguir su camino para intentar descansar un poco y quitarse el polvo y el sudor del día. No volvió a mirar hacia atrás, a pesar de saber que Leslie seguía a los pies de las escaleras, por lo que no pudo escuchar su promesa de venganza:

—Ya veremos...

La joven se giró y se encaminó hacia la puerta mientras en su mente ideaba un plan para volver a recuperar el amor de Gael. Sabía que había cometido un error hacía tiempo, pero ella amaba al que había sido su prometido y no estaba dispuesta a dejar el camino libre a cualquier otra mujer que quisiera arrebatárselo a Gael. Aquel hombre era para ella y haría lo que fuera para recuperarlo, aunque pusiera en peligro su propia vida, ya que lo que tenía en mente podría llevarla a la ruina.

La casa de Leslie estaba a escasos metros de los muros del castillo y estaba repleta de pócimas y ungüentos para aquellos que lo necesitaran. Podría decirse que era una especie de bruja o curandera que a veces jugaba con algo tan peligroso como la magia ancestral que había aprendido de su abuela materna. Y

en su locura de amor por Gael estaba decidida a hacer un poderoso hechizo de amor para atar los sentimientos del joven y que volviera a amarla con locura.

Leslie buscó en su libro de hechizos el más poderoso para atar el amor de alguien y que estuviera ciego por una persona. Y cuando por fin lo encontró, le faltaba algo que perteneciera a Gael y que estuviera destinado a la persona con la que fuera a casarse, por lo que necesitaba que el guerrero estuviera fuera del castillo para tener vía libre y adentrarse sigilosamente en el dormitorio del joven, donde tenía algo de gran valor sentimental que debería entregar a su futura esposa: un colgante que había pasado de generación en generación entre las mujeres de su familia. Leslie sabía dónde guardaba Gael

ese precioso colgante, pues cuando estaban prometidos se lo enseñó y juró entregárselo el día de su boda.

Por todo ello, Leslie esperó pacientemente durante los dos días posteriores a su encuentro con Gael para aprovechar la salida de los guerreros del clan hacia las tierras de los Sutherland para robar. Durante ese tiempo, repasó una y otra vez el hechizo que aparecía en el libro heredado de su madre. Debía decir todo al pie de la letra y no saltarse ni una sola palabra, ya que era tan fuerte y poderoso que, si salía mal, podía volverse en su contra.

Cuando el sol cayó y el castillo y alrededores quedaron en silencio, Leslie salió de su casa con una capa negra puesta sobre su cabeza y hombros. No deseaba ser vista, ya que podrían inculparla de algo y ser expulsada, esta vez sí, del castillo para siempre. Por ello, intentando que sus pisadas no resonaran en la piedra de la fortaleza, Leslie se deslizó por los pasillos con una velocidad pasmosa. La suerte estuvo de su parte y logró llegar al dormitorio del señor antes de lo que pensaba.

La joven cerró la puerta tras ella con cuidado, pues temía que algún sirviente despistado aún siguiera trabajando, pero el silencio que siguió a su incursión en el dormitorio le confirmó que no había sido descubierta.

Leslie dibujó una sonrisa victoriosa en sus labios y corrió hacia el arcón que reposaba a los pies de la cama de Gael. Sabía que el colgante se encontraba en el fondo del mismo y protegido por un doble cajón, por lo que sacó toda la ropa de Gael y la dejó a un lado intentando que no se arrugara. Después, abrió el cajón escondido y comprobó, con júbilo, que el colgante no había sido cambiado de lugar. Este tenía un acabado precioso. En el centro del mismo había una esmeralda de gran tamaño que estaba rodeada de una filigrana de oro que dibujaba un precioso cardo escocés, alrededor del cual había engarzados pequeños diamantes. Leslie lo tomó con rapidez y volvió a guardar los ropajes del joven en su lugar. Después, cerró de golpe el arcón y se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás.

La joven regresó a su casa por el mismo camino, el cual siguió tan desierto como antes, y corrió hacia la mesa donde reposaba el enorme libro donde estaba escrito el hechizo y comprobó que tuviera todo lo necesario a su alcance: una aguja, una vela, un cordón negro, esencia de lavanda, papel y

tinta. Cuando dio su aprobación, encendió la vela, que era la única luz que podía haber en ese momento dentro de la habitación.

Leslie sacó el colgante del bolsillo de la túnica y lo agarró fuertemente mientras dibujaba un par de círculos en el papel para simbolizar la unión

matrimonial. Después, se irguió, inspiró hondo y comenzó a decir en voz alta:

—Gael Sinclair, Gael Sinclair, Gael Sinclair...

La joven dejó sobre la mesa el colgante y tomó la aguja. La llevó hacia su dedo y pinchó con fuerza. Leslie soltó una exclamación de dolor, que enseguida pasó al tiempo que la sangre comenzaba a manar de la pequeña herida que la joven se había infringido.

—Gael Sinclair, invoco el amor de tu corazón —Dejó que las gotas de sangre cayeran sobre el colgante— para que no tengas ojos para nadie más que para mí.

Después hizo que varias gotas resbalaran sobre los anillos dibujados.

—Ámame con toda la fuerza de tu corazón, sin reservas y para toda la vida.

Volvió a tomar el colgante entre sus manos y lo apretó con fuerza. Después lo acercó a la luz de la vela y siguió hablando:

—Que tu amor sea tan candente como el fuego y no se apague jamás. Ven a mí, búscame en todos lados. Que tu pasión y amor sean tan grandes que no desees otra compañía más que la mía. Olvida el pasado, olvida el daño y ven a mí. Gael Sinclair, te imploro que escuches mi ruego, mi corazón. Deja a un lado el rencor y da paso al amor, al verdadero amor. Tú eres mío, solo mío.

Leslie apretaba con tanta fuerza el colgante que este la hirió en la mano y una pequeña gota de sangre bajó por su piel hasta que cayó sobre la llama de la vela, que hizo algo demasiado extraño para ella. La llama comenzó a lanzar pequeñas chispas a su alrededor, como si del fuego de una chimenea se tratase, provocando que la joven frunciera el ceño, extrañada. Sin embargo, continuó con el hechizo, despistada:

—Gael Sinclair, te amarro a la persona que porta el colgante, que encuentres la dicha a su lado y nadie pueda romper ese vínculo. Vuestros cuerpos y almas se atarán para toda la eternidad y se haga de forma inmediata.

Tras pronunciar esas palabras, la joven se dio cuenta de su tremendo error, pero ya era demasiado tarde. Debió decir “nosotros” en lugar de “vosotros”, ya que el hechizo estaba escrito para pronunciarlo por alguien ajeno a la persona que lo leyera. El corazón de la joven comenzó a latir con fuerza y su mente no podía pensar con claridad. Intentó por todos los medios cambiarlo, pero ya era tarde.

El colgante que aún se encontraba entre sus manos temblorosas comenzó a brillar de una manera extraña y, de repente, una luz cegadora provocó que Leslie llevara sus manos hacia sus ojos para protegerse de ella, haciendo que soltara el colgante de golpe. Sin embargo, no llegó a escuchar el sonido que debió producir la caída de la joya contra el suelo, por lo que, cuando la luz desapareció, Leslie abrió los ojos y buscó desesperadamente en el suelo el colgante. Sin embargo, este había desaparecido, provocando que la joven hechicera lanzara un grito de auténtica rabia hacia sí misma por su tremendo error, que intentaría remediar como pudiera antes de que Gael regresara al castillo.

CAPÍTULO 1

Calais (Francia), 2019

Cualquiera que la viera en ese momento pensaría que estaba planeando suicidarse. Y en parte así era. Una gran pizca de su ser deseaba acortar la distancia que la separaba del abismo y dejar de una vez la vida tan amarga que llevaba. Sabía que muchas personas de las que conocía en parte la envidiaban por su puesto de trabajo, por su casa, su posición económica y, especialmente, por su futuro marido. Sophie Blanc estaba a punto de casarse. Tenía todo preparado para la boda y, sin embargo, se sentía más sola y abandonada que nunca. Todas sus amistades la llamaban a diario para que les diera detalles del evento, no obstante, Sophie no quería hablar del tema. Y no entendía por qué.

Sentía una apatía por todo que la hacía desear marcharse y dejarlo todo para

siempre.

La joven tenía un trabajo que podría calificarse de estupendo. Era jefa del departamento de Recursos Humanos de una gran multinacional francesa. Le había costado sudor y lágrimas llegar a ese puesto, pero una vez llegó allí, se dio cuenta de que todo el personal estaba en su contra y la enviaba. Y no entendía el motivo.

Y luego estaba él. Sophie creía que había encontrado al hombre de su vida cuando conoció a Adrien. Era guapo, atento, cariñoso, trabajador y adorable.

Pero algo había cambiado en ellos desde hacía meses. Desconocía el motivo, ya que ella seguía siendo la misma persona, pero desde que se habían comprometido, Adrien se había convertido en una persona que no dejaba hablar, quería estar al tanto de todo y la agobiaba cuando estaban juntos. Y lo peor de todo, para su aniversario Sophie había preparado una sorpresa y había contratado un fin de semana en Calais para estar los dos juntos, alejados del ruido y la gente de París y poder disfrutar el uno del otro sin trabajo de por medio. Sin embargo, cuando ya tenía todo preparado, Adrien decidió no ir al viaje, prefiriendo ir a jugar al tenis y dejándola en la estocada y sin saber si debía llamar para cancelar el viaje, aunque después de mirar en su tarjeta que ya habían cobrado la noche, la joven decidió tomar una decisión y marcharse sola a ese viaje.

Cuando el día anterior le comunicó a Adrien que iba a irse sola, este puso el grito en el cielo e intentó por todos los medios que se quedara en París con él, llegando incluso a amenazarla con anular la boda si tenía las agallas suficientes

como para irse sola a un viaje. Pero a Sophie le daba igual todo. Estaba cansada de pensar en los demás y nunca hacerlo por sí misma. Así que, el día anterior cogió sus maletas y se marchó sola a Calais para disfrutar del fin de semana y pensar en lo que quería para toda su vida. Sus padres siempre le habían dicho lo que debía hacer con su vida: conseguir un buen trabajo, tener una casa y al lado a una persona con la que compartir su camino, pero ahora se daba cuenta de que eso no la llevaba a la felicidad que tanto ansiaba. Sí, tenía dinero más que suficiente como para comprar varias casas y para viajar durante años, pero no la llenaba. Se sentía atrapada en una red de la que

deseaba salir cuanto antes, ya que su corazón y su alma lo pedían a gritos.

Así que después de todo, allí se encontraba, a las afueras de Calais, disfrutando del aire frío del invierno y a tan solo cuatro pasos de un precioso acantilado. Desde aquella altura, podía escuchar el rugido del mar contra las rocas y por un momento se dedicó a cerrar los ojos y a poner en alerta su sentido del oído.

Una sonrisa se dibujó en sus carnosos labios y decidió tumbarse a disfrutar de lo que la naturaleza le transmitía. Sophie sintió que la humedad de la hierba calaba entre la cazadora, el jersey y los vaqueros que llevaba puestos, pero no le importaba. Un pequeño rayo de luz le iluminó el rostro, pero ella era ajena a todo en ese momento.

A sus veinticinco años tenía claro lo que deseaba en su vida, y no tenía nada que ver con lo que poseía en ese momento, sino todo lo contrario. Era una mujer aventurera a la que le gustaba sentir emociones fuertes, pero desde hacía años se había encorsetado e incluso podría decirse que se había metido en una zona de confort en la que ya no estaba a gusto. Ya nada quedaba de la Sophie de hacía diez años, cuando soñaba con cuentos de hadas, de hecho, incluso su físico había cambiado. Su pelo seguía siendo rizado y pelirrojo, pero ahora prefería llevarlo muy largo. Le gustaba sentir cómo el viento lo ondeaba cuando lo llevaba suelto.

Su piel era blanca, aunque en sus mejillas podían verse infinidad de minúsculas pecas. Tenía el rostro ovalado, de aspecto dulce, donde resaltaban unos preciosos ojos verdes de mirada intensa y, a veces, aniñada, y una nariz respingona que siempre torcía cuando algo no le salía bien. Su cuerpo era delgado, aunque curvilíneo, donde resaltaban especialmente sus pechos, y tenía una altura que era un fastidio para Adrien, pues la joven medía algo más de un metro setenta. En su colegio, siempre se habían reído de ella por su aspecto, llamándola incluso

“zanahoria” debido a su pelo, pero a medida que la joven fue creciendo, se convirtió en toda una mujer que llamaba la atención allí donde iba.

Sophie sentía que ya no le gustaba a Adrien, que con el paso del tiempo y su

cambio en el físico, su prometido había comenzado a mirar a otras mujeres sin curvas, que eran como le gustaban a él, a pesar de que ella estuviera delgada.

Respiró hondo para intentar apartar de su pecho el dolor que se había instalado en él al darse cuenta de cómo era su vida. Un torrente de lágrimas acudió a sus ojos y las dejó ir. Allí en Calais se sentía demasiado a gusto, incluso sopesó la idea de quedarse allí para siempre, dejando todo lo que tenía en París, incluido Adrien. Y justo en ese momento, como si supiera que estaba pensando en él, su teléfono móvil sonó, y cuando vio en la pantalla el nombre de su novio, Sophie suspiró tristemente.

—¿Sí? —respondió después de dejar pasar los pitidos.

—Sophie, ¿se puede saber qué coño haces que no vuelves a París? —La voz enfadada de Adrien sonó al otro lado del teléfono, provocando que la joven apartara el aparato de su oreja y sopesara la idea de colgar sin hablar con él.

—Tenía contratado el fin de semana para nosotros, Adrien, y pienso disfrutarlo —fue su respuesta—. ¿Qué tal tu partido de tenis?

La ironía que había empleado la joven no pasó desapercibida para su prometido, que refunfuñó al otro lado.

—Siento mucho no haber ido contigo a ese viaje, pero...

—Ni a este, ni al que contraté por toda Europa, ni el que habíamos planeado para Nueva York...

—Bueno, ya está bien —la cortó Adrien—. ¿Cuándo vienes?

—No lo sé, supongo que cuando me apetezca...

Adrien chasqueó la lengua.

—Sophie, nos casamos dentro de poco. ¿Qué clase de novia eres que no haces lo que te dicen?

La joven levantó una ceja. Aquellas palabras fueron las que confirmaron que

Adrien no era el mismo. Había pasado de ser cariñoso, amable y respetuoso a ser todo lo contrario, además de un maldito controlador. Y ella no quería eso.

Antes de contestar, Sophie suspiró para tranquilizarse, pues acababa de tomar una decisión que, aunque fue repentina, cambiaría el curso de su vida para siempre.

—Adrien, tenemos que hablar —dijo lentamente.

—¿Pero de qué? Vuelve inmediatamente a París y hablaremos lo que haga falta, pero hazlo ya...

Y colgó. Sophie se quedó mirando sorprendida el teléfono mientras veía cómo se cortaba la llamada. ¿En serio le había colgado? ¿Cómo podría aguantar toda una vida con Adrien a su lado si seguía comportándose de esa manera? La había dejado con la palabra en la boca, aunque no era la primera vez, pues él siempre debía quedar por encima de ella, pero ya no. Ya no podía aguantar más ese trato, ni estaba dispuesta a que sus compañeros de trabajo siguieran mirándola con ese odio.

Sophie se levantó y miró hacia el horizonte, decidida a hacer algo con su vida, pero ¿qué? Miró al cielo y pidió ayuda para tener las suficientes agallas y salir así de su zona de confort, pero solo recibió como respuesta un rayo procedente de las nubes negras que se aproximaban a la costa, amenazando tormenta.

Al día siguiente, Sophie seguía manteniendo su decisión de cambiar su vida, por lo que, sin esperar más, tomó su móvil y marcó el número de su mejor amiga, la única que la conocía tan bien que se dio cuenta de que algo no andaba bien en cuanto la joven la saludó.

—¿Qué te ocurre?

—Marie, no puedo más —fue su escueta respuesta—. Cada día que me levanto intento mostrar una felicidad que realmente no siento, contentar a quien me rodea, pero no puedo seguir fingiendo.

—¿Ha ocurrido algo con Adrien? —dio en el clavo.

Sophie cerró los ojos con fuerza, pues le dolía mucho comprobar que su relación con él estaba muerta, ya que ella no se había enamorado del hombre en el que se había convertido ahora.

—Ha vuelto a joderme un viaje. Hoy era nuestro aniversario y había pensado en traerlo a Calais para el fin de semana, pero no ha querido venir a pesar de que ya estaba pagado.

—¿Y te has ido tú? —preguntó Marie, sorprendida.

—Sí. Necesitaba pensar a solas, sin el ruido de la ciudad.

—¿Y qué tienes pensado hacer a partir de ahora, tía?

Sophie suspiró, pues una vez pusiera en palabras lo que rondaba por su mente, no habría vuelta atrás.

—Voy a dejarlo todo, incluso a Adrien.

—¿Estás segura? —preguntó tras un suspiro.

—Sí, no puedo más. Necesito irme durante un tiempo y pensar. Si sigo así, cometeré errores de los que me arrepentiré toda la vida.

—Sabes que estoy contigo, tía. ¿En qué puedo ayudarte?

Sophie suspiró. Realmente no sabía qué podía hacer su amiga, pues ni ella misma tenía claro en ese momento lo que debía hacer. Tenía la mente abotagada y se sentía bloqueada.

—Pues no sé... —dudó—. ¿A qué país te irías tú si hicieras algo así?

Marie rio suavemente.

—Bueno, supongo que al mismo que tú. Siempre has querido ir a Escocia.

Aún recuerdo cuando éramos pequeñas y me hablabas todo el rato de ese

país.

El corazón de Sophie dio un vuelco.

—¡Es verdad! No sé cómo no había pensado antes en ello. Gracias, Marie.

—Dámelas después de que te diga lo siguiente. Hace unos días, mientras leía un periódico leí algo acerca de la venta de un castillo en las Tierras Altas de Escocia. Al parecer le habían rebajado mucho el precio, pero no recuerdo por qué.

—Bueno... en mi cambio no había pensado comprarme un castillo —dijo dudosa.

—¿Y por qué no? Si yo tuviera los ceros que tienes tú en tu cuenta, lo haría sin pensar. Un castillo en Escocia será un lugar perfecto para darle vueltas a tu vida.

—Lo miraré...

—Ya me contarás, tía. ¡Ánimo, y no dejes que te hundan!

Sophie sonrió mientras colgaba la llamada. Marie era la única en el mundo

que la conocía tal y como era, ni siquiera sus padres habían sido capaces de ahondar en la mente de su hija para saber qué necesidades tenía. Tan solo se habían preocupado de sus estudios y de que consiguiera un trabajo que le proporcionara mucho dinero. Eso estaba bien, pero Sophie siempre había echado en falta el apoyo moral de sus padres. Un apoyo que solo había encontrado en el colegio cuando conoció a Marie. Y así había seguido siendo a pesar de que las separaban unos kilómetros, pues Marie trabajaba en un pueblo cercano a París, y no podían verse con asiduidad.

Tras lanzar un suspiro, Sophie dejó la habitación de su hotel para bajar a desayunar. Tomó la *tablet* de la maleta y se conectó a la red que ofrecía el hotel.

Tras colgar, Marie le había enviado el nombre del castillo, por lo que en cuanto estuvo sentada frente a una buena taza de café y un croissant, Sophie

se dispuso a buscar el castillo, más por curiosidad que por tener necesidad de comprarlo, pues estaba segura de que no podría hacerse cargo de los gastos.

Cuando la joven escribió en el buscador “Castillo Sinclair”, la noticia de la venta fue la primera en aparecer. Pinchó sobre ella y leyó todo el artículo dedicado a ese castillo. Por lo que pudo descubrir, aquella fortificación llevaba en venta más de veinte años, pero nadie había conseguido comprarlo a pesar de que el dueño lo había rebajado en numerosas ocasiones. Sophie se preguntó por qué querría aquel hombre deshacerse de un castillo tan bonito, pues cuando lo vio se enamoró de él. En otra parte del artículo descubrió que el castillo había pertenecido a la familia de ese hombre durante generaciones, pero que deseaba venderlo porque él vivía en otra parte del país y no podía hacerse cargo de él.

Algo en el interior de la joven fue abriéndose paso y golpeándola de tal manera que Sophie quedó totalmente prendada de ese lugar. El castillo estaba enclavado en un lugar tan bonito que parecía un cuento de hadas. Un enorme acantilado sostenía aquella infraestructura de piedras que había sobrevivido al paso del tiempo, aunque una pequeña parte del mismo estaba destruida. Pero aquella zona no le importó a Sophie, que estaba cada vez más interesada en el castillo. Numerosas fotos al final del artículo le mostraron un castillo cuya torre del homenaje y edificio principal estaban intactos y en el que podría entrar a vivir en ese mismo momento.

Sin embargo, algo llamó su atención cuando leyó el pie de página de la foto, ya que ponía “castillo embrujado”, lo cual hizo que frunciera el ceño sin llegar a entender el porqué de aquellas palabras. Por eso, y porque esa sensación de

prohibido le estaba empezando a gustar, Sophie miró en otras páginas de la web y descubrió que, efectivamente, se le consideraba embrujado, sin llegar a entrar en detalles.

Tras mirar en varios sitios, sin éxito, Sophie miró el precio al que era vendido el castillo y no pudo evitar abrir los ojos por la sorpresa. La cantidad que pedían había bajado tanto que más de una persona podría comprar aquella belleza. Y

ella tenía dinero más que suficiente en su banco como para comprarlo y vivir una buena cantidad de años en él sin necesidad de trabajar.

Con el corazón latiendo con fuerza, envió un mail al vendedor y esperó su respuesta, ya que estaba segura de que ese hombre miraría el correo a todas horas con la esperanza de que alguien como ella se interesara por ese lugar. Y así fue. Tan solo quince minutos después tenía una respuesta por su parte: *Buenos días, señorita Blanc.*

El castillo sigue en venta, por lo que puede venir cuando desee a verlo en persona. El precio es el que aparece en internet. Dígame un día y una hora para verlo y allí estaré encantado de mostrárselo.

Atte.

Matt Daniels.

Sophie sonrió y esperando unos momentos para contestarle se dirigió a la página de una de las compañías de vuelo con las que solía viajar, y antes de que su mente fuera consciente de lo que estaba haciendo, ya había comprado el billete de ida a Escocia. El avión aterrizaría en Inverness y desde allí alquilaría un coche para llegar al castillo, que estaba algo alejado de aquella ciudad, por lo que necesitaba un coche propio en lugar de depender de los taxis.

Con los nervios a flor de piel, Sophie respondió al correo de Matt Daniels y quedó con él para dos días después a primera hora de la tarde, pues para entonces ya estaría pisando suelo escocés.

Y cuando por fin tuvo todo atado, la joven suspiró, ya que le quedaba aún lo más complicado: llamar a Adrien. Durante más de una hora, Sophie estuvo dando vueltas a su teléfono, pero cada vez que lo cogía para llamar, el valor la abandonaba y volvía a dejarlo sobre la mesa de la cafetería del hotel. Sin embargo, transcurrido todo ese tiempo, una voz interna la animó a llamar y cuando escuchó la voz enfadada de su prometido al otro lado de la línea, su valor

aumentó, pues no estaba dispuesta a seguir escuchando las quejas y amenazas

de un novio al que ya no quería.

—Dime que vuelves en este instante a París.

—Sí, esta misma tarde regresaré a la ciudad —comenzó con tono desafiante

—, pero no volveré contigo, Adrien. Ya no.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —vociferó.

—Lo que oyes. No te quiero. No eres el mismo, Adrien. Y no voy a seguir aguantando tus humillaciones y desplantes cada vez que intento hacer algo contigo, juntos. No me quieres. Si lo hicieras, dejarías cualquier cosa para estar un fin de semana a solas conmigo, pero no lo haces. Siempre haces lo contrario.

En lugar de buscarme, me apartas. Y cuando decido apartarme de ti y hacer cosas yo sola, te molesta. Lo siento, pero no voy a soportarlo más. Y no vayas a mi casa a buscarme. No quiero verte más.

Y haciendo lo mismo que él el día anterior, Sophie lo dejó con la palabra en la boca y colgó la llamada, soltando el móvil sobre la mesa con manos temblorosas. Aquel era el primer paso para un cambio en su vida y desde luego había sido el más complicado. Solo esperaba que su viaje a Escocia le permitiera encontrar la paz y el sosiego que tanto necesitaba para pensar sobre su vida, aunque en ningún momento imaginó que ese viaje la llevaría a un lugar donde no encontraría paz, sino una aventura que le cambiaría la vida para siempre.

CAPÍTULO 2

Inverness (Escocia), 2019

Con los nervios a flor de piel, Sophie esperaba sus maletas en la cinta transportadora mientras golpeaba insistentemente y nerviosa el suelo con la punta de su zapato. Se había vestido con ropa cómoda para soportar el paso de las horas en el aeropuerto y en el avión.

Aquel día, la terminal era un hervidero de gente y la joven se sentía como una

turista más, aunque tenía la esperanza de poder quedarse en ese país durante una buena temporada.

—Por fin... —susurró cuando vio aparecer sus dos maletas por la cinta transportadora.

Sophie se lanzó a por ellas y dejó atrás ese pasillo. La joven siguió las indicaciones para salir de allí y dirigirse hacia un lugar donde pudiera alquilar un coche para varios días y así no depender de los taxis de la ciudad, y más teniendo en cuenta que el castillo se encontraba fuera de cualquier pueblo o ciudad.

Tras preguntar a varias personas por el alquiler de coches, Sophie se dirigió a la zona oeste del aeropuerto, donde varios stands de numerosas empresas se mostraban repletos de gente que deseaban lo mismo que la joven. Tras más de quince minutos de espera, Sophie logró hablar con una chica que la miraba con una sonrisa falsa en los labios.

—¿Desea alquilar uno de nuestros coches?

—Sí. Me gustaría ir unos kilómetros más al norte. Concretamente, al castillo Sinclair. ¿Qué coche me recomienda?

Cuando su interlocutora escuchó hablar de ese castillo, levantó la mirada de golpe y la observó detenidamente. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que había sido descubierta, volvió la mirada al catálogo de coches.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sophie, intrigada.

—No, solo me ha sorprendido que quiera visitar ese castillo.

—¿Y por qué te sorprende? ¿Lo dices porque supuestamente está embrujado?

Algo he leído.

La chica del stand carraspeó, incómoda, y le mostró el catálogo para intentar cambiar de tema, aunque no pasó desapercibido por Sophie.

—¿Qué pasa con ese castillo?

—Bueno, desde muy pequeña mi madre me contó historias sobre ese lugar, pero nunca he creído en la brujería. Además, no recuerdo bien la historia del clan Sinclair, pero allí ocurrió algo muy extraño. Supongo que su dueño podrá contarte cuanto quieras saber.

Sophie asintió y esbozó una sonrisa. No sabía por qué, pero le hacían mucha gracia las historias de fantasmas y brujas, sobre todo si veía cómo alguien se encogía de miedo al hablar sobre ellas.

Acto seguido, señaló uno de los coches que le mostraba el catálogo. Era el mismo modelo que ella conducía en París, por lo que estaba acostumbrada a ese automóvil. Después de pagar una buena cantidad por ese coche, la joven le pidió a un compañero que la llevara al lugar donde tenían todos los modelos y la ayudara con las maletas. Y cuando por fin se encontraba sola, Sophie no pudo evitar lanzar un suspiro. Por fin tenía silencio. Lo que más odiaba de viajar era tener que aguantar la cháchara y ruido de la gente, pero ahora que se encontraba en medio de un aparcamiento donde apenas había gente, podía decir que sentía un poco de paz.

Tras marcar en el GPS de su móvil la ruta que debía seguir hasta llegar al castillo Sinclair, Sophie arrancó y se dispuso a dejar atrás Inverness, prometiéndose a sí misma visitar aquella ciudad cuando estuviera instalada.

El castillo Sinclair se encontraba a dos horas y media en coche desde Inverness, por lo que aún le quedaba un buen rato de viaje hasta que pudiera asentarse y descansar. A pesar de que pensaba que todo el viaje iba a ser tan aburrido como el avión, Sophie se sorprendió gratamente cuando tomó la carretera que la llevaría más al norte, ya que esta se encontraba muy cerca del mar. La joven bajó la ventanilla del coche para disfrutar del aire puro que le ofrecía el paraje y se maravilló de la inmensa extensión de terreno verde que se extendía frente a ella mientras un cielo demasiado oscuro amenazaba lluvia en poco tiempo.

Sophie se sorprendió por la estrechez de la carretera. Estaba acostumbrada a conducir por carriles mucho más amplios y repletos de coches en hora punta, por lo que aquella particularidad la asustó y al mismo tiempo gustó a la joven. Por

primera vez en mucho tiempo, sentía la libertad y la soledad que tanto había ansiado durante meses y la belleza que había frente a ella la llenaba de júbilo y de deseos de seguir adelante con su plan de disfrutar de Escocia durante un tiempo antes de regresar a Francia y cambiar su vida para siempre.

Cuando por fin vio un cartel en el que le daban la bienvenida al pueblo de Wick, Sophie comenzó a ponerse nerviosa. Aún quedaba una hora para poder reunirse con el dueño del castillo Sinclair y estaba deseando que el tiempo pasara rápido para saber si finalmente se quedaba con el castillo o debía buscar alojamiento en cualquier otro lugar dentro del pueblo de Wick.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer cuando Sophie se adentró entre las primeras casas que aparecieron frente a ella. Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver que se trataba del típico pueblo escocés gris y de piedra en el que siempre había soñado vivir. Las chimeneas humeaban debido al frío de ese día invernal y pocas eran las personas con las que se cruzaba por la calle, algo que agradeció. La aparición de un río que dividía el pueblo en dos la sorprendió, y se dedicó a admirarlo mientras el semáforo seguía en color rojo. Cuando este cambió de color, Sophie se decidió a aparcar en una zona cerca de allí para dar un paseo y estirar las piernas. Había hecho todo el trayecto sin parar ni una sola vez y sentía todos sus músculos entumecidos, ya que no se había dado ni un solo respiro desde que abandonó Francia. Y solo en ese momento, cuando salió del coche y estiró todo el cuerpo, se dio cuenta de lo tremendamente cansada que estaba.

El aire puro y mojado del mediodía la recibió, junto con la lluvia que ya arreciaba. Pero no le importó. Una sonrisa se dibujó en su rostro cuando después de muchos años podía disfrutar de las gotas de lluvia sin que estas echaran a perder el maquillaje con el que todos los días debía ir al trabajo.

Sophie se apoyó en una piedra cerca del agua y esperó a que pasara el tiempo.

Aún no había comido nada, pero la verdad es que tenía el estómago cerrado por los nervios.

—¿No eres de aquí, verdad?

Una voz infantil llamó su atención a su espalda. La joven se giró para ver a un niño de no más de diez años que la observaba como si fuera un extraterrestre.

—No, soy de París.

Sophie amplió su sonrisa cuando el niño abrió desmesuradamente los ojos y se acercó un par de pasos más hacia ella para verla mejor.

—¿Y por qué estás aquí? No hay mucho que ver, y es muy aburrido.

—He venido a comprar el castillo Sinclair —dijo a pesar de no tenerlo claro.

De repente, la expresión del niño cambió y la miró con miedo. Sophie levantó una ceja, sorprendida, pues no entendía cómo era posible que en el siglo XXI la gente siguiera creyendo en maldiciones y hechizos en lugar de ver las cosas con sus propios ojos y buscar una explicación lógica para ello.

Abrió la boca para responder al niño, pero este dio media vuelta y corrió encontrar de la joven, seguramente para contar a su madre lo que acababa de escuchar. Sophie lanzó un suspiro y, tras mirar su reloj, decidió que era hora de marcharse, ya que no quería llegar tarde a su cita con el misterioso castillo Sinclair.

Tras seguir las indicaciones del teléfono móvil, la joven dejó atrás el pueblo de Wick y se encaminó un par de kilómetros más al norte con los nervios de punta y con la expresión de aquel niño aún en su retina.

Cuando se perdió, pensó que llegaría tarde, pero finalmente encontró el verdadero camino que la llevaba hasta el castillo Sinclair. La fortaleza se irguió frente a ella al cabo de media hora y Sophie solo pudo sonreír, enamorada de aquel lugar. En ese momento, poco le importaban los hechizos y maldiciones, solo tenía frente a ella el lugar más bonito y encantador que había visitado jamás.

La joven salió del coche para admirarlo mejor. Frente a ella se elevaba una fortaleza de piedra que parecía querer hacer frente a las olas del mar que,

metros más abajo, rompían contra las rocas del acantilado.

Una brisa marina llegó hasta ella, haciendo ondear su cabello rojo y ampliando la sonrisa que reflejaban sus labios. A medida que pasaban los minutos, Sophie era más consciente de que necesitaba tener en su poder ese lugar. Ese castillo era lo que andaba buscando durante meses y era lo que necesitaba para que el estrés desapareciera de su vida.

Con paso decidido, Sophie se encaminó hacia la gran puerta de entrada. Esta se encontraba abierta, por lo que supuso que el dueño ya se encontraba esperándola en su interior. Cuando la joven cruzó los muros de aquella fortaleza, un intenso escalofrío recorrió su espalda, haciendo que mirase hacia atrás en

busca de algo que hubiera provocado que su bello se pusiera de punta, pero solo se encontraba ella.

—Leyendas... —susurró para sí mientras negaba con la cabeza.

Anduvo unos pasos más y durante un instante, su boca se abrió debido a la sorpresa por lo que había ante ella. Un amplio patio la recibió junto con los restos de lo que parecían ser un par de pequeñas garitas que no habían sobrevivido al paso del tiempo. A ambos lados de la entrada había dos grandes torres de las que surgía una extensa muralla rectangular. A la derecha, lo que parecía ser una antigua caballeriza le hizo fruncir el ceño. Esta se encontraba a punto de derrumbarse, pero podría lograr reconstruirla a base de esfuerzo, ya que lo único que debía arreglar era el tejado. En medio del patio se encontraba un pozo, cuyo brocal de piedra estaba totalmente intacto. Sobre este, una polea de metal estaba deteriorada por el paso del tiempo y la brisa marina.

Sin embargo, lo que más llamó su atención fue la inmensa fortaleza que formaba el edificio principal del castillo. Frente a ella, un edificio de piedra de dos plantas y en forma de ele se erguía sobre el acantilado en muy buen estado de conservación. Alguna que otra ventana se encontraba rota, pero nada que no pudiera arreglar con el dinero que le sobraría de aquella compra.

En la puerta de entrada, el dueño del mismo la estaba esperando y cuando la

joven lo vio en la distancia, se aproximó a él cuanto antes.

—Bienvenida, señorita Blanc —la saludó Matt.

—Muchas gracias, señor Daniels. Es un placer estar aquí.

El hombre le sonrió y señaló a su alrededor.

—Bueno, este es el patio de armas del castillo. Y si lo desea, podemos entrar para ver el resto.

Sophie asintió, decidida y entró tras Matt a la fortaleza. Un fuerte olor a cerrado la recibió, pero no le resultó desagradable.

—No hay mucho que ver —comenzó Matt—. El castillo siempre ha tenido una decoración escasa, por lo que todas las habitaciones están casi vacías. Tan solo quedan intactos los muebles del gran salón, el despacho, la cocina y el dormitorio del jefe del clan, Gael Sinclair.

Al escuchar ese nombre, Sophie sintió un nuevo escalofrío, pero enseguida

fijó su atención a lo que había frente a ella en lugar de hacer caso a supersticiones. A medida que avanzaban por el pasillo, la joven vio que, efectivamente, no había decoración en las paredes, pero no le importó. Aquel lugar le encantaba. De forma rápida, visitaron los dormitorios, que se encontraban en la parte superior, pero solo tenía cama el principal, las cocinas, el salón, del cual le impresionó la enorme chimenea y las antiguas mesas, carcomidas por el paso del tiempo, pero lo que más llamó su atención fue la preciosidad del despacho. Este tenía una amplia biblioteca con infinidad de libros antiguos.

—¿Están incluidos en la venta? —Sophie rezó para que así fuera.

Matt sonrió y asintió.

—No se preocupe, señorita. Todo lo que hay se quedará aquí.

La joven sabía que estaba a punto de cometer una locura, pero a sus veinticinco años sería la primera de ellas, por lo que no lo pensó ni un

segundo más.

—Me lo quedo.

Matt la miró, sorprendido.

—Si quiere, puede pensarlo...

Sophie negó con la cabeza.

—Ya está pensado. Solo una cosa... —Matt tragó saliva—. Le quería preguntar por lo que cuenta la gente sobre este castillo.

La joven habría jurado que una gota de sudor cayó por la frente del vendedor.

—Son habladurías, señorita. Si quiere saber sobre la historia del castillo, hay un libro...

Matt se aproximó a la estantería y buscó un libro. Cuando por fin lo encontró, lo cogió, lo desempolvó y se lo tendió.

—Este tomo cuenta toda la historia del castillo hasta que el clan cayó en desgracia por la locura de Gael Sinclair.

—¿La locura?

—Sí, se volvió loco y por su culpa el clan y este castillo fueron desdichados.

Por eso dicen que este castillo está embrujado. Pero son habladurías. Toda la historia está ahí.

Sophie asintió y le tendió la mano.

—Si quiere, podemos ir ahora mismo a hacer todo el papeleo y la transferencia por la compra. Me gustaría dormir aquí esta misma noche, ya que no tengo hotel.

Matt asintió con una sonrisa y ambos salieron del castillo en busca de sus

coches para hacer todos los trámites necesarios cuanto antes.

Cuando la noche estaba cayendo sobre ella, Sophie suspiró y miró a su alrededor. Había pasado gran parte de la tarde llevando a cabo todos los trámites, llamando a su banco y firmando muchos papeles hasta que todo estuvo en regla.

En pocos días, recibiría una carta en la que le enviarían todo a su nombre. Matt le agradeció la compra y se despidieron en Wick, donde después marchó a hacer una pequeña compra al supermercado para llenar una pequeña nevera algo antigua que había visto en la cocina cuando recorrieron el castillo.

Después del viaje, los nervios hasta llegar a Wick, la compra y el papeleo, Sophie se encontraba exhausta. Se sentó en la silla del despacho después de adecentar algunas habitaciones para ella, aunque el castillo se encontraba limpio gracias a Matt, que, por lo que le había contado, todas las semanas enviaba a alguien para que se dedicara a la limpieza del mismo.

Con un sándwich en la mano, Sophie disfrutó de aquella estancia. Era la que más le había gustado de todo el castillo, puesto que desde que era pequeña le habían gustado muchísimo los libros antiguos. Y el hecho de tener una biblioteca entera para ella con libros de hacía siglos, la llenaba de fuerza y felicidad para seguir adelante. Durante unos instantes, se limitó a pensar en silencio la locura que acababa de cometer. Se había comprado un castillo en un país extraño, del que no conocía a nadie y había dejado todo en Francia. Pero no le preocupaba qué podía encontrarse a su vuelta. A pesar de todo, estaba encantada con lo que había adquirido.

Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de darle un nuevo bocado a su sándwich. La idea de la maldición o el hechizo del castillo le hizo gracia.

Durante el tiempo que se encontraba sola entre sus paredes no había escuchado o visto cosas extrañas. Al contrario, por primera vez en su vida se encontraba en un lugar donde no llegaba el alboroto de la civilización y se hallaba en el más absoluto silencio, a veces roto por las olas del mar. Sin embargo, eso le

transmitía calma y seguridad entre las cuatro paredes de la fortaleza.

Cuando el último bocado de su bocadillo desapareció, Sophie abandonó su incómodo asiento en la silla del s. XVII para asomarse por la ventana. Un rayo iluminó la estancia y la joven se dio cuenta en ese momento de que se avecinaba una tormenta. A lo lejos, escuchó un trueno y a pesar de que cualquiera podría sentirse mal en ese lugar en una noche de tormenta, a Sophie le resultó lo más excitante que había vivido en años.

—¡Vaya!

Sophie había abierto la ventana, no sin esfuerzo, para asomarse y ver el abismo bajo sus pies. Aquella ventana colgaba sobre el acantilado y le permitía ver cómo las olas rompían contra las piedras unos diez metros más abajo de donde ella se encontraba.

Tras otro nuevo trueno, que le indicó que la tormenta se aproximaba, Sophie decidió cerrar la ventana y marcharse a dormir. Había vivido mucho durante ese día y las piernas apenas tenían fuerza para seguir sujetando su peso. Con paso lento, la joven se dirigió a las escaleras y las subió al tiempo que intentaba seguir manteniendo los ojos abiertos.

Con un bostezo, se dejó caer sobre las sábanas que había cambiado hacía media hora, y antes de que se diera cuenta, se había dormido.

Se encontraba sola, perdida en medio de un bosque cuando aún era de noche.

Desde allí podía escuchar el sonido de algo que no lograba descifrar, pero que parecía ser el entrecuchar de unas espadas. Tras mirar varias veces a su alrededor y para intentar situarse, Sophie dio un respingo. Frente a ella, unos ojos de color ámbar y casi felinos la observaban fijamente. La joven no pudo evitar dar un paso hacia atrás con la única intención de echar a correr en el momento en que aquel ser descomunal se aproximara a ella. No obstante, en un momento se dio cuenta de que no podía mover más los pies, que parecía clavada en el sitio al tiempo que un miedo atroz la atenazaba y el ruido de las espadas se escuchaba más y más cercano a ella.

No debió hacer eso. Sophie giró la cabeza para mirar hacia el lugar de donde provenía el ruido, pero fue su perdición. Al instante, sintió como unas manos grandes y fuertes la empujaban contra el suelo, pero cuando estaba a punto de

chocar contra la mojada hierba, Sophie abrió los ojos y se sentó en la cama con el rostro perlado en sudor y respirando con fuerza.

Acababa de tener la pesadilla más aterradora de su vida y encendió la lámpara de la mesita para intentar alejar de ella el pánico que aún recorría sus venas.

Sophie volvió a tumbarse de nuevo sobre las sábanas cuando las pulsaciones de su corazón se estabilizaron, pero aún sentía sobre ella la mirada de aquellos ojos ámbar y las manos sobre sus hombros. Había sido todo tan real que durante un momento pensó que alguien había entrado en el castillo para gastarle una broma y hacerle ver que la maldición era real.

—Maldita sea... —susurró mientras se frotaba los ojos para despejarse.

La calma volvió al cabo de unos minutos, pero estaba segura de que el sueño la había abandonado y no podría dormir lo que quedaba de noche. La joven miró la hora en su teléfono y vio que aún marcaba las cinco en punto de la mañana.

Suspiró al darse cuenta de que solo había dormido unas horas, por lo que se levantó y se puso ropa limpia, pues esa estaba mojada por el sudor frío que le había producido la pesadilla.

Se calzó unos leggins de color negro y una camiseta básica de color blanco.

El suave tacto y el buen olor de la ropa le hicieron olvidar momentáneamente lo sucedido minutos atrás, así que salió del dormitorio y se encaminó hacia el despacho. En las noches en las que perdía el sueño le gustaba leer para pasar el tiempo, por lo que, teniendo a su disposición numerosos libros antiguos, no quiso perder ni un minuto más y se dirigió directamente al libro que Matt le había indicado para conocer la historia de los Sinclair.

Cuando el libro estuvo entre sus manos, Sophie se sentó sobre la incómoda silla y depositó el libro sobre la mesa. Sopló sobre él para apartar el polvo que los años habían ido depositando sobre sus páginas y lo abrió lentamente, como si temiera que fuera a romperse al tocar sus páginas. Y al ver las primeras palabras, la joven pasó su mano sobre la página, acariciando

aquellas páginas que habían escrito siglos atrás sin saber que iban a llegar tan lejos en el tiempo.

5 de diciembre de 1655

Hace ya siete años que nuestro jefe, Gael Sinclair, tomó el mando del clan a la muerte de su padre. Su hermano Edwin, querido por todos nosotros, lo ha ayudado desde entonces y después de lo sucedido hace cinco años, todos creemos que debería liderarnos, aunque esos son solo pensamientos que no debemos ni podemos ponerlos en palabras, pues nos llevarían a la muerte.

A punto de finalizar este año y recibir el año nuevo, me encuentro escribiendo

estas líneas con la esperanza de que alguien fuera de nuestros muros las lea para intentar salvarnos, pero sé que no será así.

Nuestro clan está a punto de caer bajo las espadas de nuestro más acérrimo enemigo: Calem Sutherland. Hace siete años que nos declaró la guerra a pesar de que antes guardábamos las distancias, aunque era una paz engañosa. Gael no ha olvidado aún la muerte de su hermana y de gran parte del clan a manos de los Sutherland, por lo que está totalmente ciego con ellos y no es capaz de pensar con claridad. Los más cercanos a él lo han intentado convencer para que tome por esposa a alguna joven de ese clan para así acabar con la guerra, pero nuestro fiero jefe está cerrado al amor.

Hace años, Gael era un joven amado por todos y más que preparado para suceder a su padre en el cargo. Sin embargo, hace cinco años, tras una incursión al clan Sutherland por la noche, descubrió que habían robado la única joya que conservaba de su difunta madre y que debía pasar de generación en generación. Muchos habíamos visto esa joya colgando del cuello de su madre y de su abuela, y así sucesivamente. Se trataba de una joya que tenía engarzadas varias piedras preciosas y que formaban la imagen de un cardo escocés. Sin embargo, a pesar de haber dedicado cinco años de su vida a intentar descubrir al ladrón, Gael Sinclair se ha vuelto loco. Y en su locura nos está arrastrando a todos.

Sé que Gael ha sufrido mucho por culpa de la que iba a ser su esposa, Leslie

Sinclair. Durante toda su vida había estado enamorado de la joven y cuando por fin se declararon su amor, estuvieron a punto de pasar por el altar para que a ojos de Nuestro Señor fuera un matrimonio de bien. Sin embargo, Leslie lo engañó vilmente con el mejor amigo de Gael, haciéndolo sufrir enormemente y provocando que su bondad, felicidad y buen hacer desaparecieran. Desde entonces, Gael Sinclair es una persona totalmente diferente, pasando a ser alguien muy temido en nuestras tierras y en las tierras de otros clanes. Es despiadado, su rostro siempre se muestra serio y fiero. Gruñe por cualquier cosa, vocifera durante todo el día y trata con ferocidad a cualquiera que se ponga ante él cuando está enfadado, llevándonos a todos a la ruina. Su carácter nos está trayendo problemas, haciendo que nuestros clanes amigos nos abandonen en este conflicto que nos atañe y haciendo que nuestro clan esté a punto de desaparecer y caer bajo las espadas y puñales de Calem Sutherland.

Tengo miedo. Me da la sensación de que en cualquier momento va a venir a por mí. Gael piensa que lo he traicionado, pero no es así. Yo lo he querido desde el primer día de su vida. Su padre y yo éramos muy amigos y siempre lo he ayudado en lo que he podido, pero siento miedo de él. Ya no es el mismo. Bajo su espada caen muchos hombres del clan y en su locura ha llegado a matar a algunas mujeres que creía que estaban en el clan espiando para nuestros enemigos. Está loco, muy loco. Si en algún momento alguien lee estas líneas y puede ayudarnos, por favor, detened esta locura y salvad a nuestro clan, pero jamás os enfrentéis a él, huid lo más lejos posible de Gael si queréis conservar vuestra vida.

Donald Sinclair.

Con manos temblorosas, Sophie cerró el libro. Un tipo de letra diferente había continuado con la historia de los Sinclair, pero en ese momento no se sentía con fuerzas de seguir leyendo. La joven sintió pena por ese tal Donald, que seguramente habría muerto a manos de Gael Sinclair. En ese momento entendió qué era lo que había sucedido para que ese castillo estuviera hechizado. Supuso que la locura de Gael se había hecho eco en el tiempo y todos temían acudir al castillo para no caer en la misma locura que su último jefe de clan.

El corazón de Sophie latía con fuerza. No podía creer cómo era posible que alguien con ese estatus cayera preso de la locura por algo así. Le apenaba saber que habían matado a su hermana, pero eso no era suficiente como para matar a cualquiera que se pusiera ante él. La joven tembló ligeramente al imaginarse ante Gael Sinclair. Donald Sinclair no lo había descrito, pero imaginaba que debía de tratarse de alguien corpulento y diestro en el arte de la espada.

Agradeció mentalmente que el tiempo hubiera pasado y que Gael y su locura hacía tiempo que habían dejado la tierra.

Sophie se dispuso a dejar el libro en la estantería, en el mismo lugar en el que estaba, para volver a la cama e intentar dormir lo poco que quedaba de noche, sin embargo, justo cuando se levantó, la luz se apagó por completo debido a la tormenta que había sobre el castillo en ese momento.

—Joder —se quejó—. Estupendo...

La joven chasqueó la lengua, contrariada, por lo que cogió su móvil y encendió la linterna de la misma para alumbrar el pasillo y aproximarse a los interruptores para poner en su lugar el que se había bajado, haciendo que todas las luces del castillo quedaran apagadas.

Sin saber por qué, Sophie sentía que no estaba sola en el castillo, pero llegó a la conclusión de que se había metido tanto en la historia de Gael Sinclair que tenía los nervios de punta, por lo que no había ningún tipo de maldición o hechizo que pudiera asustarla. Sin embargo, justo antes de darle al interruptor que se había bajado, la joven escuchó un ruido procedente del despacho que acababa de dejar. Se giró para ver si había alguien, pero lo que vio fue aún más terrorífico: una intensa luz, que no podía proceder de ningún rayo del exterior, apareció por la rendija que había dejado la puerta del despacho y, al instante, un sonoro y seco ruido se escuchó antes de que aquella misteriosa luz desapareciera por completo, sumiendo al castillo en el más absoluto silencio y haciendo que Sophie estuviera a punto de tirar el móvil al suelo y saliera corriendo fuera de la fortificación a pesar de la fuerte tormenta del exterior.

Sin embargo, armándose de valor, y con manos temblorosas, la joven agarró

con fuerza su teléfono y lentamente se acercó al despacho, donde ya no se escuchaba ningún sonido. Durante unos momentos, pensó que alguien había entrado en el castillo para gastarle alguna broma, sin embargo, todas las puertas y ventanas estaban cerradas, haciendo más que inverosímil aquella posibilidad.

Antes de entrar, vio que de la pared del pasillo colgaba una antorcha de madera.

Sophie la cogió y la levantó para defenderse en caso de que hubiera alguien dentro de la estancia.

Con un empujón, la joven abrió la puerta del despacho y entró en él mirando hacia todos lados para intentar descubrir al intruso. Sin embargo, sorprendida, se encontró con la nada. Todo estaba tal y como lo había dejado antes de salir y la ventana seguía cerrada. Con el ceño fruncido, bajó la antorcha y dio un par de pasos más hasta que pisó algo en lo que no había reparado antes.

—¿Desde cuándo está esto aquí?

Sophie se agachó y cogió entre sus manos lo que parecía ser un colgante.

Habría jurado que eso no estaba antes allí. Además, durante la tarde había hecho limpieza y no había dejado nada en el suelo. Así que no pudo más que sorprenderse de que ese colgante apareciera de repente allí. Supuso que había caído de algún lugar, pero no había cajones abiertos.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando una idea comenzó a forjarse en su mente. Tras la luz cegadora se había escuchado un ruido sordo que, por el peso del colgante, podría ser de él, por lo que debió surgir con la luz, pero ¿cómo demonios había aparecido allí?

Sophie se dedicó unos minutos a mirarlo y cuando descubrió que era tal y como Donald Sinclair lo había descrito en su libro, la joven comenzó a temblar.

Aquel era el colgante que Gael Sinclair había perdido y el que había provocado su locura.

—¿Dónde estaba esto? —se preguntó en voz alta.

Pero aquella no era la pregunta que más rondaba por su mente.

—Si no estaba aquí hace un segundo, ¿cómo ha aparecido?

CAPÍTULO 3

Las incógnitas siguieron merodeando la mente de Sophie durante las pocas horas que quedaron de noche. No podía dejar de mirar el colgante que misteriosamente había aparecido de la nada y había caído en medio del antiguo despacho de los Sinclair.

El día la sorprendió mientras daba una cabezada debido al sueño que de repente cayó sobre ella. La noche había sido demasiado movida para su gusto y aún tenía algunos pensamientos que querían indicarle que todo formaba parte de algún tipo de broma que el antiguo dueño había querido gastarle. Pero en el fondo sabía que no era así, que no era ninguna broma, sino muy real. Y más después de haber visto aquella luz inexplicable que, estaba segura, no pertenecía a la tormenta.

La joven se levantó de la silla y se paseó unos instantes para sacudirse el sueño de encima. Sin saber por qué, se colgó del cuello ese precioso colgante y se prometió seguir investigando cuando tuviera otro momento libre.

En ese momento, decidió que lo mejor era desayunar rápido y marcharse a visitar los alrededores. Sabía que el pueblo era pequeño y que debía recorrer varios kilómetros hasta encontrar otro o cualquier tipo de civilización. Sin embargo, el día anterior había visto a las afueras de Wick y relativamente cerca del castillo una nave agrícola en la que había un ganado pastando tranquilamente, ajeno a las habladurías e historias de fantasmas que corrían por el pueblo. En parte, le calmaba saber que había alguien cerca de ella y se prometió acudir a visitar la granja en algún momento del día.

Sin embargo, tras un desayuno rápido corrió escaleras arriba para cambiarse de ropa. Tras deshacer la maleta, decidió ponerse unos vaqueros cómodos, un jersey blanco y unas deportivas del mismo color. Tras coger su anorak de estilo militar y su mochila, buscó las llaves del coche y salió del edificio

principal del castillo.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al volver a ver el patio y ser consciente de que era propietaria de todo lo que veían sus ojos. El día anterior, la cuenta de su banco había bajado considerablemente de números, pero no le importó. Durante muchos años había estado trabajando para sacar adelante su carrera y cuando consiguió su puesto de trabajo en esa empresa, el dinero que comenzó a ganar le había parecido desorbitado, pero ese día lo agradeció, pues gracias a ello había

podido comprarse esa preciosidad de castillo.

Sophie arrancó el coche y se dedicó a admirar el bonito paisaje que se extendía frente a ella. Se dirigió hacia el pueblo, ya que el día anterior le habían comentado que ese día comenzaría un mercado típico medieval que podría interesarle.

Tras llegar a Wick, aparcó en una de las calles más céntricas y se acercó caminando al famoso mercado. Desde allí podía oler al incienso y la carne asada que ya estaban preparando para la hora de la comida. Numerosos vecinos se habían acercado a ayudar y el mercado ya estaba tomando forma.

Los puestos de comida y artesanía tenían un toldo sostenido sobre varios palos de madera que parecía que en cualquier momento iban a caerse sobre los viandantes. Jabones naturales, numerosos adornos hechos a mano, cristales con diferentes formas, ropa... Todo ello estaba dispuesto alrededor de la plaza principal del pueblo y el alboroto no tardó en aparecer. Los niños corrieron adelantando a Sophie en su recorrido y formando una sonrisa en el rostro de la joven. A ella también le habría encantado unirse a ese alboroto y disfrutar como una más de esas fiestas medievales. Sin embargo, algo dentro de ella la hacía sentirse como la forastera que era, y le habría encantado rezar para que la cosa se quedara ahí. Sin embargo, fue a más. A medida que pasaban las horas y los habitantes de Wick se iban acercando a la plaza, numerosas miradas, algunas de curiosidad, de odio y otras de lástima, se dirigieron a Sophie mientras ella se paseaba intentando contener el nerviosismo que le producía ser el centro de atención.

—¿Tú eres la que ha comprado el castillo?

Una voz adulta llamó su atención y giró la cabeza en su dirección.

—Sí, soy yo —respondió secamente.

Aquel hombre solo asintió y simplemente se dio media vuelta y la dejó allí plantada con el rostro demudado en sorpresa. La joven levantó una ceja de forma irónica por la forma en la que había aparecido ese hombre y de repente la había vuelto a dejar sola.

Un trueno lejano indicó a los visitantes de la feria que una tormenta se aproximaba al pueblo. El día había amanecido nublado y poco a poco se había ido volviendo demasiado negro, tanto que parecía que la noche se les había echado encima. La amenaza de lluvia y las continuas miradas hicieron que

Sophie decidiera dirigirse al castillo, no sin antes parar en un puesto de comida y comprar una deliciosa patata asada a la que había echado el ojo minutos antes.

Ya pasaba la media tarde cuando Sophie arrancó su coche después de llenar su estómago con la patata asada. Una parte de ella se sentía incómoda debido a la cantidad de miradas que le habían dedicado todos los habitantes del pueblo, incluso le dio la sensación de que los feriantes también la miraban de reojo.

Sin embargo, intentó por todos los medios que no le importaran las opiniones de los demás. Ella se encontraba muy contenta con la compra que había hecho y a la que regresaba cuando las primeras gotas de la tormenta comenzaron a caer sobre la tierra.

Le costó mucho trabajo encontrar el camino de vuelta, ya que aún no se conocía el pueblo y debía seguir las indicaciones que veía en las esquinas. La cobertura del teléfono había desaparecido debido a la tormenta, sumiendo al pueblo y a sus habitantes en la más completa desconexión del resto de civilización.

—¡Mierda! —vociferó Sophie cuando la lluvia fue tan fuerte que apenas le dejaba ver por dónde iba.

Los parabrisas del coche no daban abasto y aún así el agua corría por los cristales como nunca había visto. Esa tormenta era mucho más fuerte que la de la noche anterior y los rayos y truenos sonaban sin cesar a su alrededor, haciéndole desear la calidez del castillo y la protección que le ofrecían sus muros.

El cielo estaba totalmente negro y la visibilidad era totalmente nula, así que para evitar tener un accidente, Sophie retiró el coche de la carretera y lo paró.

Miró a su alrededor y apenas podía ver un metro más allá de los cristales.

—Genial... —se quejó—. ¿Y ahora qué?

La joven intentó buscar una solución rápida, por lo que, deseando llegar a un lugar donde refugiarse decidió llegar andando al castillo. Sabía que si seguía el camino recto llegaría en poco más de media hora, así que agarró su mochila y abrió la puerta del coche.

Una brisa fría le acarició el rostro, provocándole escalofríos. La tormenta estaba justo encima de ella y le dio la sensación de que no iba a irse pronto. Por lo que, acelerando el paso, cerró más la cremallera de su anorak y se infundió ánimo a sí misma.

Los rayos caían por doquier, haciendo que la joven temiera por su vida. Sin embargo, siguió hacia adelante a pesar de que durante unos segundos pensó en volver al coche y pasar allí la noche.

—Mierda de tormenta... —dijo en francés.

Instantes después, sintió que algo quemaba su pecho. Enseguida, abrió la cremallera de su anorak y vio, con sorpresa y cierto miedo, que el collar que había aparecido en el despacho se iluminaba intensamente, cegándola durante unos instantes. La joven cerró los ojos con fuerza e intentó quitárselo de encima, pero quemaba tanto que era imposible. Segundos después, sintió que todo daba vueltas a su alrededor al tiempo que algo invisible tiraba de ella, haciéndole perder por completo el sentido.

Era de noche y la lluvia había acabado. De eso estaba segura, ya que solo

había silencio a su alrededor. Intentó descubrir si había algo más, sin embargo, Sophie no podía moverse. Durante unos momentos pensó que estaba teniendo una pesadilla como la noche anterior, pero el dolor de cabeza que la taladraba le indicaba que estaba despierta o ¿muerta? La tranquilidad que había en ese lugar la hizo dudar, sin embargo, se obligó a sí misma a abrir los ojos.

La joven se encontraba tirada sobre la hierba de espaldas mientras que la luna llena le iluminaba el rostro y todo lo que había a su alrededor. Con sorpresa, se dio cuenta de que estaba en medio de un bosque, aunque no entendía cómo había llegado hasta allí, puesto que lo último que recordaba era que estaba atravesando un campo sembrado en busca de la granja cercana al castillo. Y sin embargo ahora había árboles y más árboles allí donde mirase. Y ni rastro de la granja o del sembrado.

—¿Pero cómo...? —No pudo continuar con la pregunta, ya que demasiadas se acumulaban en su mente.

Estaban pasando demasiadas cosas extrañas desde que había llegado a Escocia y no encontraba explicación para ninguna de ellas. En el momento en el que se sentó sobre la hierba para seguir analizando todo, Sophie recordó todo de golpe. El collar que llevaba colgado de su cuello había brillado con demasiada intensidad y a partir de entonces sintió un mareo... Y nada más. ¿Acaso había sido secuestrada y la habían dejado tirada en medio de ese lugar?

Intentando buscar una explicación coherente, Sophie tocó la tierra y se dio cuenta de que estaba totalmente seca, algo que le extrañó, pues la tormenta habría dejado un buen charco de agua a su paso.

Frunciendo el ceño, lentamente se levantó y miró, asustada, en busca de algo que le indicara que estaba siendo observada por alguna persona o huellas en el suelo pertenecientes a alguien que la hubiera dejado allí. Pero no había absolutamente nada. Y en medio de la noche se preguntó cómo podría llegar al castillo teniendo en cuenta de que no sabía dónde se encontraba.

Sin saber por dónde ir, Sophie tomó un sendero que parecía conducir a las

afueras del bosque. Quería llegar a un claro que pudiera indicarle dónde se encontraba o cómo seguir y, tras haber dado una veintena de pasos, la joven escuchó un sonido un tanto extraño. Paró de golpe sus pasos para intentar descifrar de dónde venía el ruido y si podía pertenecer a alguna especie de animal.

Cuando comprobó que se trataban de ruidos humanos, la joven suspiró y giró la cabeza en la dirección de donde procedían. Un intenso rayo de dolor cruzó por su cabeza y la idea de correr en dirección contraria también apareció. Sin embargo, tenía que saber dónde se encontraba y descubrir qué demonios había pasado. Por lo que, con decisión, comenzó a caminar hacia los sonidos, que a medida que avanzaba se hacían más nítidos. Durante unos momentos se dio cuenta de que parecían gemidos ahogados, así que paró de golpe con la idea de la cabeza de que alguna pareja se encontrara en pleno éxtasis durante un momento de intimidad. Sin embargo, el murmullo de numerosas voces y el sonido de un animal que parecía ser un caballo le indicaron que no era una pareja de enamorados. Así que retomó sus pasos hasta acortar los diez metros que la separaban de los murmullos y cuando levantó la mirada para hablarles, Sophie se quedó petrificada en el sitio.

A solo tres metros de ella una decena de hombres vestidos con los típicos *kilts* acababa de matar a otros cinco, que yacían ensangrentados en el suelo mientras los demás limpiaban sus espadas en los ropajes de los caídos. Ante el horror que veían sus ojos, Sophie no pudo evitar lanzar una exclamación de sorpresa, que fue claramente escuchada por los hombres, que al estar de espaldas a ella no la habían visto llegar. Al instante, las diez cabezas se giraron en su dirección, pero solo una de ellas le produjo tal pavor que se sintió a punto de desfallecer. Se trataba de un hombre demasiado alto y fornido, con la cara totalmente ensangrentada, pero lo que más llamó su atención fueron unos felinos ojos de color ámbar que parecían querer asesinarla sin tan siquiera pedir explicaciones.

Aquel hombre, sin apartar la mirada de la joven, dio un par de pasos hacia ella y dijo algo en gaélico, que Sophie no entendió.

El corazón de la joven y sus propios pensamientos le gritaban que corriera, pero se encontraba totalmente hipnotizada por aquel gigante que no dejaba de observarla. Sentía como si sus pies estuvieran clavados en el suelo y, a pesar

del peligro que había frente a ella, no podía reaccionar.

—Edwin —lo llamó el gigante sin inmutarse por la presencia de aquella joven

—. Atrápala.

Aquella palabra fue la única que necesitaron los sentidos de Sophie para reaccionar de una vez por todas y comenzar a moverse. Cuando vio que otro de los hombres, muy parecido físicamente al gigante, se adelantaba y caminaba hacia ella con parsimonia, la joven tomó conciencia de que debía huir si quería salvar su vida. Estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Sophie se giró rápidamente y corrió en dirección contraria. Gracias a la luna llena, el camino por el que había llegado hasta allí estaba muy bien iluminado y le proporcionaba la luz necesaria para no chocarse contra los árboles.

Gracias a las rutinas diarias de ejercicio a las que se había sometido en Francia durante años, Sophie podía correr una buena distancia sin ahogarse y sin tener la necesidad de parar durante unos segundos para tomar aire. Aquello le ofreció la posibilidad de recorrer un buen trecho de camino hasta que la joven tuvo la sensación de que ya no la perseguían, pues los pasos de aquel asesino habían dejado de oírse.

Sin dejar de correr, Sophie miró hacia atrás y un rayo de esperanza iluminó su camino. Frenó en seco para tomar aire y suspiró, haciendo que, debido al frío, de su boca saliera una buena bocanada de vaho. Dio gracias porque ese hombre hubiera dejado de seguirla, por lo que supuso que había decidido dejarla marchar. Sin embargo, a solo un par de metros a su izquierda, Sophie vio aparecer una sombra. Rezó para que solo fuera la silueta de un árbol y no la de su perseguidor.

La joven sintió un escalofrío a medida que giraba la cabeza lentamente hacia su izquierda y no pudo evitar lanzar un grito de auténtico terror cuando vio que esa sombra pertenecía al gigante de ojos felinos que la había observado con tanta insistencia momentos antes. Cuando este se precipitó hacia ella, Sophie volvió a tomar aire y corrió hacia su derecha, internándose entre una

arboleda cuya

variedad de árboles impedía el paso de la luz de la luna y haciendo que la joven tuviera que sortear las piedras y ramas caídas casi a ciegas.

Su corazón latía con fuerza. Y una voz en su cabeza la animaba a seguir, pues sentía que si caía en manos de aquel hombre, acabaría ensangrentada en medio del bosque como aquellos desgraciados a los que habían clavado sus espadas?

A pesar del momento de tensión, Sophie fue consciente en ese instante de que esos hombres portaban espadas en lugar de otro tipo de arma, como si estuvieran disfrazados de otra época o estuvieran grabando una película.

La joven sacudió la cabeza para apartar de su cabeza aquellos pensamientos, ya que no era el momento de intentar aclarar algo así, por lo que apretó el paso para alejarse más, sin embargo, cometió un inmenso error que le cambiaría la vida para siempre. Sophie miró durante un segundo hacia atrás para ver como el gigante estaba demasiado cerca de ella, pero cuando volvió la vista hacia adelante, se dio cuenta de que el sendero llegaba a su fin. Pero ya era demasiado tarde para frenar.

—¡No! —vociferó.

Sophie perdió pie y cayó por lo que parecía ser un pequeño terraplén, golpeándose con fuerza todo el cuerpo mientras gritaba de dolor con cada golpe que recibía de las piedras hasta que sintió un fuerte golpe en su cabeza y todo se volvió negro de repente.

CAPÍTULO 4

En ningún momento había imaginado lo que iba a suceder cuando Gael había decidido llevar a sus hombres esa noche a las inmediaciones del clan Sutherland para robar algunas reses.

Hacía dos días que había ordenado llevar a cabo otras formas de enfrentarse a sus enemigos, pues estos habían decidido contratar a mercenarios para que los atacasen en las innumerables veces que los Sinclair intentaban hacerse de

nuevo con tierras de los Sutherland.

Gael vio aquella idea como una nueva salida al odio que sentía por ese clan, que solo había traído desgracias al suyo propio. Sin embargo, lo que no imaginó en ningún momento es que los mercenarios los estuvieran esperando en la linde de las tierras pertenecientes a Calem Sutherland. No obstante, ellos eran más y más rápidos, por lo que pudieron acabar con ellos antes de que dieran la voz de alarma para alertar a los hombres de Calem.

En el momento en el que limpiaba lentamente su espada en el *kilt* de uno de los mercenarios y daba vueltas a la idea de regresar sin una sola res, Gael escuchó una expresión de sorpresa y horror a sus espaldas. Y fue entonces cuando la vio. Se había levantado de golpe y girado con rapidez, al igual que sus hombres, hacia el lugar donde provenía el gemido de la mujer y durante unos momentos pensó que durante la pelea había muerto y frente a él tenía a un ángel.

Aquella mujer de rostro angelical tenía el pelo del color del fuego, que brillaba con la luna y ondeaba con la brisa que traía el aire del Norte. Debía de tener su misma edad, pues era muy parecida a las mujeres que conocía desde pequeñas.

Su rostro ovalado mostraba un rictus de pánico y sorpresa y, aunque no pudo ver con claridad sus ojos, le dio la sensación de que eran de algún color claro. Y sin saber por qué, algo dentro de él sintió lástima por ella, ya que seguramente sus ojos no estaban acostumbrados a ver ese horror.

El guerrero frunció el ceño y dio un par de pasos hacia ella para comprobar que era real y no una visión del cielo que le enviaba el Creador para que dejara en paz a los Sutherland. Por eso, cuando comprobó que la joven era de carne y hueso, se dirigió hacia su hermano para que la atrapara y la llevaran con ellos para comprobar si era una espía, ya que pensó que se trataba de una mujer perteneciente al clan de los Sutherland, aunque tenía una vestimenta demasiado extraña para él.

Y cuando vio que corría, Gael lanzó una maldición y se lanzó tras su hermano y aquella misteriosa joven que había causado en su corazón un sentimiento que se sacudió de encima cuanto antes. No obstante, al ver que la

mujer corría con gran velocidad, decidió ir por otro camino y le indicó a su hermano que volviera por donde había venido. Cuando vio que paraba y miraba hacia atrás en busca de Edwin, Gael decidió salir de entre los árboles y mostrarse, pero la joven volvió a correr, y esta vez en la dirección menos adecuada, pues Gael conocía el terreno y sabía que unos metros más adelante la altura cambiaba y se formaba un terraplén, por lo que aumentó la velocidad, momento en el que la joven miraba hacia atrás y trastabillaba, perdiéndose entre la oscuridad de la noche.

Gael dudó unos instantes sobre si debía dejarla allí tirada, ya que podría estar muerta, o bajar hacia ella con ánimo de llevarla al castillo Sinclair para evitar que contara a los Sutherland lo que había visto. O simplemente porque por primera vez en mucho tiempo los ojos de una mujer lo habían embrujado en segundos, aunque no quisiera reconocerlo.

—¿Qué pasa?

Edwin había corrido hacia él después de esperarlo largamente a que regresara, y miró con interés por el terraplén. Después, torció el gesto, contrariado.

—¿Crees que está viva?

Gael se encogió de hombros al tiempo que se quitaba el cinturón.

—¿No será mejor dejarla ahí para que la encuentren los de su clan? —sugirió Edwin.

—¿Y arriesgarme a que cuente lo que no debe? —Negó con la cabeza—. Lo mejor es llevarla con nosotros.

—¿Y qué vas a hacer con ella cuando termines de interrogarla? ¿La vas a asesinar?

Aquella posibilidad hizo que Gael apretara los puños. ¿Sería capaz de matar a un ángel? Al instante, sacudió la cabeza mientras la ira comenzaba a recorrer sus venas. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?, se preguntó a sí mismo.

—No lo sé. Solo quiero saber con qué intenciones había ido hacia nosotros.

Tal vez quisiera recabar información para su clan.

Y dando por zanjada la conversación, Gael se perdió en la oscuridad de la noche para bajar por la ladera por la que había caído Sophie. Tan solo los separaban unos metros, ya que no era demasiado empinada, por lo que tropezó con el cuerpo de la joven segundos después.

Gael se agachó, presuroso, para comprobar si la joven tenía pulso, así que cuando comprobó que seguía viva, metió los brazos por debajo de su cuerpo y la levantó. Entonces, un débil rayo de luz iluminó el rostro de Sophie, mostrando infinidad de cortes y golpes que la joven había recibido mientras caía por ese desnivel. Sin embargo, la belleza de su rostro no se vio disminuida, sino al contrario, a tan solo un palmo de ella, Gael pudo comprobar que aquella joven era aún más bella y su rostro angelical descansaba, inconsciente, sobre el hombro del guerrero.

A medida que subía por la ladera, Gael se maldijo a sí mismo. Había jurado tiempo atrás que su corazón se mantendría frío y distante hacia cualquier mujer.

Ya había sufrido más que suficiente por culpa de Leslie y no estaba dispuesto a que ninguna otra mujer se interpusiera en su camino, haciéndolo perder la cabeza por su amor y llevándolo a la locura. Por eso, en ese momento se prometió a sí mismo no fijarse más en la belleza de aquella joven. La trataría como una prisionera más y cuando terminara con sus preguntas... No sabía qué podría hacer con ella. Intentó cambiar la visión que tenía hacia la muchacha al pensar que se trataba de una Sutherland, por lo que a partir de ese instante la vería como su enemiga, y no como cualquier otra cosa.

No recordaba nada de lo sucedido ni cuánto tiempo había pasado. Solo sabía que tenía todo el cuerpo entumecido y adolecido, pero ¿por qué? ¿Se encontraba en la cama de su castillo? La dureza de lo que había contra ella le indicaba que no. Además, le dio la sensación de que estaba sentada y le daba el frío aire en la cara. Entonces, ¿qué había ocurrido?

Al instante, todos los recuerdos acudieron a su mente: el colgante extraño, la luz, la tormenta, un bosque desconocido... y los ojos de un hombre que realmente parecía una fiera. Sophie abrió los ojos de golpe, asustada por el recuerdo de ese hombre en la oscuridad del bosque. Lo primero que vieron sus ojos fue la hierba del suelo. Ya había amanecido y aún no sabía dónde se encontraba. La joven intentó moverse ligeramente, pero el dolor de cabeza y de espalda por la mala postura le impidieron moverse con rapidez. En ese momento, se dio cuenta de que tenía sus manos atadas y una cuerda rodeaba su cuerpo, sujetándola contra un árbol.

Lo primero que pasó por su mente fue que debía gritar para pedir ayuda, sin embargo, el ruido de numerosos pasos y las distintas voces que llegaban a su dolorida cabeza le indicaron que estaba rodeada de varios hombres. Su corazón comenzó a latir con fuerza y un miedo que jamás había experimentado le recorría el cuerpo. La habían secuestrado, pero no sabía por qué, aunque algo le decía que tenía que ver con que viera cómo mataban a esos hombres a sangre fría.

A pesar del pánico que sentía, Sophie se armó de valor y lentamente levantó la cabeza. Un fuerte rayo de dolor le atravesó la cabeza, y supuso que debido a la caída por la ladera tenía más de una contusión.

Lo que vio la joven la obligó a parpadear dos veces, ya que no creía lo que veían sus ojos. Aquellos hombres se encontraban alrededor de una pequeña hoguera mientras hablaban animadamente en gaélico. Vestían los mismos *kilts* que había visto la noche anterior, pero con la diferencia de que sus rostros ya no estaban ensangrentados, ni sus ropajes tampoco. Las espadas seguían colgadas de sus caderas y mostraban unas largas dagas en sus botas. Casi todos llevaban barba y su pelo estaba desaliñado.

En ese momento, recordó el mercado medieval al que había acudido el día anterior y supuso que aquella gente formaba parte de ello, ya que nadie en el siglo XXI portaba espadas en las caderas como siglos atrás.

Sophie dirigió la mirada hacia las cuerdas que la ataban tan fuertemente que tenía la sensación de que se clavaban en su carne. Y cuando intentó moverse para ver si podía quitárselas de encima, no pudo evitar un gemido de dolor, el cual llamó la atención de los hombres.

Al instante, la joven se vio asediada por las miradas, algunas lascivas, de nueve hombres y deseó no tener las cuerdas para salir corriendo. Sin embargo, intentó sostenerles la mirada y no apartarla a pesar del miedo que sentía.

Uno de ellos, al cual reconoció como el tal Edwin que la había perseguido por el bosque, se levantó del suelo y se aproximó a ella lentamente, sin apartar la mirada de su rostro. A simple vista, y sin ánimo de querer reconocerlo, Sophie se dio cuenta de que era un joven realmente hermoso. Era alto y corpulento, de pelo castaño oscuro y sus ojos eran tan oscuros que Sophie tuvo la sensación de que eran negros. Sin embargo, a pesar de la ferocidad que pudiera aparentar aquel hombre, la joven tuvo la corazonada de que no debía temerlo. Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios del joven al tiempo que se agachaba frente a ella.

—¿Os encontráis mejor?

La voz de Edwin intentó sonar amable, sin embargo, para Sophie no dejaba de ser un secuestrador, por lo que le devolvió la mirada cargada de odio.

—Estaría mejor si no estuviera atada como vuestros caballos. —Los señaló con la cabeza.

La sonrisa de Edwin se ensanchó, provocando que el enfado de Sophie fuera en aumento.

—¿Te hace gracia verme atada a un árbol?

—No, me hacéis gracia en general, mujer.

Sophie levantó una ceja, sorprendida por aquella respuesta. Aquel hombre parecía estar pasándose en grande con su situación. Apretó la mandíbula con fuerza, intentando frenar su lengua para no vociferar todo lo que pasaba por su mente en ese momento y lo que pensaba de él y el resto de sus compañeros, ya que la imagen de los muertos de la noche anterior aún resonaba en su cabeza.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó mientras se giraba hacia sus compañeros y

señalaba el rico asado que estaban cocinando—. Dougal es muy buen cocinero y sus asados son conocidos en todas nuestras tierras.

—Me alegro mucho por tu amigo el cocinero —soltó de golpe—, pero lo que más me gustaría es que las cuerdas dejaran de arañarme las muñecas.

Al ver que Edwin no le hacía caso, Sophie miró hacia otro lado mientras susurraba más para sí que para él.

—El asado te lo puedes meter por donde te quepa.

El guerrero, tras escuchar sus palabras, comenzó a reír. Sophie se giró de golpe hacia él, ya que le había sorprendido que la entendiera. Aquellas palabras las había dicho en francés sin saber que el joven también conocía ese idioma.

Los hombros de Edwin se sacudían con fuerza mientras la miraba con auténtico interés. Y tenía una risa tan contagiosa que Sophie no pudo evitar esbozar también una sonrisa a pesar de que quería seguir manteniendo una actitud indiferente y enfadada.

—Sois muy graciosa, mujer —le dijo cuando recuperó la compostura—. Y vuestra ropa es muy extraña.

Sophie frunció el ceño y se miró. Vio que su ropa estaba manchada de barro y hierba, pero no vio nada extraño en ella que le pareciera tan interesante a Edwin.

La joven carraspeó intentando pensar en otra cosa, ya que no sabía cómo contestar a esas palabras.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó Edwin mientras ponía una rodilla en el suelo.

Sophie no tenía muy claro si debía decirle la verdad, ya que tenía la sensación de que la conversación podía ser algún tipo de interrogatorio en lugar de unas inocentes preguntas hechas desde la curiosidad.

—Me llamo Sophie Blanc —contestó—. ¿Y tú?

—Mi nombre es Edwin Sinclair.

La mirada amable del joven tranquilizó en parte a Sophie. Una parte de ella le decía que no tuviera miedo, que no le harían nada malo, sin embargo, llevó su mirada hacia el resto de hombres, que los miraban con el ceño fruncido como si hubieran hecho algo malo o como si esperaran un movimiento en falso de la joven para asestarle un golpe mortal.

Edwin, al ver la sombra del miedo en sus ojos, dirigió la vista hacia sus compañeros y después se volvió de nuevo hacia ella. Se encogió de hombros para restarle importancia a lo que pudieran pensar sus amigos.

—No os preocupéis. Son inofensivos.

Sophie levantó ambas cejas, irónicamente.

—Sí, eso mismo pensarán los hombres a los que matasteis anoche.

Edwin sonrió.

—Eran mercenarios contratados por vuestro jefe de clan.

—Yo no tengo ningún jefe de clan —respondió Sophie.

—¿No pertenecéis al clan Sutherland? —preguntó, sorprendido por aquella revelación.

Sophie negó.

—Vengo de Francia. Y no tengo familia en Escocia.

—¿Y qué hacíais en el bosque en medio de la noche?

Sophie estuvo a punto de contarle la verdad a Edwin, ya que este le ofrecía una confianza sorprendente. Sin embargo, una parte de ella le pidió precaución, que no contara nada de lo de su castillo o lo sucedido con el collar, por lo que abrió la boca para contestar:

—Me perdí.

Edwin frunció el ceño, aunque al instante sonrió, restándole importancia.

—¿Me podrías soltar?

Sophie se atrevió a hacerle esa pregunta, ya que sentía que después de la conversación que habían entablado, se había creado un pequeño vínculo entre ellos. Edwin la miró apenado y torció el gesto.

—Lo siento, no soy yo quien debe dar esa orden.

—Y entonces ¿quién?

En ese momento, como si hubiera sido llamado por su propio hermano, Gael apareció de entre los árboles, llamando la atención de la joven. Sophie dirigió su atónita mirada hacia él, y sintió como si se quedara totalmente muda.

Inconscientemente, abrió la boca, sorprendida por la belleza apolínea de ese hombre. Durante unos segundos, la joven se preguntó si ante ella había la visión de un antiguo dios griego, ya que parecía esculpido en piedra.

Lo recordaba. Sabía que había sido él quien la persiguió finalmente entre los árboles la noche anterior. Recordó que había sentido miedo de él, y no era para menos. Horas antes, lo había visto con el rostro manchado con la sangre de sus enemigos y ahora lo veía en todo su esplendor. Gael llegaba en ese momento con el pelo mojado y sin camisa. Tan solo el *kilt* tapaba de cintura para abajo, mostrando su hermoso y esculpido torso. Sus casi dos metros de altura se le hicieron demasiado grandes para Sophie, ya que se encontraba sentada en la hierba, por lo que desde esa altura, Gael parecía aún más alto. Su pelo negro brillaba aún mojado por el agua y su rostro cuadrado le indicaba que se encontraba contrariado por algo, pues apretaba la mandíbula con fuerza.

Sophie se sorprendió de que no sufriera las inclemencias del tiempo, ya que el viento gélido soplaba con fuerza en ese momento, aunque Gael se mostraba impasible respecto a eso. Cuando el joven le dio la espalda, pues aún no era consciente del examen de Sophie, vio que una cicatriz bastante fea

le cruzaba la espalda, produciéndole un escalofrío a la joven, que pareció volver a la realidad

cuando Edwin frunció el ceño y miró en su dirección.

El guerrero suspiró y giró de nuevo la cabeza hacia ella.

—Es él quien tiene que dar la orden.

Sophie lo miró sin entender, pues había olvidado por completo la conversación que estaban manteniendo, ya que no podía dejar de mirar la imagen de ese gigante frente a ella y semidesnudo.

La joven carraspeó y parpadeó:

—¿Cómo dices?

Edwin ensombreció su rostro y miró durante un segundo hacia el suelo.

—Él es el jefe del clan y quien manda aquí. —Señaló al otro guerrero—. Es mi hermano. Se llama Gael Sinclair.

Sophie lo miró como si le hubieran crecido dos cabezas. El corazón se le desbocó cuando escuchó ese nombre. Lo conocía. Ese nombre era de reciente conocimiento para ella, pero no era posible. No podía ser verdad. Sin embargo, lo que vio la noche anterior la había dejado paralizada, mostrando al hombre del que había leído su historia: un hombre sádico, asesino, despiadado... ¿Y Edwin había dicho que era su hermano? ¡Ahora lo recordaba! Entre las páginas que había leído aparecía ese nombre. Donald Sinclair lo había descrito como una buena persona, a la que deseaban más al frente del clan, ya que Gael se había vuelto loco. Y realmente, lo acababa de comprobar.

Un miedo atroz comenzó a recorrer su cuerpo al darse cuenta de su situación, pero no podía ser real. Aquello debía de ser otra pesadilla, no podía estar allí con ellos. Era imposible. Y sin embargo, su dolor de cabeza le indicaba que sí, que estaba allí y que todo lo que había frente a sus ojos era real.

Sophie tragó saliva. Se le había secado la boca de repente y no era capaz de

soportar la cara inquisitiva de Edwin. Ahora entendía la extraña forma del guerrero de dirigirse a ella, como si hablara con expresiones de otro tiempo, sus vestimentas, las espadas... ¿De verdad había viajado en el tiempo? Pero ¿cómo demonios lo había hecho? ¿Tenía algo que ver el colgante?

En ese momento, al recordar lo que pendía de su cuello, la joven estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva. ¿Tenía con ella el colgante que había hecho enloquecer a Gael! Si lo encontraba con ella, estaba segura de que sería

capaz de matarla.

El carraspeo de Edwin la sacó de sus pensamientos.

—Supongo que debería haberme acostumbrado ya a lo que produce mi hermano en la gente...

Sophie lo miró sin entender.

—¿A qué te refieres?

El joven negó con la cabeza. El brillo de sus ojos parecía haberse apagado mientras se ponía de nuevo en pie y le contestaba:

—Si queréis que os quitemos las cuerdas, debéis hablar con Gael.

Como si hubiera escuchado a su hermano, el aludido se giró hacia ellos con el rostro iracundo. Ya se había puesto la camisa y parte de su pelo se había secado.

Sophie lo vio apretar la mandíbula, momento en el que volvió a secarse la garganta de la joven por el pánico. Estaba metida en el peor lío de toda su vida: todo indicaba que había viajado en el tiempo, había sido secuestrada por unos asesinos, allí estaba el dueño loco de su castillo... Y lo peor de todo: era tan extremadamente viril y guapo que algo dentro de ella saltaba y ardía a cada segundo que pasaba con la mirada del guerrero puesta sobre ella.

Cuando Edwin se dio la vuelta para volver junto a sus compañeros, a Sophie se le ocurrió una pregunta que la ayudaría a aclararse un poco:

—¡Espera! —Edwin se volvió hacia ella con paso cansado—. ¿Puedo saber dónde vivís?

—En el castillo Sinclair, por supuesto —respondió como si fuera una obviedad.

—Ya... Y una pregunta... a ver... —No sabía cómo formularla—. Con el golpe en la cabeza estoy un poco confundida. ¿En qué fecha estamos?

Edwin sonrió levemente, como si entendiera su confusión.

—Eso es muy fácil: 3 de febrero de 1650.

Sophie asintió intentando disimular su conmoción. 1650... Aquella fecha no dejaba de resonar en su mente mientras veía al guerrero alejarse, dejándola sola y temblando, aunque no del frío, sino del mar de preguntas y miedos que corría por sus venas en ese momento. Entonces era cierto. ¡Había viajado en el tiempo!

La joven miró al instante hacia su pecho y vio, aliviada, que la cremallera de su anorak estaba cerrada hasta arriba, por lo que nadie vería el colgante que pendía de su cuello.

Volvió a recordar la fecha que le había dado Edwin: 1650, cinco años atrás a la fecha que Sophie había leído en el libro antiguo de Donald Sinclair. Intentó recordar algunos detalles que ese hombre había plasmado en esas hojas: según su lectura y los cálculos que hizo, hacía dos años desde que los Sutherland les habían declarado la guerra. Y según lo que había leído, ese mismo año le habían robado a Gael la joya que ahora pendía de su cuello y que sentía como si pesara cada vez más. Entonces, ¿Gael sabría ya que ese colgante no estaba entre sus pertenencias? ¿Se habría vuelto loco?

Esas y muchas más preguntas se agolpaban en su mente. Tenía claro que si quería sobrevivir, aquellos hombres no deberían saber que ella tenía esa joya, así que debía deshacerse de ella en cuanto pudiera, y si era posible, devolverla a su dueño sin que se enterase.

Tan metida estaba en sus pensamientos que no había visto que frente a ella había dos musculosas piernas. Hasta que reaccionó tarde. Su corazón latió desbocado al creer que había sido descubierta y quiso huir antes de que sacara su espada y le cortara la cabeza.

Armándose de valor, tras un suspiro, Sophie levantó la cabeza y vio que Gael Sinclair estaba de pie frente a ella con la mirada fijamente sobre la joven. Esta tragó saliva. Sin embargo, una parte de su cuerpo reaccionó de la manera menos esperada: la masculinidad de Gael y ese rostro serio y gruñón hicieron que su cuerpo aumentara la temperatura, aunque no entendía por qué.

—Mi hermano me ha dicho que te llamas Sophie Blanc y no perteneces al clan Sutherland —dijo tuteándola.

Sophie, aún con el nudo en el cuello, solo logró asentir en silencio y desvió la mirada hacia los caballos, que pastaban tranquilamente unos metros hacia su derecha.

—¿Y qué hacías sola en medio del bosque durante la noche?

Gael se agachó frente a ella sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, lo cual la puso verdaderamente nerviosa, y más aún cuando el *kilt* de Gael se abrió ligeramente, permitiéndole ver más de lo que debería.

—Yo... —dijo tras recuperarse de la impresión— salí por la tarde a dar un paseo y me perdí. Se me echó la noche encima y ya no pude volver.

—¿A dónde debías volver?

Mierda, pensó. Sophie pasó la lengua por sus labios, haciendo que Gael perdiera la concentración, y contestó:

—A la casa donde he pasado unos días. He venido de viaje a Escocia y una familia me acogió.

—¿Qué familia? ¿Cuál era su clan?

—Se llama Matt Sinclair —respondió rápidamente tras acordarse del antiguo dueño de su castillo.

—Y dime una cosa, muchacha. —Gael se acercó unos centímetros—. ¿Cuál de tus respuestas es verdadera?

La fiereza que mostraba el guerrero en su rostro hizo que Sophie titubeara sin saber muy bien qué contestar, lo cual produjo que el joven asintiera mientras apretaba la mandíbula y se levantara.

—Déjame decirte una cosa, muchacha: odio las mentiras. Y creo que todo lo que me has contestado lo es.

—No es cierto...

—Vendrás a nuestro castillo hasta que descubra si eres o no una espía de los Sutherland y, hasta entonces, serás nuestra... invitada.

Sophie frunció el ceño, ya que no estaba de acuerdo con el trato recibido por ellos.

—¿Y así tratas a tus invitados, Gael Sinclair, atándolos a los árboles?

—Eso es solo una medida de precaución.

Y sin nada más que añadir, Gael se giró y dejó a Sophie con la palabra en la boca e impidiendo que la joven tuviera otra oportunidad para que las cuerdas desaparecieran de sus muñecas.

CAPÍTULO 5

Tras un día demasiado agotador, Sophie tuvo la oportunidad de estirar sus huesos. Desde que habían abandonado el lugar donde despertó, no habían parado ni un solo minuto para descansar ni para comer, ni siquiera para hacer sus necesidades. Gael había ordenado cabalgar a toda prisa para acortar el terreno y acercarse cada vez más a sus tierras, ya que, por lo que la joven había oído, los Sutherland podrían atacarlos en cualquier momento.

Sophie los había observado a lo largo de todo el día. Después de convencerse de que había viajado en el tiempo, no había dejado de observar sus movimientos, su forma de hablar, sus costumbres... Y a pesar de que sus

manos seguían atadas y su caballo era guiado por Edwin, todo le parecía fascinante.

El miedo aún seguía rondando por su cuerpo, sin embargo, Edwin le dedicaba miradas de tanto en tanto, queriendo hacerle ver que no debía temer de ellos, que solo era un mero trámite lo que iban a hacer con ella. No obstante, la joven no estaba de acuerdo con las cuerdas en sus muñecas.

—Y decidme, muchacha, ¿cómo es vuestra tierra? —le había preguntado Edwin en una ocasión alrededor de mediodía.

Sophie observó que al instante, Gael se giró hacia ellos, pues cabalgaba delante, y miró con reproche a su hermano pequeño, aunque este hizo caso omiso de la mirada cargada de odio de su hermano y jefe de clan.

—Muy... diferente —fue lo único que pudo responder la joven—. De eso no te quepa duda.

Le habría gustado explicarle que en su tiempo ya no usaban caballos para ir de un lugar a otro, que había teléfonos, que no había guerras por una tontería y, lo mejor de todo, que era dueña del castillo al que se dirigían. A pesar de todo, Sophie volvió a sumirse en el silencio. La cabeza le dolía horrores y a veces sentía como un ligero mareo del que debía recomponerse instantes después si no quería hacer enfadar a Gael debido a cualquier retraso.

Por eso, después de todo un día a lomos de aquel magnífico caballo gris, cuando Sophie volvió a poner los pies en el suelo no pudo sino dar un largo suspiro y relajar los hombros. Las cuerdas en las muñecas seguían haciéndole daño e incluso a veces sentía que se le dormían las manos, y a pesar de sus vanos intentos por deshacerse de ellas, Edwin negó con la cabeza en más de una

oportunidad al no poder hacer nada por ella. Instantes antes, Edwin la había ayudado a bajar del caballo y le había dado la sensación de que el joven dejaba demasiados segundos las manos sobre su cintura, sin embargo, cuando Sophie le dedicó una mirada, Edwin intentó disimular y centrarse en cualquier otra actividad lejos de ella, dejándola totalmente asombrada y confundida mientras miraba de pie los quehaceres de los guerreros.

Tras varios minutos en los que se había quedado embobada observándolos, Sophie se dio cuenta de lo famélica que estaba. Con todo lo sucedido, se le había cerrado el estómago y apenas había podido probar bocado, sin embargo, a esas alturas su estómago pedía a gritos que le echaran algo de comer o amenazaba con volverla aún más débil de lo que ya se encontraba.

Sin saber a dónde dirigirse, Sophie se sentó sobre la hierba y apoyó su espalda contra una gran piedra. La joven dejó caer la cabeza sobre esta y suspiró largamente. Tenía el cuerpo aterido por el frío y estaba segura de que más de un moratón recorría su anatomía después de la tremenda caída la noche anterior.

Durante unos momentos, dirigió su recuerdo hacia la cama que seguramente seguía esperándola en el castillo o incluso en la que había dejado vacía en Francia. Sentía que sus huesos debían parar y reposar con tranquilidad, aunque algo le dijo que aquello no había hecho más que empezar, especialmente cuando, al cabo de un par de minutos, sintió sobre su garganta el filo de una espada.

—Más de uno ha perdido su valiosa cabeza en esa misma posición, muchacha. —La voz grave de Gael le hizo dar un respingo, sin embargo, no pudo moverse demasiado, ya que la espada apretaba su filo contra su garganta.

Sophie abrió los ojos de golpe. Se había ido demasiado lejos en sus pensamientos y no había sido consciente de la proximidad de nadie, ni siquiera escuchó el ruido que hizo Gael cuando sacó la espada del cinto. La joven tragó saliva y desvió la mirada hacia el guerrero. Desde aquella posición veía a Gael incluso más alto de lo que ya era y la sombra que hacía sobre ella era tal que la joven apenas podía ver el cielo sobre sus ojos.

—¿Es una amenaza? —preguntó Sophie.

No entendía por qué, pero a pesar de ser un fiero guerrero y después de haber leído en lo que se había convertido, aquel hombre lo único que le inspiraba era enfado. Sus miradas esquivas e iracundas, su trato poco cordial y su extrema superioridad la hacían enfadar en lugar de temer a su posible locura, especialmente teniendo en cuenta que de su cuello pendía el colgante del

joven.

Gael esbozó una sonrisa de lado.

—Solo si me has mentido.

El joven retiró de la garganta de Sophie la espada, permitiendo que pudiera incorporarse.

—¿Te importaría quitarme las cuerdas? Me gustaría ir a... hacer mis necesidades.

Gael lo sopesó durante unos momentos hasta que, finalmente, sacó la daga de su bota derecha y se agachó para cortar las cuerdas para sorpresa de Sophie, que estaba segura de que su pregunta no sería contestada.

—Espero que no intentes nada, muchacha. Estaré muy cerca de ti.

Sophie frunció el ceño.

—¿Acaso piensas acompañarme?

—Solo para que no... te pierdas.

—¿Crees que voy a huir?

—¿No lo has pensado en ningún momento?

Sophie calló. No pensaba contestarle, pero tenía razón. Durante gran parte del viaje había pensado una y otra vez la manera en la que poder huir para buscar ayuda e intentar regresar a su tiempo de una vez por todas. Había llegado a Escocia con la intención de vivir una aventura diferente a lo que solía vivir en su aburrida existencia, pero aquello era demasiado.

Gael amplió su sonrisa y, sin saber por qué, Sophie se quedó petrificada.

Cuando el rostro del guerrero cambiaba su gesto serio su belleza era aún mayor y tuvo que obligarse a sí misma a desviar la mirada para que aquel arrogante no descubriera lo que a veces sembraba en ella.

—En esa dirección hay un río. Podrás lavarte si quieres.

Sophie se levantó y se dio cuenta por primera vez en su vida de lo importante que era tener libres sus manos. Disfrutaba de poder andar moviéndolas, aunque le escocían los roces que le habían provocado las cuerdas. A su espalda podía sentir la presencia de Gael y sus pasos. Sabía que tenía la mirada fija sobre ella, algo que le provocó un escalofrío, ya que pensaba que en cualquier momento descubriría que tenía con ella algo de su propiedad.

Cuando por fin vislumbró el río, Sophie se volvió hacia él y levantó una ceja.

—¿También vas a mirarme el culo mientras me bajo los pantalones?

Gael apretó la mandíbula y se quedó quieto en el sitio. Después, tras esperar unos momentos, se giró para darle intimidación a la joven, que sonrió victoriosa sabedora de que no la observaba. Se alejó unos metros más para tener más intimidad y se escondió tras un árbol. Después miró a un lado y a otro intentando descubrir la presencia de algún mirón, así que cuando estuvo tranquila, la joven se dedicó unos instantes, tras los cuales se aproximó al río para poder refrescar su rostro. El contacto de su piel con el agua le escoció, por lo que dedujo que debía de tener varias heridas en el rostro. Sin embargo, la sintió tan fresca que solo pudo sonreír y suspirar.

Con delicadeza, Sophie llevó algo de agua a su cuello, lo cual le produjo un escalofrío, pero la sensación de limpieza era tal que poco le importaba que el agua estuviera poco menos que congelada.

Gael estaba cansando de esperar a aquella joven que parecía tan rebelde, pero que a la vez no entendía por qué le inspiraba esa sensación de protección sobre ella. Durante todo el día había cabalgado delante de esa mujer, pero tenía la sensación en todo momento de que debía mirar hacia atrás para comprobar que se encontraba bien. Sabía que bajo la protección de Edwin estaría a salvo en caso de ser atacados, por ello la había dejado a su cargo. Y esa misma noche tenía pensado hacer lo mismo.

Desde que se habían cruzado sus caminos estaba seguro de que no era una muchacha de su clan enemigo, pero era tan extraña que deseaba en todo momento tenerla bajo su protección, así que se obligó a sí mismo a mirarla

como si fuera una verdadera Sutherland y así retenerla durante más tiempo.

Cuando la había acompañado hasta el río, no le había quitado el ojo de encima, viendo cómo contoneaba las caderas. Y al ser consciente de que estaba casi embobado con ella, se obligó a sí mismo a pensar en otra cosa mientras su enfado iba en aumento. Por eso, después de esperarla durante varios minutos, se giró hacia ella con la esperanza de que ya viniera hacia él, y al no verla, soltó un bufido y se dispuso a buscarla con la intención de hacerle pagar.

—¿Se puede saber por qué tardas tanto? —vociferó cuando la descubrió disfrutando del agua del río.

La joven no pudo evitar dar un respingo, y al instante subió la cremallera de su anorak. Había estado tan inmersa en el relajante sonido del agua que no había escuchado los pasos de Gael acercándose a ella. Sin embargo, sí pudo sentir la fuerte mano del guerrero que se cernió sobre su brazo para levantarla sin miramientos.

—No tengo todo el día, muchacha.

Sophie intentó zafarse de su amarre, pero Gael apretó con más fuerza, haciendo que la joven chocara contra su pecho y pudiera sentir contra ella los duros músculos que en ese momento estaban contraídos. A pesar de la ira que sintió al verse tratada de esa forma tan grosera, Sophie sintió que algo tiraba de ella en la parte baja de su vientre, algo que no había sentido jamás, y menos por alguien como él, lo cual provocó que su enfado aumentara.

—No soy tu caballo para que me trates como un animal. —Intentó zafarse de nuevo, sin éxito—. ¡Suéltame, desgraciado!

Gael aferró el brazo libre de Sophie y la acercó tanto a él que pudo ver cómo los ojos del guerrero parecían cambiar de color a medida que su propio enfado aumentaba.

—Dije que iba a tratarte como invitada a mi clan, pero podría hacerlo como mi prisionera.

—Hasta ahora lo has hecho así —lo interrumpió, altanera.

—No pienso quitarte los ojos de encima. —Hizo caso omiso a las palabras de la joven—. No me fío de ti. Sé que escondes algo y pienso averiguarlo. Y por tu bien, espero que no seas una espía del clan Sutherland o pagarás muy caro tu atrevimiento.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer, matarme? —lo retó Sophie, sorprendiéndose a sí misma de su ataque repentino de valentía.

—Hay castigos peores que la muerte, muchacha.

—¿Y cuáles son, atarme las muñecas para siempre?

Gael sonrió de lado.

—No me tientes, muchacha. Podría atarte las muñecas, pero a los barrotes de mi lecho.

Sophie bufó e intentó librarse de sus manos.

—Ni en sueños me dejaría, te lo aseguro.

Gael la acercó aún más a él hasta que ambos rostros se tocaron. Sophie tragó saliva inconscientemente. La proximidad del guerrero solo empeoraba lo que había sentido instantes atrás en el vientre, aunque supuso que era miedo lo que la recorría por dentro.

—No me tientes, muchacha —le repitió—. No me tientes...

Sin más, la empujó hacia el campamento que estaban levantando sus hombres.

—¡Edwin! —vociferó cuando llegaron—. Encárgate de ella.

Gael volvió a empujarla, y lo hizo con tanta fuerza que Sophie tropezó y estuvo a punto de caer a los pies de Edwin de no ser porque este la aferró con fuerza, impidiendo que diera con sus huesos contra las piedras. La joven no fue consciente de la mirada de odio que dedicó Edwin a su hermano, ni

siquiera apreció la ligera caricia del mismo en su cintura, solo podía percibir ira hacia ese guerrero que a pesar de mostrarse altivo y antipático con ella, Sophie se sentía atraída hacia él de una manera que no le gustaba.

—¡Pasaremos aquí la noche! —anunció Gael a sus hombres antes de volverse hacia ella—. Espero que la hierba sea un buen jergón, muchacha.

La burla de Gael le cayó como una patada en el estómago, sin embargo, no se achantó. Al contrario, se mostró altiva y le respondió con la misma sorna:

—Por supuesto —dijo con una sonrisa—. Lo peor será que tú estarás cerca, pero bueno, disfrutaré de otra compañía.

Sophie le dio la espalda sin esperar una nueva respuesta por su parte mientras escuchaba algunas risas ahogadas de los hombres de Gael. Sin mirar a nadie, la joven se tumbó en el suelo y les dio la espalda a todos mientras su mirada se centraba en el bosque por el que habían llegado. A pesar del olor más apetecible que llegó a ella al cabo de media hora, la joven ni siquiera se volvió para pedirles algo de comida. Su estómago había vuelto a cerrarse y se negaba a probar bocado, aún a riesgo de enfermar por la debilidad.

Unos metros a su espalda, podía escuchar la conversación en gaélico de los guerreros. No entendía nada, pero le pareció un sonido agradable que parecía mecerla bajo la suave brisa. Poco a poco, consiguió relajarse, dejando atrás las tensiones de todo el día y las preocupaciones por su futuro en esa época hostil,

desconocida y donde no tenía a nadie que pudiera protegerla ni a quien pedir ayuda en caso de necesitarla.

A medida que sus pensamientos fueron echándose sobre ella, Sophie dejó escapar algunas lágrimas. Estaba sola, más sola que nunca. Y frente a ella se abría un abismo tan peligroso que no se sentía preparada para afrontarlo, aunque debía sacar fuerzas de donde no las tenía y volver a aferrarse a la valentía que había dejado a la luz cuando decidió dejarlo todo para marcharse a Escocia. Solo esa valentía podría salvarla de ese gigante que seguramente estaba vigilándola mientras le daba la espalda. Y, por supuesto, debía buscar una forma de escapar de aquellos hombres. Estaba segura de que tarde o

temprano descubrirían la verdad sobre ella y no sabía cómo podrían reaccionar a su historia. Ni siquiera conocía la historia de Escocia en esa época. Estaba realmente perdida en esa aventura que, a pesar de haber huido de todo para buscar algo nuevo, no era precisamente lo que buscaba... ¿O sí?

La joven no fue consciente del momento en el que sus ojos comenzaron a cerrarse, dejándose llevar por la tranquilidad que le ofrecía ese claro en el bosque y por el increíble cansancio que pesaba sobre sus hombros. No fue consciente del momento en el que Edwin dejó caer sobre ella una manta de lana que llevaba de sobra en la alforja de su caballo, ni de como las voces de los guerreros se fueron haciendo más y más débiles hasta que el silencio llenó el claro.

Gael haría la primera guardia mientras el resto de sus hombres dormía pacíficamente sobre la fresca hierba. Se había apartado de ellos ligeramente para no escuchar el crepitar del fuego y así estar atento a cualquier movimiento fuera del campamento que habían levantado para esa noche.

A pesar de la tranquilidad del momento y del lugar, Gael se sentía tremendamente enfadado con la mujer que parecía dormir apaciblemente unos metros más adelante. El joven se había sentado sobre una piedra desde la que podía observarla tranquilamente. Le parecía una mujer interesante en muchos sentidos, y para colmo no parecía temer la fama que el joven guerrero tenía a lo largo de todo el país. Parecía valiente y decidida, deslenguada e inteligente. Sin embargo, estaba seguro de que callaba algo dentro de ella. Tal vez solo había huido de un padre maltratador que había querido casarla con alguien a quien ella no amara. Pero su experiencia le decía que había algo más, que no debía confiar en su rostro angelical. Y estaba dispuesto a descubrirlo.

A pesar de que Sophie, como así le había dicho que se llamaba, le daba la espalda, Gael vio que su costado se levantaba y bajaba a un ritmo lento, señal de que estaba descansando, algo que sin saber por qué agradeció, ya que la caída por el terraplén había sido espeluznante y debía dar gracias de que aún siguiera viva.

Gael se dio cuenta de que el pelo de la joven brillaba con intensidad con las ascuas del fuego, casi extinto y la danza de los mismos con la ligera brisa

parecía llamarlo con intensidad, algo que no lograba entender y que lo irritaba al mismo tiempo.

En ese momento, el guerrero fue consciente de que su hermano aún estaba despierto y que se encontraba a solo unos pasos de Sophie. Se dio cuenta de que también miraba a la joven, aunque lo que vio en sus ojos no le gustó en absoluto.

Su hermano pequeño la observaba casi con admiración y devoción, de la misma forma en que él lo hacía con Leslie. Y cuando Edwin le devolvió la mirada, Gael se dio cuenta de que parecía enamorado.

—¿No te parece una muchacha extraña y a la vez interesante y preciosa? — preguntó en voz baja el más pequeño.

Gael bufó y miró hacia otro lado, pero la forma en la que agarró la empuñadura de la espada que sostenía en sus manos indicó que no le había gustado el comentario.

—No deberías fijarte en ella. Podría ser peligrosa, hermano —fue su respuesta.

—No todas las mujeres son iguales, Gael.

El aludido se encogió de hombros y giró la cara.

—Tú mismo... —le respondió de mala gana.

Edwin apartó la manta y se levantó para aproximarse a su hermano. Cuando llegó a su altura, se sentó a su lado.

—¿Y por qué tengo la impresión de que a ti también te parece bonita?

Gael le dirigió la mirada cargada de reproche.

—Eso no es cierto.

—El ímpetu en tu respuesta me dice que sí lo es —dijo Edwin muy serio—.

Es comprensible que te lo parezca. Nunca he conocido a una mujer igual. Es tan

rara y a la vez tan apetecible que hay momentos en los que parece que vas a perder la cabeza.

Gael frunció el ceño.

—¿Te estás enamorando de ella? La acabas de conocer.

—Tú te enamoraste de Leslie desde el momento en que la viste.

—Eso ahora no importa —se defendió.

—Sí importa cuando te has fijado también en Sophie. No voy a pelear contigo por ella, hermano. Tienes el camino libre.

—No tengo nada libre porque no quiero nada de ella.

—¿No? ¿Y por qué la llevamos al castillo? Jamás has actuado así con nadie.

Si un hombre se ha cruzado en tu camino, le has dado muerte. Pero si era una mujer, la dejabas marchar sin mirarla siquiera. Sin embargo, con ella es diferente. Lo sé y lo siento. Te conozco. Quieres aparentar que la odias y la has hecho prisionera, pero a mí no me engañas. Te atrae y quieres pasar más tiempo con ella para conocerla mejor. Y no está mal, hermano. Permítete sentir.

Gael se levantó, ofuscado.

—No tengo que permitirme nada, Edwin. No quiero nada de ella... Se acabó la conversación.

Gael se apresuró a alejarse de su hermano, sin embargo, los caballos, que dormían apaciblemente unos metros a su izquierda, se despertaron de golpe y comenzaron a ponerse nerviosos, algo que llamó la atención de los hermanos rápidamente.

Gael miró a Edwin y enseguida le señaló con la cabeza a los demás. Su

hermano asintió en silencio y corrió intentando no hacer ruido para despertar al resto del grupo. Rápidamente, todos estuvieron alerta con las espadas en la mano para atacar.

El jefe del clan se acercó unos pasos a los árboles para intentar vislumbrar algo entre la oscuridad que ofrecía el bosque. Sin embargo, no pudo ver ni oír nada. Todo parecía tan tranquilo que por un momento pensó que los caballos se habían puesto nerviosos por algún tipo de animal no peligroso. Sin embargo, al cabo de varios minutos en los que los nervios estaban a flor de piel, Gael vio a cinco metros delante de él el brillo de una espada, momento que aprovechó para

levantar la suya y animar a sus hombres para pelear.

Sophie creyó que se trataba de un sueño o una pesadilla, pero estaba segura de que sus oídos habían escuchado el grito de varios hombres. Sin embargo, se encontraba tan cansada que le costaba horrores abrir los ojos. A pesar de eso, el ruido comenzó a ser tan cercano y elocuente que no tuvo más remedio que abrir los ojos de golpe, momento en el que una enorme mano se posó sobre su boca para que la joven no emitiera ningún tipo de sonido. Al instante, Sophie lanzó lejos de ella la manta que la cubría y levantó los brazos para protegerse del hombre que estaba sobre ella. No lograba distinguir su identidad debido a la casi oscuridad reinante en el claro. Sin embargo, su voz sí pudo reconocerla.

—Callaos, muchacha.

Edwin intentaba ayudarla a levantarse sin dejar de mirar a un lado del claro.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sophie, asustada.

—Nos atacan los Sutherland. No deben veros aquí.

Sophie lo siguió, callada y sin dejar de dedicar miradas hacia el lado contrario a donde se dirigían. Edwin le sujetaba un brazo y la conducía con prisa hacia unas rocas.

—Mi hermano me ha ordenado que cuide de vos, pero el grupo de los Sutherland es más numeroso —le explicó cuando llegaron a las rocas—. Si no os importa, muchacha, debo ayudar a mi gente.

Sophie asintió, muda por lo que se estaba desarrollando ante sus ojos. Había visto claramente como uno de los hombres de Gael seccionaba la cabeza de un enemigo con su espada y cómo el cuerpo del pobre desgraciado había caído inerte en el suelo. Sophie ni siquiera había podido mirar algo así en las películas que solía ver junto a Adrien en el cine, por lo que verlo en primera persona le produjo una extraña sensación de pánico.

Edwin, consciente de lo que la joven acababa de vislumbrar, sujetó la cara de Sophie con ambas manos y la obligó con ternura a mirarlo.

—No temáis. Aquí no os pasará nada.

Sophie abrió la boca para contestar, pero se dio cuenta de que la tenía seca y no podría haber pronunciado ni un solo sonido. Tan solo se limitó a asentir y se

agachó junto a las piedras mientras vio como se marchaba Edwin de su lado, dejándola sumida en la total oscuridad, aunque desde allí podía ver perfectamente lo que sucedía al otro lado del claro.

Su corazón latía con fuerza, ya no solo por haberse despertado de golpe y a gritos, sino porque temía que algo saliera mal y los hombres de Gael, incluido este, murieran esa noche, dejándola sola y sin saber a dónde acudir. A pesar de que le habían atado las manos y obligado a acompañarlos al castillo, Sophie sabía que nada debía temer de ellos, ya que en ningún momento habían intentado aprovecharse de ella. La habían tratado con respeto y habían compartido su comida con la joven. Así que supuso que no debían de ser tan malos. Sin embargo, de esos Sutherland no conocía nada. ¿Y si acababan con los Sinclair esa noche?

Las manos comenzaron a temblarle y durante unos segundos dudó sobre si realmente debía permanecer junto a las piedras o huir en dirección contraria.

Aquella era la oportunidad perfecta para alejarse de ellos y regresar por

donde habían venido para así intentar regresar a su tiempo. Sin embargo, ¿realmente deseaba hacerlo o su espíritu aventurero la incitaba a seguir allí para conocer más? Sin embargo, no pudo evitar preguntarse... Si se quedaba, ¿era porque deseaba conocer más de aquella gente o porque lo que Gael le provocaba la incitaba a quedarse?

Sophie apretó la mandíbula y se enfadó consigo misma cuando una respuesta apareció en su mente. Sin embargo, no era la respuesta que realmente deseaba.

Apartó aquella reflexión al instante de sus pensamientos y se dedicó a mirar la lucha que se estaba llevando a cabo frente a ella. Pero su incisiva mente la llevó a buscar al hombre que había hecho que estuviera allí esa noche.

Gael se encontraba luchando con un hombre que parecía ponerle las cosas difíciles. Sophie se dio cuenta de que su rostro reflejaba una concentración y seriedad que, unido a las sombras que hacía la pequeña fogata, parecía aterrador.

Al cabo de unos instantes, el guerrero dio fin a la vida de su enemigo. Por lo que Sophie pudo comprobar, los Sinclair estaban venciendo en la lucha, ya que no conocía ni un solo rostro de los que había muertos sobre la hierba y durante unos momentos le dio un respiro a su corazón.

No obstante, ese respiro le duró solo un segundo, ya que unas manos fuertes la agarraron por la espalda, obligándola a levantarse de golpe. Sophie intentó gritar, pero una de esas manos fue directa a su boca, impidiendo que la joven

pudiera pronunciar sonido alguno para pedir ayuda.

CAPÍTULO 6

Sophie comenzó a debatirse y a intentar soltarse, pero no tuvo éxito. La fuerza de aquel hombre era superior a la suya y desde su posición podía escucharlo respirar con fuerza. El olor que la envolvió le hizo dar una arcada, pues el hombre la sujetaba parecía no haber probado el agua en meses.

—¿Qué tenemos aquí?

La voz que llegó a sus oídos no era conocida para ella, por lo que supuso que no se trataba de ningún hombre de los Sinclair o al menos no uno de los que había en el grupo. Los latidos de su corazón fueron aumentando al verse sola e incapacitada para pedir ayuda. A varios metros de ellos los Sinclair aún luchaban con los Sutherland y vislumbró a Edwin y a Gael muy lejos de ella.

—Así que los malditos Sinclair viajan con un suave conejito... —Aquel hombre arrastraba las palabras—. ¿Acaso eres la putita de alguno de los hermanos? Creo recordar que a su hermana ya la matamos...

El hombre, cuyos músculos del pecho podía sentir en su espalda, la empujó hacia adelante para acercarse a la zona de pelea, no sin antes colocar en su costado la punta de una daga.

—Un solo movimiento en falso y la sangre de mis hombres no será la única que riegue la tierra esta noche, mujer.

Sophie dejó de moverse cuando la punta de la daga se clavó aún más en su ropa, amenazando con romperla y clavarse en su carne. La joven se dejó llevar hacia el centro del claro, justo donde la fogata ardía levemente.

—¡Sinclair! —vociferó el hombre contra su oído.

Cuando Gael terminó con el guerrero Sutherland y limpió su espada, se giró hacia la voz que reclamaba su nombre. Lo que vio lo dejó paralizado unos segundos. Por fin lograba verse las caras de nuevo con su peor enemigo, el hombre que perturbaba sus sueños, el que se había adentrado en su clan y había matado a gran parte de él: Calem Sutherland. Sin embargo, la sorpresa no fue al verlo, sino descubrir que entre sus brazos se encontraba aquella mujer rebelde de cabellos rojos que perturbaba su mente.

A su lado, Edwin se quedó igual de quieto que él, aunque lanzó tal exclamación de odio que hizo reaccionar a Gael y poner una mano sobre su hombro.

—Tranquilo, hermano.

Gael se adelantó unos pasos con la espada aún en la mano y miró primero a Calem y después a Sophie para comprobar que se encontraba bien. El instinto protector que tenía hacia ella desde que la había conocido le hizo pensar con rapidez para intentar salvarla de las garras de ese malnacido.

—¡Por fin nos vemos las caras, Sutherland!

Calem rio suavemente, mostrando una dentadura a la que le faltaban varias piezas. Era algo más bajo que Gael, aunque con la misma musculatura. Las edades también eran similares, aunque Calem hacía muchos más años que había heredado el cargo de *laird* de su clan, y sus acciones habían provocado el odio de muchos clanes vecinos.

La cicatriz que cruzaba sus labios le hacía parecer más monstruoso de lo que hablaban los actos del hombre y sus ojos negros habían asustado a más de un enemigo nada más verlos. Sin embargo, Gael sentía odio. Un odio que no podía frenar hacia ese hombre. Algo tan fuerte que le hacía desear correr hacia él y matarlo. Sin embargo, el honor estaba por encima y sabía que no debía matarlo en la frialdad de la noche sin que los hombres de su clan lo vieran con sus propios ojos.

—Creo que se te ha perdido este hermoso conejito —fue su respuesta—. La tenías bien oculta, Sinclair. Había pensado llevármela sin decirte nada y pedir por ella algo a cambio.

Calem mordió ligeramente la oreja de Sophie, a lo cual la joven intentó girar la cabeza para escapar de ese gesto tan grosero y asqueroso. Sin embargo, el guerrero apretó la mano sobre su boca, manteniéndole la cabeza pegada a su hombro y sin oportunidad para moverla.

—Estoy seguro de que está tan sabrosa como parece —continuó diciendo Calem sin apartar la mirada de Gael y Edwin—. Como vuestra hermana...

Edwin levantó la espada y dio unos pasos hacia él, pero Gael volvió a frenarlo. A su alrededor todo había acabado. Los guerreros Sinclair habían vencido a los Sutherland y, aunque algunos habían escapado por el oscuro bosque, muchos habían caído allí. Todos miraban la escena con los puños bien apretados sobre las empuñaduras de sus espadas y a la espera de que

Gael diera

la orden para ir a por Calem. Sin embargo, este intentó mantener una posición tranquila a pesar de que dentro de él sentía una rabia incontrolable hacia aquel hombre, no solo por sus comentarios sobre su hermana muerta por él, sino por Sophie. La joven estaba bajo su cargo, la habían llevado con ellos y estaba dispuesto a llevarla hacia su castillo sana y salva, por lo que no podía dejar que le hicieran daño alguno. Su deber era proteger a cualquiera que estuviera a cargo del clan. Y se convenció a sí mismo de que lo hacía por ese motivo y no por otro.

—Es preciosa, Sinclair. ¿De dónde la has sacado?

—¿A qué has venido a mis tierras? —preguntó Gael.

—Bueno, tú vienes de las mías, así que supongo que yo puedo hacer lo mismo.

—¿Y quién ha dicho que venimos de tus tierras?

Calem sonrió.

—El rastro de sangre que dejaste de mis mercenarios. ¿Vas a empezar a robar lo que no es tuyo, Sinclair? ¿Vas a dejar de matar a mis hombres para empezar a robarme?

Calem rio con su propio comentario.

—Solo te hago pagar lo que hiciste con mi gente, Sutherland. Aprovechaste la muerte de mi padre para entrar en nuestras tierras y matar a mujeres y niños desprotegidos. Si querías guerra, debiste declarármela antes de matar a inocentes. Y ahora, si quieres pelear, suelta a la chica y pelea con alguien de tu tamaño.

Calem dio un paso hacia ellos y apretó la daga contra Sophie, que gimió de dolor al tiempo que cerraba los ojos, esperando que le asestara el golpe mortal con el filo de la hoja.

—¿Qué pasa, es tan importante esta furcia que te pones nervioso? ¿O es

importante para tu hermano?

Dobló el cuello ligeramente para mirar a Edwin, que estaba rojo de ira y era incapaz de mantener sus incipientes sentimientos a raya.

—Te equivocas, Sutherland. No es importante para ninguno de nosotros. La encontramos ayer malherida en el bosque. Así que puedes matarla si quieres. Y

espero, por tu bien, que después te alejes de nosotros para siempre.

Sophie abrió los ojos de golpe. No esperaba escuchar aquellas palabras de Gael e incluso pensó que había escuchado mal. Enseguida buscó su mirada, y la frialdad que mostraban sus ojos le confirmó que aquellas palabras habían sido reales, así que esperó morir en cualquier momento. No supo por qué, pero se sintió decepcionada con él e incluso consigo misma. Se golpeó mentalmente tras haber albergado, sin querer, ciertos sentimientos que hacía tiempo que no sentía, ni siquiera últimamente con Adrien había sido así. Aquel guerrero la atraía y enfurecía al mismo tiempo a pesar de conocerlo tan solo un día. Pero había algo especial en él, algo que la hacía querer descubrir más sobre su vida. Sin embargo, en ese momento supo que todo era una torre de naipes, que todo lo vivido en el día y las palabras de llevarla al castillo para interrogarla eran mentira. Había mentido solamente para usarla en ese momento como moneda de cambio. Y no podía creer la frialdad con la que trataba el tema de la muerte.

¿Acaso su vida valía tan poco que no merecía ser protegida?

Los ojos de Sophie se llenaron de lágrimas, haciendo que la figura de Gael se viera borrosa y dejara de ver su rostro. A pesar de todo, durante el día se había sentido protegida entre aquellos hombres que ahora esperaban para verla morir a manos del que parecía ser su enemigo. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta realmente de lo sola que se sentía en ese país desconocido y en ese tiempo del que apenas conocía nada. La joven dejó escapar las lágrimas, gimiendo de puro dolor al sentir que su alma y su corazón se rompían como nunca lo habían hecho.

—¿Estás seguro de que quieres verla morir? —preguntó Calem apretando

con más fuerza la daga—. Sería una lástima que esta zorra no pruebe a un verdadero hombre antes de reunirse con nuestro Creador.

Calem llevó la mano que apretaba su boca hacia el pecho de la joven, palpándolo con tanta fuerza que Sophie sintió un rayo de dolor.

—¡Hijo de puta! —le gritó al verse a las puertas de la muerte—. Espero que te corten las manos y se las echen a los cerdos.

Calem rio por su comentario.

—¡Vaya! —exclamó—. Valiosa pieza esta mujer, sin duda, Sinclair.

Gael estaba sorprendido por la valentía de aquella mujer. No podía creer que de su fina boca, que parecía hecha exclusivamente para besar, salieran aquellas

palabras dignas de cualquiera de sus hombres.

—¿Y con cuál de los dos os acostáis, mujer? ¿Con el *laird* o con su querido hermano pequeño? —preguntó en voz alta para que todos lo escucharan—. ¿Tal vez con los dos?

Señaló con la daga a Edwin.

—¿La quieres para ti?

—¡Ya está bien, Sutherland! —intervino Gael dando un paso más hacia ellos y quedándose a solo otro par de pasos—. Estoy cansado de tu juego. Suelta a la chica si quieres seguir con vida.

Calem sonrió y acercó la boca al oído de Sophie para hablarle exclusivamente a la joven.

—Así que sois importante para ambos hermanos... —dijo lentamente—.

Interesante...

Seguidamente, apartó los brazos de Sophie y la empujó contra ellos. Sophie

trastabilló y estuvo a punto de caer si no llega a ser por los brazos de Edwin, que la acogieron con ternura para abrazarla con fuerza e intentar darle consuelo.

—Está bien, Sinclair. No vuelvas a mis tierras si quieres que tus mujeres y niños sigan a salvo.

Acto seguido, dio la vuelta y regresó a la oscuridad que le proporcionaba el bosque, aunque con una sonrisa en los labios que no auguraba nada bueno.

Cuando todo quedó en silencio, Gael se dio la vuelta al tiempo que guardaba la espada en el cinto. El resto de sus hombres comenzó a dispersarse al ver que su jefe no iba tras Calem Sutherland mientras que Edwin se mantuvo quieto con Sophie aún en brazos.

Lo que Gael sintió al ver a la joven en brazos de su hermano no era nuevo para él. Comenzó en su pecho y poco a poco fue extendiéndose por todo su cuerpo. Un ataque de celos lo invadió por completo, y necesitó respirar un par de veces para intentar calmarse, ya que su hermano no tenía la culpa. Y desde su posición, se limitó a mirar a Sophie, que aún tenía lágrimas en los ojos y se veía tan pequeña en ese momento que habría apartado a su hermano de un empujón para ser él quien ocupara su lugar.

—¿Te ha hecho daño, muchacha? —preguntó aparentando frialdad.

Sophie volvió la cabeza hacia él y lo miró con auténtico odio en los ojos. La joven se separó de Edwin y caminó hacia él sin apartar la mirada hasta que llegó frente a él y le dio una sonora bofetada que dejó a todos los hombres del claro más que sorprendidos.

—Como bien has dicho antes, no soy importante para nadie, así que no hace falta que actúes como si lo fuera —dijo con rabia—. Ese hombre que dices es tu enemigo no me ha hecho más daño del que me has podido hacer tú tratándome como escoria y atándome las manos como si temieras que fuera a matarte en cuanto te des la vuelta. Tú tampoco eres importante para mí, así que no me importa si vives o mueres. Y espero que haya un pueblo cerca de aquí donde podáis dejarme porque no estoy dispuesta a ir a vuestro maldito castillo.

Sophie se dio la vuelta y se alejó hacia los caballos. No deseaba la compañía de nadie en ese momento, sin embargo, cuando se alejó unos pasos, escuchó la voz de Gael a su espalda.

—Vendrás con nosotros, muchacha, por las buenas o... por las malas.

Sophie ni siquiera se molestó en mirarlo. Tan solo apretó los puños y se alejó lo más deprisa que pudo. Las lágrimas regresaron de nuevo a sus ojos en ese momento. Se golpeaba mentalmente una y otra vez por haber sido tan tonta y haberse dejado llevar por ese sentimiento creciente y por el trato cortés que había recibido de aquellos hombres. Jamás se había sentido tan utilizada y tan avergonzada como en ese momento. Ni siquiera Adrien había sido tan cruel con ella.

—Si es que eres tonta, Sophie... —se dijo cuando se sentó junto a los caballos, que ya se encontraban más tranquilos.

Gael no había dejado de mirar a Sophie mientras se alejaba de ellos. Con el ceño fruncido y la rabia corriendo por sus venas, el guerrero se dirigió a sus hombres.

—¡Recoged nuestras cosas! Nos vamos enseguida de aquí.

—¿Y los hombres de Sutherland? —preguntó Edwin señalando los cuerpos caídos en el suelo.

Gael reflexionó, aunque sentía que en ese momento no era capaz de pensar algo coherente. Tan solo se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Que los recoja Calem o que se los coman los animales salvajes.

Después se giró hacia la pequeña fogata para apagarla. La luna sería quien alumbrara sus caminos y los guiara de vuelta a casa.

—Tiene razón, ¿lo sabes?

No hacía falta preguntar a quién se refería. Gael resopló enfadado y miró hacia otro lado. No quería escuchar un nuevo sermón de su hermano, y menos en ese momento en el que habría hecho lo que fuera para desfogar su

rabia.

—No necesito tu reprimenda ahora, Edwin.

Sin embargo, el joven no se amedrentó por sus palabras ni lo dejó solo. Dio un par de pasos hacia él y lo agarró del brazo para que se girara hacia él.

—¿Por qué la tratas así? Calem ha estado a punto de matarla, y conoces los sentimientos que me provoca. Para mí sí es importante, hermano. —Edwin lo miró a los ojos y frunció el ceño, enfadado—. Parece que la culpas de algo.

—Eso no es cierto.

—Pues no lo parece. Te lo dije antes del ataque, y te lo vuelvo a repetir. Creo que tú también tienes ciertos sentimientos hacia la muchacha y por eso la tratas como si fuera ganado. Te provoca los mismos sentimientos que Leslie, y la comparas con ella. Me da la sensación de que la tratas así solo para que se aleje de ti, pero lo único que consigues es desearla aún más. Dime que no es cierto y seré yo quien la corteje.

Gael levantó la mirada y la sostuvo durante unos momentos. Descubrió que Edwin estaba hablando en serio y tenía intención de llevar a cabo sus palabras.

Gael apretó los puños y se mantuvo callado durante unos momentos en los que su hermano estaba expectante por su respuesta.

—Haz lo que quieras —dijo finalmente.

Edwin sonrió tristemente.

—Antepones tu orgullo a lo que sientes —respondió—. Muy bien, hermano.

Espero que no te arrepientas por ello.

El joven se alejó de Gael, dejándolo solo y maldiciendo todo y a todos en ese momento. Y más aún cuando vio que su hermano se dirigía hacia los caballos y hablaba con Sophie de algo que logró sacar una sonrisa a la joven. Solo en ese instante se permitió dar una patada a las ascuas de la fogata,

extendiéndolas por el claro.

Estaba tan cansada que temía caer del caballo en cualquier momento. Al comienzo de la noche había sido arrancada de los brazos de Morfeo debido al ataque de los Sutherland y desde entonces había tenido los ojos como platos. El nerviosismo le había impedido dormir después de montar los caballos. No sabía cuántos kilómetros habían recorrido cuando el alba comenzó a despuntar.

Durante toda la noche, los hombres Sinclair habían estado callados, supuso que metidos en sus pensamientos o vigilando que no volvieran a ser atacados, incluso Edwin había estado más callado de lo normal. De vez en cuando lo miraba de reojo y este le devolvía la mirada para sonreírle, lo cual la tranquilizaba, pues temía que estuviera enfadada con ella la única persona que había mostrado algo de agrado desde que se vio obligada a acompañarlos.

Así que como no podía dormir, durante la noche, se dedicó a observar a los hermanos Sinclair. Le dio la sensación de que después de que Calem se fuera del claro ambos habían peleado, aunque no logró escuchar el tema, pues ella se encontraba junto a los caballos. Pero el gesto enrabiado que mostraba Gael desde entonces le confirmó que así era. A veces miraba hacia atrás y le dedicaba una mirada cargada de intenciones a Edwin, aunque este se limitaba a levantar la barbilla y seguir con la mirada fija en un punto delante de ellos.

Por eso, cuando el alba llegaba después de una noche bastante larga, Sophie no pudo aguantar más la tensión del grupo.

—¿Ha pasado algo entre Gael y tú? —le preguntó en voz baja a Edwin, que cabalgaba a su lado—. Se os ve enfadados...

Edwin la miró e intentó sonreír, sin éxito.

—Nada de lo que debáis preocuparos, muchacha. Diferencia de opiniones entre hermanos...

Sophie sonrió.

—En este tiempo también hay peleas de ese tipo... —dijo para sí.

—¿Cómo decís? —le preguntó Edwin, que había escuchado su observación.

Sophie negó con la cabeza y se encogió de hombros, restándole importancia a lo que había dicho.

—Nada, una tontería. Por cierto, ¿por qué no me tuteas? Me resulta muy incómodo que me hables así.

—¿No preferís que os trate con respeto?

Sophie rio suavemente.

—No se pierde el respeto si me tuteas.

—Está bien. Os trata... Te trataré como desees.

Una sonrisa sincera asomó en los labios de Edwin y a Sophie le dio la sensación de que había algo más tras ella. Edwin aproximó el caballo al de la joven para decirle:

—Sois... eres muy extraña, Sophie Blanc. Tu manera de hablar, de moverte y... tu vestimenta son demasiado raras.

Sophie se puso nerviosa y carraspeó, incómoda. No sabía cómo contestar a eso, ya que si le decía que había viajado al pasado, la tomarían por loca.

—Bueno, la moda en Francia es diferente —dijo antes de mirar a otro lado.

—¿Estás casada?

El cambio de tema y lo directa de su pregunta la tomaron por sorpresa. Sophie miró a Edwin, que esperaba, pacientemente, su respuesta y en ese momento se dio cuenta de los derroteros que estaba tomando la conversación, y las intenciones de Edwin. Hasta entonces el guerrero había sido el único que había entablado conversación con ella y la había aceptado sin pensar que era un espía.

Y ahora entendía el motivo, ya que la urgencia que había mostrado el joven al formular la pregunta le descubrió sus sentimientos.

—No. Hace poco mi prometido y yo rompimos nuestro compromiso.

Tan centrada estaba en la conversación con Edwin que no se había dado cuenta de que Gael se había quedado ligeramente hacia atrás y escuchaba con atención todas sus palabras.

—¿Por qué?

—Bueno, me di cuenta de que no me trataba de la misma manera que yo a él y decidí que merecía algo mejor.

Edwin sonrió.

—Tal vez encuentres el amor en Escocia...

—¡Edwin! —vociferó Gael llamando su atención.

El aludido suspiró, contrariado, y se disculpó con Sophie para adelantarse y poner su caballo a la altura de su hermano.

Sophie estuvo el resto de camino sola. Desde que Gael había reclamado la presencia de Edwin junto a él, la joven se entretuvo mirando el paisaje y a punto de dar cabezadas a lomos de su caballo. Sin embargo, se obligó a mantenerse despierta y a memorizar el camino de vuelta por si podía escapar en cuanto tuviera una mínima oportunidad.

Pasadas un par de horas, cuando pensaba que el cansancio y el aburrimiento podrían con ella, frente a ella se mostró algo que ya conocía y que desde hacía poco le pertenecía. Algo que hizo que sus ojos se abrieran de golpe, despejando su cabeza de las telarañas que le producía el sueño. Frente a ellos se alzaba, victorioso y entre brumas, el castillo Sinclair, aunque era ligeramente diferente al que ahora tenía ella, ya que todas las torres y la muralla estaban en perfecto estado. Además, alrededor del castillo había un pequeño pueblo del que en su tiempo ya no quedaba ni rastro, pero allí estaba.

Casi un centenar de casas humeaban por la chimenea, indicándole a Sophie que estaban habitadas. Habría corrido hasta ellas de no ser porque sentía que las manos estaban ateridas debido al frío de ese amanecer. El día parecía que iba a estar rodeado de fría y húmeda niebla que ya había comenzado a empapar las ropas de los guerreros y la suya propia. El pelo de la joven comenzó a pegarse a su piel y el frío parecía querer colarse entre sus ropajes. Pero no le importó.

Estaba tan absorta con la belleza de su propio castillo siglos atrás que no era consciente de nada más. Ni siquiera de la mirada inquisitiva y llena de intenciones de Gael. Solo era consciente de lo que había ante sus ojos. Y a pesar de todo, Sophie sonrió. Aunque se encontrara en otro tiempo, aquel castillo era su hogar, y ahora tenía la oportunidad de verlo en todo su esplendor.

—¿Por qué sonríes, muchacha?

Sophie dio un respingo y la sonrisa se borró de sus labios al instante. No se había dado cuenta de que Gael la había esperado hasta ponerse a su altura después de enviar a Edwin al castillo para que tuvieran todo preparado para su llegada. Cuando la joven vio a Edwin partir, se sintió pequeña entre los demás hombres, especialmente al lado de Gael. Sin embargo, las dolorosas palabras que había pronunciado a Calem sobre ella aún seguían en su cabeza, provocando que levantara el mentón y lo mirara con odio.

—Eso no es de tu incumbencia —respondió.

—Lo es si estabas pensando en que ya queda poco para llegar al lugar donde ibas a espiar.

Sophie lo miró de nuevo.

—¿Aún sigues con la absurda idea de que soy una espía?

—Todavía no me has contado la verdad, así que no hay nada que diga lo contrario...

Sophie soltó el aire de golpe y volvió la mirada al castillo.

—Hazme un favor y vete a la mierda.

Cuando los caballos entraron por la puerta, Sophie no daba abasto con los ojos, mirando de un lado para otro intentando retener todo en su retina desde el primer instante. No había dejado de observar las casas linderas al castillo, ni a los habitantes de las mismas, que habían salido de ellas para ver llegar a su jefe de clan y a la comitiva que lo acompañaba, incluida la extraña mujer a la que todos observaban con atención e interés.

Sophie se sintió algo incómoda, especialmente con las caras horrorizadas al ver sus ropajes. Sin embargo, se sentía en casa y deseaba por todos los medios llegar a una habitación y descansar todos los músculos del cuerpo de una vez por todas. Se le hacía la boca agua al pensar en unas sábanas calientes esperándola, sin embargo, sus sueños se vieron interrumpidos por las garras de Gael, que nada más desmontar su caballo caminó con furia hacia el de la joven y prácticamente la tiró del mismo, aunque logró atraparla a tiempo entre sus brazos, algo que no gustó a Sophie ni tampoco a él, que tras sentir en la palma de sus manos la cintura de la joven, su cuerpo reaccionó de la peor manera.

—No pienses que aquí tendrás descanso, muchacha —dijo mientras la agarraba del brazo y tiraba de ella hacia la parte de las cocinas—. Hasta que me digas la verdad estarás bajo el cargo de Elspeth y harás lo que se te diga.
Y

espero que no te vuelvas a acercar a mi hermano para intentar engatusarlo — le dijo en voz baja.

—Yo no he hecho tal cosa. ¡Suéltame!

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos por soltarse de la mano de Gael, Sophie se vio arrastrada hacia las cocinas. Las personas con las que se encontraban la miraban asombrados y se giraban para verla mejor. No obstante, Sophie solo era

consciente del enfado que la envolvía y el fuego abrasador que tenía justo donde se cerraba la mano de Gael.

—¡Señor, me alegro de verlo! —dijo una mujer entrada en la cincuentena.

—Yo también, Elspeth —contestó con un tono tan suave que Sophie no pudo sino sorprenderse.

La mujer apenas superaba el metro cincuenta de estatura. Su pelo largo ya peinaba canas y lo tenía recogido en un moño bajo. Las facciones de su rostro eran suaves y la dulzura de sus ojos azules parecía traspasar a Sophie. Su cuerpo estaba entrado en carnes, pero se movía por la cocina con tanta agilidad que la joven se sorprendió. Y cuando la mujer se paró frente a ella y la miró con ese amor en los ojos, Sophie no pudo evitar sonreír con sinceridad. Hacía demasiado tiempo que nadie la miraba de esa manera y Elspeth parecía darle la bienvenida con ese gesto.

—¿Tenemos invitada?

—Sí, es Sophie Blanc. Estará en el castillo por un tiempo y deseo que esté a tu cargo.

—¿Pero es invitada o prisionera? —Le señaló la mano aferrada al brazo de la joven.

Gael la soltó en ese momento y carraspeó, incómodo. Durante unos momentos, Sophie esbozó una pequeña sonrisa, aunque enseguida la escondió para que el guerrero no fuera consciente de ella. Sin embargo, Elspeth sí la vio y le guiñó un ojo cuando Gael miró hacia otro lado. Desde ese momento, Sophie supo que tenía ante ella a una buena amiga y confidente.

—Elspeth te dirá lo que debes hacer —le dijo mientras daba un paso hacia atrás—. Y espero que no le des problemas, a no ser que los quieras tener conmigo.

Sophie no contestó, sino simplemente se metió las manos en los bolsillos, pues aún las sentía demasiado frías, y miró hacia la chimenea, donde había un caldero con lo que parecía ser un buen asado dentro, lo cual provocó que su estómago rugiera debido al hambre.

—Parece que estuvieras a punto de desfallecer, muchacha —le dijo la cocinera—. Toma asiento. Te prepararé un caldo caliente con el que llenar el estómago y coger fuerzas. Después iremos a ver tu habitación y a darte una

más adecuada.

Dejándose llevar, Sophie se sentó sobre una de las sillas más cercanas a la chimenea, permitiendo que el calor comenzara a entrar en sus huesos y relajándola de tal manera que estuvo a punto de dormirse.

—Cuando te comas esto, podrás descansar. Ya tengo todo lo del día repartido entre los demás sirvientes, muchacha. No pasará nada si empiezas mañana.

—Gracias, Elspeth —dijo con sinceridad.

Después de la increíble comida que le había preparado Elspeth, Sophie sentía sus fuerzas renovadas, aunque el sueño comenzó a vencerla poco a poco y sentía que estaba a punto de caer al suelo en cualquier momento.

—¿Qué has hecho para que Gael te haya traído? —le preguntó la mujer mientras retiraba el plato y se disponía a fregarlo.

Sophie se encogió de hombros.

—Realmente nada. Supongo que cruzarme con él cuando menos debía.

—¿A qué te refieres?

—Me había perdido en el bosque y fui a parar justo donde estaba el grupo matando a unos mercenarios, según dijeron. Gael me persiguió por el bosque y caí. Y lo siguiente que recuerdo es que estaba con las manos atadas y obligada a venir aquí.

—Y aún así nuestro jefe te ha tratado como invitada... Interesante, muchacha...

Sophie estaba tan cansada que no vio la mirada cargada de intenciones que le estaba dedicando en ese momento la cocinera ni tampoco la sonrisa

enigmática que apareció en sus labios y que se borró de golpe cuando la puerta de la cocina se abrió y entró una nueva persona.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Leslie? Sabes que el señor no quiere que andes por el castillo.

Debido al cambio de tono de Elspeth, Sophie levantó la mirada para ver a la joven que acababa de entrar en la cocina. Parecía tener su misma edad y una cara de porcelana de la que cualquiera se habría enamorado al instante. Su cabello estaba recogido en una trenza y sus enormes ojos azules la observaban con curiosidad y algo que parecía ser resentimiento.

—He visto que Gael ha vuelto con los hombres y me han dicho unos sirvientes que han traído a una mujer. Solo quería verla...

Como si de un gato se tratase, Sophie vio como la joven se aproximaba a ella y la observaba con detenimiento de arriba abajo. La recién llegada se sintió ligeramente incómoda bajo su escrutinio, pues aquella mirada extraña no auguraba nada bueno, y no tenía deseos de enfrentarse a nadie. Bastante tenía ya con Gael.

—Así que tú eres la extranjera invitada por Gael —dijo en un tono peligroso

—. No suele invitar a nadie, y menos a una mujer.

Sophie se dio cuenta, por las miradas de la joven, que debía tener cuidado con ella. Su interior le dijo que Leslie tenía algo que ver con Gael, lo cual provocó que la joven sintiera celos por ella, aunque cuando fue consciente de ese sentimiento, se enfadó consigo misma.

Sin ánimo ni ganas de pelear, pues Elspeth parecía horrorizada, Sophie se levantó de la silla y la miró frente a frente. Se dio cuenta de que era más alta que aquella rubia de ojos claros, así que levantó la barbilla con orgullo y le dijo:

—Tengo la sensación de que mi presencia en el castillo te incomoda. Si tienes algún problema, coméntaselo a tu querido Gael, aunque Elspeth ha dicho que no quiere verte por aquí. Tal vez sea mejor que yo misma se lo

diga...

Sophie esperó una bofetada de Leslie que nunca llegó, aunque sí la vio apretar los puños con fuerza antes de dar media vuelta y salir de la cocina como una exhalación.

—Tened mucho cuidado con Leslie, jovencita —le advirtió Elspeth—. Esa muchacha aún cree que Gael volverá con ella, y por lo que he visto, está celosa de ti.

Esas palabras sacudieron el corazón de Sophie, que miró inquisitiva a la mujer.

—¿Es la novia de vuestro jefe?

—Lo fue. Hace un par de años estuvo a punto de casarse con él, pero después de todo lo sucedido con los Sutherland, Gael la descubrió en la cama con uno de sus mejores amigos.

¡Ahora la recordaba! El libro que había encontrado en el despacho del castillo

y que estaba escrito por Donald Sinclair hablaba de ella. ¡Leslie! Ya recordaba su nombre y su historia. Así que por culpa de aquella mujer el carácter de Gael había cambiado por completo, volviéndose más serio y gruñón. La odió. Volvió a recordar el encuentro de hacía unos momentos y la odió. Antes de recordar su historia ya le había caído mal, pero ahora la cosa había cambiado. Elspeth tenía razón. Debía tener cuidado con ella, pero no solo por los celos enfermizos que parecía tener Leslie, sino porque los sentimientos que le provocaba Gael podrían hacer que enfureciera e hiciera cualquier cosa en su contra.

—¿Y por qué sigue en el castillo?

—Por petición de Edwin. Tiene un alma demasiado buena ese muchacho...

—¿Y no se dedica a nada?

La mujer torció el gesto.

—Dicen que es hechicera y que ayuda con hierbas a quienes necesiten curar algún mal. Sin embargo, si queréis mi opinión, lo único que hace es entrometerse y sembrar el mal allá donde va. Vos sois diferente, muchacha, Gael se dará cuenta de ello. Estoy segura.

Sophie frunció el ceño y la miró sin entender, pero la mujer se limitó a sonreír y señalarle la puerta para que la siguiera. La joven lo hizo sin rechistar. Apenas fue consciente de lo que había a su alrededor y se prometió a sí misma recorrer el castillo para comprobar cuánto había cambiado respecto a su tiempo. Pero sus huesos no podían soportar más su peso. Necesitaba un baño caliente para quitarse el polvo y la suciedad y dormir durante todas las horas que pudiera si quería sobrevivir a su nueva vida en ese castillo.

Por eso, cuando subieron las escaleras y entraron en una de las habitaciones más cercanas a la del jefe, que era donde ella había dormido en su tiempo, Sophie se sorprendió de la decoración, algo que no había llegado al siglo XXI.

—Esta es la habitación de... bueno, la hermana del señor. La conocía desde que nació. Todos la echamos de menos.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Casi toda mi vida. He visto nacer y crecer a los tres hermanos, aunque Gael ya no es el mismo. Pero sé que algo va a cambiar ahora que estás aquí.

Elsbeth miró a su alrededor con un deje de tristeza en los ojos, aunque enseguida sonrió.

—Mandaré a dos de las muchachas para que preparen un baño y podáis descansar —dijo antes de que Sophie pudiera preguntar por la antigua inquilina de la alcoba o del misterio que encerraban sus palabras.

—Antes de marcharte, me gustaría pedirte una cosa. —Esperó hasta que la mujer asintió—. Tutéame, por favor. Puedes llamarme Sophie.

Elsbeth sonrió y asintió. Después la dejó sola y Sophie escuchó su voz a solo unos pasos del dormitorio mientras pedía a un par de sirvientas que llevaran una tina con agua caliente.

Mientras esperaba, Sophie se sentó sobre las suaves sábanas de terciopelo que descansaban en la enorme cama con dosel. La joven estaba maravillada. Se encontraba en una auténtica habitación del siglo XVII y su decoración era exquisita. El cabecero de la cama era de madera labrada y en el centro estaba tallada la imagen de un caballo sobre dos patas. Junto a la chimenea había tres sillones de terciopelo de color rojo y cuyas patas también estaban labradas formando hojas de una trepadora. Sobre la chimenea, un cuadro con una escena campestre parecía invitar a Sophie a disfrutar de sus vistas y en las paredes restantes, dos grandes telares pendían del techo con escenas de lo que parecía ser una fiesta en la corte del rey.

En el otro lado, una amplia ventana le mostraba las vistas del patio y la llanura frente al castillo, cosa que agradeció, ya que no querría haber dormido junto al acantilado y sentir la fuerza del mar también durante la noche. Junto a esta, un espejo de cuerpo entero parecía llamarla para ver cómo estaban las heridas de su cuerpo.

A pesar de que todo lo que veían sus ojos era nuevo para ella y llamaba su atención, una parte de ella deseó poder regresar a su tiempo y seguir con su vida.

Sin embargo, ¿estaba realmente segura de querer retornar y no volver a ver jamás a ese gigante que, a pesar de sus desplantes, sacaba de su interior algo que creía muerto? Después de meditarlo durante unos momentos, llegó a la conclusión de que la respuesta le daba miedo...

Instantes después, las doncellas llamaron a la puerta y entraron con todo lo necesario para su baño, incluso una de ellas se dirigió hacia el baúl que había a los pies de la cama y lo abrió para sacar un precioso vestido de color amarillo y depositarlo sobre la cama con cuidado.

—Es uno de los vestidos de... —La joven carraspeó—. Bueno, Elspeth ha dicho que se lo ponga.

Cuando todo estuvo listo, se marcharon, no sin antes mirar con extrañeza su ropa, algo a lo que ya estaba acostumbrada. En el momento en el que se quedó sola, la joven suspiró aliviada. Llevaba demasiado tiempo rodeada de personas y necesitaba un pequeño tiempo para ella, para su propio espacio, para hacerse a la idea de que todo había cambiado a su alrededor y que había viajado misteriosamente en el tiempo. Una sonrisa pequeña se dibujó en su rostro al pensar en eso último. Ella nunca había creído en los cuentos de hadas ni había visto jamás una película de ciencia ficción. Pero estaba viviendo algo tan surrealista que lo único que se le ocurrió fue dirigirse al espejo para ver si era ella realmente.

Cuando Sophie se vio en el espejo, soltó una exclamación de horror. Su ropa estaba manchada de barro y en algunas zonas las costuras se habían roto.

Lentamente, frente al espejo, comenzó a desnudarse hasta que se quedó únicamente con el colgante en su cuello. Lo había guardado con tanto celo que ahora que volvía a verlo lo miraba con extrañeza. Tenía la sensación de que ese colgante era el culpable de que ella estuviera allí, y quería saber por qué.

Para evitar problemas con Gael, se dirigió al baúl y lo guardó en el fondo del mismo. No era el mejor lugar para esconderlo, pero de momento era el único que conocía hasta que descubriera por qué ese colgante había aparecido en el despacho del castillo siglos después.

Acto seguido, fue sin dudar hacia el agua caliente, que parecía llamarla insistentemente. Cuando todo su cuerpo estuvo cubierto por el líquido, Sophie cerró los ojos y disfrutó de la sensación de que su piel estaba limpia de barro y polvo. No le importó en ese momento la cantidad de hematomas que había por todo su cuerpo debido a la caída por el desnivel de tierra cuando Gael la perseguía por el bosque. Tan solo necesitaba respirar en paz y lavarse. Aquello la estaba superando ligeramente y todo su ser debía adaptarse a la situación.

Sin embargo, el descanso y la paz le duraron poco, ya que la puerta se abrió de golpe y volvió a cerrarse con un sonoro portazo.

Sophie abrió los ojos de golpe, asustada y miró en dirección a la puerta. Al

instante, la paz que sentía se vio desplazada por una incipiente ira debido a aquella interrupción.

—¿Qué demonios haces en esta habitación? —bramó Gael mientras se acercaba a la bañera.

Sophie se cubrió al instante el cuerpo desnudo e intentó hundirse más en el agua. Sin embargo, la escasa espuma dejaba al descubierto su piel, algo que no pasó desapercibido para Gael, que se distrajo un segundo con el cuerpo de Sophie.

—¿Y tú por qué no has llamado antes de entrar?

—Cualquier persona tiene prohibido entrar aquí, y menos habitarla —siguió sin hacer caso a su pregunta—. ¿Se puede saber qué artes has empleado con Elspeth para convencerla de que te deje esta alcoba?

—Ha sido decisión suya —levantó la voz la joven, enfadada—. Así que si quieres, habla con ella, pero vete ahora mismo y déjame disfrutar de mi baño.
Y

si quieres hablar conmigo, espera a que me vista.

—El hecho de que haya decidido dejarte en el castillo como invitada no te da derecho a usar las habitaciones principales, y menos a usar nuestras bañeras. La próxima vez que desees bañarte, ve al río.

Sophie abrió la boca mientras apretaba con fuerza los puños contra su piel.

—Me has traído aquí sin mi consentimiento y, para colmo, me tratas como una sirvienta más a pesar de llenarte la boca diciendo que soy una invitada. Así que déjame decirte una cosa, Gael Sinclair, no soy la sirvienta de nadie y no pienso serlo. Mañana no voy a cambiar tus sábanas o limpiar tu ropa. Voy a hacer lo que me salga de los cojones y ni tú ni nadie tiene derecho sobre mí. Soy libre, y voy a seguir siéndolo. Así que si no quieres que pise el suelo de tu querido castillo, en cuanto amanezca me iré de él para que puedas seguir con tu mierda de vida hasta que te consuma la amargura.

Sophie respiró hondo para tomar aire. Había dicho todo de carrerilla sin pararse a pensar en lo que estaba diciendo. Ni siquiera se dio cuenta de que se había puesto de rodillas en la bañera, dejando al descubierto su ombligo mientras se tapaba los pechos con las manos. Tampoco era consciente de que había gritado hasta que necesitó carraspear varias veces para aclarar su dolorida garganta. Y en ese momento, tras ver lo que había provocado en Gael, temió su ira. Sophie tragó saliva cuando vio que el guerrero se acercaba peligrosamente a la tina con el rostro demasiado serio e iracundo.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Gael se apoyó en los bordes de la bañera y acercó el rostro al de Sophie, que parecía encogerse por momentos. Cuando el rostro de Gael se quedó a tan solo unos centímetros del de la joven, Sophie creyó durante un instante que iba a besarla, y el simple hecho de pensarlo hizo que sintiera que toda su sangre bajaba hasta su vientre.

—Seguirás en este castillo hasta que yo decida cuándo te marchas. Y espero que no des problemas a nadie porque si lo haces, conocerás mi ira y desearás no haberte cruzado en mi camino. Descubriré quién eres en realidad y qué demonios hacías en ese bosque en medio de la noche. No te quepa la menor duda.

Antes de separarse de ella, Gael dirigió inconscientemente la mirada hacia los labios de la joven, acto del que se arrepintió al instante, pues desvió su atención a algo que muy a su pesar deseaba por encima de todo.

Sin dejar de mirarla, Gael salió de la alcoba de la misma forma en la que llegó, dando un sonoro portazo que hizo temblar los pocos adornos allí presentes. Cuando por fin se quedó sola, Sophie suspiró y se dejó caer de nuevo entre el agua. La joven chasqueó la lengua, contrariada por cómo se estaban desarrollando los acontecimientos y el ritmo que estaba tomando la mala relación con la que ambos habían comenzado.

Segundos después, la joven decidió salir de la bañera, pues el encanto se había roto en el momento del primer portazo de Gael, por lo que cogió la toalla que las doncellas habían dejado a un lado y se cubrió con ella. Al cabo de unos momentos, cuando ya sentía seco su cuerpo, Sophie dejó a un lado la toalla y se dispuso a ponerse el vestido. Sin embargo, no llegó a tocar la suave tela del mismo cuando la puerta volvió a abrirse de nuevo.

—Joder, ¿es que nadie sabe llamar a la puerta en este castillo? —vociferó la joven mientras intentaba taparse con las manos y buscaba desesperadamente la toalla.

El carraspeo de un hombre llamó su atención y al pensar que se trataba de nuevo de Gael, levantó la mirada hacia el frente, encontrándose de lleno con el rostro asombrado, enrojecido y apenado de Edwin, que enseguida bajó la mirada.

—Lo siento, Elspeth me ha dicho que estabas en este dormitorio y solo quería saber si necesitabas algo más. Mi hermano no destaca precisamente por su hospitalidad, así que había supuesto que se había enfadado al saber que la cocinera te había cedido este dormitorio.

—Sí, no le ha gustado saber que estoy aquí —dijo secamente, aún enfadada

—. Y si me disculpas, me gustaría vestirme antes de que todo el castillo me vea desnuda.

Edwin asintió y sin despedirse se marchó, cerrando la puerta lentamente y con el rostro contraído.

Sophie apartó el vestido, enfadada. Sabía que no se había dirigido a Edwin de la mejor manera, pero le había molestado que ambos hermanos la vieran totalmente desnuda y desprotegida sin su ropa. La joven miró sus pantalones, su jersey y el anorak y deseó poder ponerse esa ropa tan cómoda. Después dirigió la mirada hacia el precioso vestido amarillo que había pertenecido a la hermana de Gael. Lo tocó con verdadera admiración. Era una pieza preciosa y cualquier historiador había dado un brazo por tener ante sí un vestido como aquel. Una sonrisa se dibujó en su rostro, aunque se encontraba tan cansada que sentía que sus brazos iban a caérsele en cualquier momento si no descansaba un rato. Así que, con intención de renovar las fuerzas, Sophie apartó las sábanas de la cama y se tumbó sobre ellas, dejándose llevar por el sueño y la comodidad del colchón.

CAPÍTULO 7

Horas después, cuando la tarde estaba comenzando a caer, Sophie despertó sobresaltada. Durante unos momentos no sabía dónde se encontraba exactamente, hasta que todos los recuerdos volvieron a su mente. La luz aún entraba por la ventana de la alcoba, sin embargo, se dio cuenta de que el día estaba a punto de acabar.

Se dejó caer sobre las sábanas de nuevo, disfrutando de la soledad que había a su alrededor. Desde allí podía escuchar el ruido de los sirvientes. Supuso que estaban preparando la cena y el comedor y deseó no ser invitada a la cena junto a Gael. El enfado por la irrupción y amenaza implícita de sus palabras aún seguía flotando en el aire y dentro de ella no podía dejar de sentir congoja al saber que el colgante de la familia de Gael seguía en su poder. Debía deshacerse de él lo antes posible, así que se levantó con prisa y se puso el vestido.

Se dio cuenta de que usaba la misma talla que la antigua dueña, y cuando por fin logró anudar los cordones delanteros del corpiño, Sophie se dirigió hacia el espejo para mirarse. Una exclamación de sorpresa llenó la estancia al verse embutida en esos ropajes. Jamás había usado un vestido de esa calidad y belleza y admiró el trabajo de la costurera que lo confeccionara. Sonrió al verse. Estaba realmente preciosa, aunque su pelo estaba algo alborotado debido al descanso.

Enseguida, la joven se dispuso a peinarlo y dejarlo suelto sobre su espalda, el cual, junto con el contraste que hacía con el amarillo del vestido, parecía auténtico fuego.

Tras darse el visto bueno, se dirigió al baúl para coger el colgante, sin embargo, unos nudillos insistentes interrumpieron su cometido.

—¿Sí?

Al instante, una sirvienta entró a la alcoba con una bandeja de plata entre las manos. Sobre ella, un par de platos aún humeantes llenaron de olor la habitación y haciendo que el estómago de la joven rugiera con fuerza. La doncella, de no más de quince años, dejó la bandeja sobre una mesa y se dispuso a marcharse no sin antes comunicarle las palabras de Gael.

—Señorita, mi señor dice que no está invitada a cenar en el comedor principal, así que le he traído la cena aquí arriba.

—De acuerdo, gracias —respondió Sophie.

Una parte de ella se enfadó bastante al saber que no estaba invitada a pesar de haber deseado con todas sus fuerzas que así fuera. No obstante, le habría gustado devolverle a Gael la descortesía con la que la trataba negándose a asistir a la cena con él en el comedor. A pesar de eso, una idea cruzó su mente así que llamó la atención de la joven, que ya casi había cerrado la puerta.

—¡Espera!

La doncella volvió a abrir la puerta y la miró, sorprendida.

—¿Los demás están en el comedor?

La joven asintió y se marchó, dejándola sola y con un plan en su cabeza para devolver el collar de Gael antes de que se diera cuenta de que había desaparecido.

Con prisa, Sophie abrió el baúl y sacó el colgante. Lo miró durante unos momentos para después guardarlo entre los pliegues de su falda, la cual tenía un pequeño bolsillo. Con la joya a buen recaudo, Sophie abrió la puerta de su habitación con cuidado de no hacer ruido. Después echó un vistazo a su alrededor y comprobó que estaba totalmente sola. Desde allí podía escuchar que en el piso de abajo la actividad era considerable, así que nadie la descubriría fisgoneando en el dormitorio de Gael.

Gracias a su conocimiento sobre el castillo, Sophie supo que el dormitorio del jefe estaba al lado del suyo, así que no perdió el tiempo y acortó la distancia que la separaba del mismo. Después de volver a comprobar que no había nadie en el pasillo, Sophie abrió la puerta despacio, sin hacer ruido. Y cuando esta se abrió, se internó en ella antes de que alguien pudiera verla. Al instante, la joven volvió a sentirse como en casa. El dormitorio de Gael no había cambiado nada en absoluto a pesar del paso de los siglos. Incluso la cama estaba en el mismo lugar y muy bien conservada en su tiempo.

Sin perder ni un solo instante a detenerse a mirar algo más, Sophie observó todo a su alrededor para intentar descubrir el lugar donde había estado guardado el colgante. Sin embargo, la escasa decoración impedía que la joven diera con el lugar idóneo para esconderlo.

—Así que mi invitada prefiere fisgonear en mi alcoba en lugar de cenar plácidamente en la suya...

La voz de Gael a su espalda hizo que Sophie se enderezara de golpe. La joven

se encontraba justo a los pies de la cama y cerró los ojos al saberse descubierta.

Lentamente, se dio la vuelta hacia él para ver que como cerraba la puerta y se acercaba a ella con paso amenazante.

Sophie tragó saliva ruidosamente sin saber qué contestar a ello. En ningún momento había pensado una excusa en caso de ser descubierta por alguien, pero al ser Gael quien estaba allí la joven se sintió nerviosa y con la mente en blanco.

—¿Acaso deseabas aprovechar que estaba en el comedor para llevarte algo de aquí? ¿Así que eres una ladrona?

—Eso no es cierto —respondió enseguida la joven.

—¿Entonces? ¿Qué haces en mi dormitorio?

Gael se acercó más a ella.

—¿Tal vez te has escapado de una taberna? ¿Buscabas mis favores en el lecho?

El pecho de Gael chocó contra Sophie, que al intentar dar un paso atrás el colchón de la cama se interpuso y cayó sobre las sábanas. La joven intentó levantarse, pero Gael fue más rápido y puso las manos a cada lado del cuerpo de Sophie. Los rostros de ambos estaban a solos un par de centímetros y Sophie, inconscientemente, se mordió el labio.

—Yo... —tartamudeó la joven—. Buscaba a Elspeth.

—¿En mi habitación? —ronroneó Gael con los labios casi rozando los de Sophie.

—No conozco el castillo, así que no sé qué hay detrás de cada puerta.

Sophie intentó levantarse, pero Gael no se apartó ni un milímetro.

—Cuando una mujer cae a mi cama es para satisfacerme —dijo antes de acortar la distancia y besarla.

Sophie se sorprendió al principio, pero un instinto salvaje le hizo devolverle ese beso que había derribado de golpe todas sus barreras y le había hecho olvidar el motivo de por qué estaba en esa habitación. Solo quería saborear los labios de ese guerrero que tantos quebraderos de cabeza y enfados le había hecho pasar en los escasos dos días que se conocían, pero que al mismo tiempo la atraía hacia él como nunca nadie lo había hecho antes. Lo deseaba. Sí, aunque le molestara reconocerlo. Pero lo deseaba más de lo que había deseado a Adrien, y eso que

pensaba que no podría anhelar las manos de nadie más.

Antes de que pudiera darse cuenta, Sophie se vio empujada contra las sábanas al tiempo que el cuerpo de Gael la cubría por completo. La joven lo abrazó y apretó las manos contra la espalda del guerrero. Y cuando un gemido escapó de su propia boca en el instante en el que Gael pasó una mano por su cintura, Sophie volvió a tomar conciencia de sus actos, apartando al guerrero de golpe y levantándose de la cama sin decir ni una sola palabra.

Sophie, intentando no mirar a Gael, se dirigió hacia la puerta, sin embargo, cuando la abrió para marcharse, echó una mirada atrás, volviendo a sentir algo dentro de ella que se dirigía hacia su ombligo. Y tras sentir un miedo atroz por los sentimientos que le provocaba, Sophie salió de la alcoba, dejando a Gael también sin palabras por lo vivido.

Sin saber qué hacer, Sophie se dirigió hacia la puerta del castillo. Necesitaba

aire libre y frío para despejarse y bajar el calor de su cuerpo. Se golpeaba mentalmente por haberse dejado llevar por su instinto y no por su cabeza y pensar con quién se estaba besando. Debía considerar a Gael como un enemigo, pues gracias a él estaba en ese castillo y por su culpa podría ser acusada de robo si la descubrían con la joya del guerrero en el bolsillo del vestido.

Sophie subió las escaleras de la muralla y cuando estuvo arriba, sintió sobre su rostro la fría brisa del mar. Más de diez metros más abajo el mar embravecido chocaba contra las rocas, produciendo un sonido espeluznante. Aún así, Sophie se sentó sobre las piedras para disfrutar del silencio y la calma que había a su alrededor. Poco a poco, su corazón fue calmándose y su cuerpo retomó la temperatura natural. Sophie apenas notaba el frío, ya que el vestido que le habían prestado estaba preparado para ello.

Cerró los ojos y esbozó una sonrisa. Sus pensamientos fueron acomodándose al bienestar de ese instante, olvidándose de lo vivido hacía pocos minutos. Sin embargo, la imagen de Gael sobre su cuerpo volvió a ella a pesar de intentar por todos los medios olvidarla. Aunque habían sido unos minutos, Sophie se había sentido protegida como nunca e incluso amada y deseada, algo a lo que no estaba acostumbrada, por lo que temía que solo fueran imaginaciones suyas.

Desde que se habían cruzado sus caminos, Sophie había luchado una y otra vez contra los sentimientos que le provocaba Gael, sin embargo, desde el primer instante en que lo vio aparecer semidesnudo mientras ella hablaba con Edwin sintió una atracción y un deseo que le resultaba muy complicado aplacar. Y

cuando por fin sintió los labios del guerrero sobre los suyos, sintió que le daba igual el resto del mundo, que no había nadie más que Gael y ella.

Y luego estaba Edwin. Se sentía bien a su lado. La había tratado con respeto desde que la llevaron con ellos, y le dio a entender que tenía ciertos sentimientos hacia ella. Sin embargo, la joven lo veía como a un hermano. Edwin y Gael eran casi como dos gotas de agua, pero se veía atraída por Gael a pesar de su trato hacia ella. Y desde luego, no quería hacerle daño al pequeño de los hermanos.

Sophie suspiró, pero enseguida frunció el ceño. Tenía la sensación de que alguien la observaba y, de repente, sintió miedo. La joven abrió los ojos y miró hacia atrás. No obstante, en la oscuridad del patio no logró ver a nadie, por lo que volvió la mirada hacia la llanura que había frente a ella y el abismo del acantilado de su izquierda, aunque un escalofrío en su espalda provocó que la sensación de paz desapareciera por completo.

Gael se encontraba frente a la ventana de su alcoba, desde donde podía ver a la perfección la silueta de Sophie en la oscuridad. Esta había salido tan rápido de su habitación que no le había dado tiempo a decir ni una sola palabra. Tampoco tenía nada que decir. Simplemente, había seguido el impulso de su cuerpo. La había besado. Sí, por primera vez en años había deseado besar a otra mujer que no fuera Leslie a pesar de haberse prometido que se alejaría de las mujeres para siempre. Pero con aquella extraña mujer había una atracción que, a pesar de intentar alejarse de ella una y otra vez, se acercaba a la joven más y más.

Cuando la vio en su dormitorio con una ropa tan diferente a la que llevaba Sophie cuando la encontraron en el bosque, su pelo suelto, sus mejillas sonrosadas al haber sido descubierta... todo en ella lo llamó para acercarse tanto que al ver el color de sus ojos tan cerca de él y el olor que desprendía la joven le habían hecho perder la razón. Aún no sabía por qué lo había hecho, pero había sentido un deseo tan irrefrenable de saborear sus labios y marcar territorio en su cuerpo que había dejado a un lado la razón y sus propios pensamientos, que le pedían, o más bien le exigían, que se alejara de ella lo antes posible.

—Maldición... —resopló, contrariado.

Gael soltó el aire de golpe. Se sentía enfadado consigo mismo por haberse dejado llevar. Él era un hombre de honor y había fallado a su palabra de no acercarse a las mujeres. No quería volver a sufrir por culpa de una, y menos por Sophie, a la que dejaría ir del castillo en cuanto averiguara qué demonios hacía en el bosque cuando la encontraron. Estaba seguro de que guardaba algo que

debía descubrir, pero los sentimientos que le provocaba la francesa eran tan fuertes que se bloqueaba y no sabía cómo actuar.

Y luego estaba su hermano. No quería hacer daño a Edwin, pues sabía que también tenía ciertos sentimientos hacia la joven. Ella era la primera mujer que causaba una impresión así en Edwin, ya que jamás le había confesado su amor por ninguna otra mujer.

Gael negó con la cabeza y abrió la ventana de su dormitorio con la esperanza de que el aire frío de la noche aclarara sus ideas y le diera una pista sobre el camino que debía seguir. Sin embargo, al fijarse de nuevo en la silueta de Sophie volvió a sentir el deseo de bajar hasta ella y hacerla suya. Estaba seguro de que lo que sentía por la joven era un mero capricho con el que solo deseaba hacerla suya y olvidarla al día siguiente. Hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer y la belleza de Sophie era evidente para cualquier persona.

Una nueva sombra en el patio llamó la atención de Gael, que frunció el ceño al comprobar que había alguien más en la oscuridad. Cuando un rayo de luna alcanzó a esa persona, Gael comprobó que se trataba de Leslie, lo cual hizo que frunciera el ceño, extrañado. Le había dejado claro que no deseaba verla por allí de nuevo, y estaba seguro de que la presencia de Sophie había llamado la atención de la joven hechicera, seguramente por celos al enterarse de que él había decidido llevarla al castillo. En ese momento, no pudo evitar comparar a ambas mujeres. Leslie se había vuelto una persona fría y calculadora, casi peligrosa, mientras que Sophie parecía ser una mujer decidida y rebelde, pero fiel a sus ideas.

¿Pero qué hacía Leslie observando desde la oscuridad a Sophie? ¿Acaso temía que la joven pudiera entrometerse en una relación que ya estaba acabada hacía tiempo? Sabía que Leslie no había perdido la esperanza de volver a conquistarlo y la presencia de Sophie en el castillo hacía peligrar su posible reconciliación.

Gael se apoyó en la ventana con los brazos cruzados. Debía tener cuidado y vigilar a Leslie, ya que estaba seguro de que intentaría atentar contra Sophie para quitársela del medio. Y la verdad es que la rubia temía por algo que era real.

Gael se reconoció a sí mismo en ese momento que la había llevado al castillo para algo más que para averiguar su procedencia y qué pretendía hacer. Su

sentimiento de protección hacia la joven y el deseo que despertaban en él hacían una mezcla explosiva que podrían provocar la ira de Leslie, que ya se alejaba del patio con el mismo silencio con el que había llegado.

Gael suspiró aliviado. Sin embargo, esta paz le duró poco, ya que enseguida vio llegar otra sombra, demasiado conocida para él. La forma de tambalearse, la altura y la musculatura de ese hombre las conocía a la perfección, pues había estado con él hacía poco en el gran salón mientras este bebía ingentes cantidades de vino. Se trataba de uno de sus hombres, Alec, que en la última misión no los había acompañado y, por lo que le habían comentado después, había causado graves incidentes entre las mujeres del clan.

Alec se dirigía a la muralla, concretamente hacia la zona en la que se encontraba Sophie, y el corazón de Gael comenzó a latir con fuerza al ser consciente de lo que probablemente iba a hacer ese hombre.

—Maldición —rugió antes de alejarse de la ventana como alma que lleva al diablo.

Sophie seguía metida en sus pensamientos, aunque su corazón había logrado calmarse. Y cuando el frío se estaba haciendo casi insoportable, tuvo la necesidad de volver a su dormitorio. Sin embargo, una sombra al pie de las escaleras la detuvo.

—¿Ya os vais, preciosa?

La voz gangosa y borracha de un hombre llegó hasta sus oídos, haciendo que la joven sintiera el peligro frente a ella.

La sombra terminó de subir los pocos escalones que le faltaban mientras Sophie dio un par de pasos hacia atrás con el corazón en un puño. La oscuridad se cernía sobre ellos y tan solo unos rayos de luna iluminaban el patio interior del castillo. Todo estaba en silencio y muy lejos de allí seguramente se encontrarán los hombres de Gael apostados en la muralla exterior.

—Lo siento, pero estoy cansada.

Alec sonrió de lado y se acercó a ella unos pasos.

—Pero, preciosa, si aún no nos conocemos. Podríamos pasar un rato juntos.

Me han dicho que sois realmente bella y esta oscuridad no me permite veros.

Podemos ir a mi dormitorio...

Sophie carraspeó, sorprendida por lo directo que era aquel hombre. Sin embargo, no se amedrentó ante él e intentó pasar por su lado para marcharse.

—En otra ocasión será. Necesito descansar.

—Si queréis, puedo acompañaros...

—No, no hace falta. Conozco el camino, gracias.

Alec asintió y la dejó pasar mientras se relamía los labios. Dejó que la joven bajara las escaleras y se perdiera en la oscuridad.

Sophie caminaba casi a ciegas por el patio. Apenas recordaba cómo se encontraba en esa época y temía tropezar con algo y caer. Recordaba que a la derecha debía haber un montón de paja para los caballos mientras que en el centro había un pozo, por lo que intentó caminar con la poca luz que daba la luna. Sin embargo, cuando apenas se había alejado cinco pasos de las escaleras, escuchó detrás de ella las pisadas apresuradas de alguien que, supuso, era Alec, pero cuando intentó darse la vuelta para comprobar quién era, la mano del hombre fue más rápida y atrapó su boca para evitar que pudiera dar la voz de alarma.

Sophie se debatió entre los brazos de Alec, que la arrastraba hacia el montón de paja sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

—Venga, preciosa, lo pasaremos bien —dijo el guerrero a su oído.

Sophie mordió la mano que tapaba su boca, provocando una exclamación de dolor de Alec y ganándose una sonora bofetada que consiguió partirle el labio y tirarla sobre la paja.

—¡No me toques! —vociferó la joven intentando soltarse de sus manos, que sujetaban los brazos de Sophie por encima de su cabeza.

—No pienso dejar pasar esta oportunidad de domaros, preciosa. Y os probaré yo antes de que Gael os lleve a su lecho.

Sophie iba a gritar de nuevo cuando sintió la boca babeante de Alec sobre la suya, mordiéndole con fuerza los labios e intentando abríselos para introducir su lengua dentro de la joven. Sin embargo, esta apretó con fuerza, ganándose otra bofetada que a punto estuvo de hacerle perder el conocimiento. Y cuando una mano de Alec comenzó a tocar uno de sus pechos, Sophie dejó de notar sobre ella el peso del cuerpo del guerrero.

Enseguida, la joven dirigió la mirada hacia las sombras que había ante ella, que habían comenzado a pelearse. No lograba enfocar bien la vista, pues aún sentía el mareo producido por la bofetada de aquel salvaje. Sin embargo, sí logró reconocer la voz del recién llegado.

—Eres un malnacido y debí echarte de aquí hace tiempo. —La voz de Gael rezumaba odio por todas partes—. Aléjate de mi castillo y de mi clan. No vas a causar más problemas en estas tierras. Te condeno al exilio del clan Sinclair.

Vete a una taberna donde te acepten. Las mujeres respetables no merecen cruzarse con alguien como tú.

—¿Qué pasa, Gael, te la quieres follar tú? —se rio Alec—. Leslie estará muy contenta con la presencia de esta furcia en el castillo.

El sonido de una espada siendo desenvainada cortó la respiración de Sophie, que logró enfocar la mirada en los dos hombres a pesar del dolor que sentía en la mejilla y en el labio partido.

—He dicho que salgas de mis tierras, Alec. Si vuelvo a encontrarte en cualquier otro lugar que pertenezca al clan Sinclair, te mataré yo mismo con mi espada.

Sophie vio como el hombre se alejaba de ellos trastabillando y ligeramente

encogido por los golpes recibidos por parte de Gael mientras este volvió a guardar la espada en el cinto y se giraba hacia ella. Sophie intentó levantarse del suelo, sin embargo, aún sentía un ligero mareo que le hizo perder el equilibrio y caer de bruces de nuevo. Al instante, las fuertes manos de Gael se cernieron sobre sus brazos y la ayudaron a levantarse, pero cuando este se dio cuenta de la debilidad de la joven, pasó una mano por debajo de sus piernas y la levantó en volandas.

Sophie intentaba centrarse en lo que estaba pasando, incluso intentó negarse a que Gael la llevara en brazos, no obstante, el mareo que sentía la obligó a apoyar la cabeza en el hombro del guerrero y dejarse mecer por la suave brisa que corría por el patio. Además, la protección y seguridad que sentía entre sus brazos la relajaron de tal forma que Sophie se dejó vencer y sus ojos se cerraron al tiempo que las manos de Gael la apretaban aún con más fuerza.

CAPÍTULO 8

En más de una ocasión durante la noche, mientras su mente se negaba a despertar por completo, Sophie creyó haber notado una mano callosa acariciando su rostro, algo que desapareció cuando los primeros rayos de sol comenzaron a asomar por el horizonte.

Cuando la mañana hacía horas que había entrado, Sophie despertó de golpe.

El sonido de unas voces llegaba a la perfección hasta su alcoba y el ruido que hacían los sirvientes de un lado para otro la puso en alerta. Aún con la mente obnubilada por el sueño, Sophie logró distinguir la voz atronadora de Gael desde el piso de abajo, incluso le dio la sensación de que Edwin también estaba dando órdenes.

Sophie creyó que el castillo estaba siendo atacado por los Sutherland, sin embargo, cuando apartó las sábanas de golpe y se asomó por la ventana para comprobar qué sucedía fuera de los muros, se dio cuenta de que todo estaba tranquilo. Con el ceño fruncido, se dirigió hacia la puerta, ya que le pareció escuchar un murmullo cercano a su habitación y escuchó atentamente:

—Tenemos que encontrarlo cuanto antes.

—Pero ¿quién ha podido robar el colgante del señor? ¿Habrá entrado algún ladrón al castillo?

El corazón de Sophie comenzó a palpar con fuerza. El maldito colgante...

No había tenido tiempo que dejarlo en la habitación de Gael y parecía que ya se habían dado cuenta de que había sido sustraído. Si alguien descubría que lo tenía en el bolsillo del vestido... no quería ni imaginar el tipo de castigo al que sería sometida.

Al instante, llevó las manos a su vestimenta, sin embargo, fue en ese momento cuando se dio cuenta de que el vestido amarillo había desaparecido y tenía un suave camisón blanco de satén que cubría sus piernas hasta los tobillos.

Pero lo peor de todo es que no recordaba cómo se lo había puesto. Sophie intentó recordar lo sucedido la noche anterior y al instante los recuerdos de la muralla llegaron a su mente: el rostro de aquel hombre que había intentado forzarla, las bofetadas que recibió y el intenso mareo que siguió le habían hecho casi borrar de su memoria que Gael había aparecido de repente para salvarla. Y después recordó vagamente que la había cargado en brazos y llevado hacia el interior del

castillo. Después de eso, no recordaba nada.

Alguien debió de quitarle la ropa y ponerle ese camisón, pero ¿dónde estaba el vestido? Sophie miró a su alrededor para buscarlo, sin éxito. Caminó por toda la estancia intentando buscarlo en algún lugar, incluso abrió el baúl donde había estado ese vestido, pero había desaparecido por completo.

—No, no, no... —murmuraba buscando una solución.

En ese momento, unos nudillos sobre la puerta le hicieron dar un respingo.

Sophie dio un paso hacia atrás, temerosa de que hubieran llegado a por ella para dar cuenta del motivo por el que esa joya estaba entre su ropa. Sin embargo, la puerta se abrió y dejó pasar a una doncella, que le llevaba el desayuno con la preocupación escrita en el rostro.

—Si necesita algo más, señorita...

Sophie se acercó a ella y mostró la misma preocupación que la joven doncella.

—Sí, he escuchado voces en el piso inferior. ¿Ocurre algo?

La doncella suspiró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sí, señorita. Un colgante de mucho valor ha sido sustraído del dormitorio de nuestro señor. Creemos que hay un ladrón en el castillo.

Sophie sintió mariposas en el estómago y las manos comenzaron a temblarle incontrolablemente. Después, carraspeó e intentó aparentar tranquilidad.

—Seguro que lo encontraréis pronto. —Cambió de tema—. Ayer me puse un vestido amarillo, pero no sé dónde está. Me gustaría volver a ponérmelo.

La doncella sonrió.

—No os preocupéis, señorita. El señor le pidió a Elspeth que os cambiara de ropa, pues estaba manchada de tierra, y después lo lavara.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó temiendo la respuesta.

—Pues las lavanderas ya han salido hacia el lavadero para ponerse a ello. No os preocupéis, señorita, mañana podréis ponéroslo de nuevo.

La doncella se dirigió al baúl y sacó un vestido azul cielo con bordados de flores en color blanco. Se veía más sencillo que el anterior, pero era igual de bonito. Sophie simuló una sonrisa y despidió a la doncella, rechazando su oferta

de ayudarla para vestirse.

—Por cierto, me ha dicho Elspeth que os diga que no necesita de vuestros servicios. El señor le ha pedido que os dejáramos descansar —le dijo antes de que Sophie cerrara la puerta.

—¿Gael? —preguntó, extrañada.

—Sí.

La joven asintió y cerró la puerta con una sonrisa falsa. Necesitaba estar sola y pensar un plan para ir hacia el lavadero, que, si mal no recordaba, se encontraba en el patio más alejado del edificio principal, e interceptar el vestido del día anterior antes de que las lavanderas descubrieran lo que había en el interior del bolsillo. Además, contaba con la libertad que le daba el cambio de plan respecto a ella. Si ya no iba a ayudar a Elspeth en los menesteres del castillo, tenía vía libre para ir a donde quisiera.

Con prisa, se quitó el camisón y lo dejó tirado a un lado. Enseguida, corrió a ponerse el precioso vestido azul que había dejado sobre la cama y tras pelear durante unos minutos con los cordones del mismo, logró ajustárselo a la cintura.

Sophie se miró en el espejo antes de salir de la alcoba y descubrió que aquella prenda le quedaba aún mejor que el vestido anterior. Ese resaltaba sus facciones y sus curvas, e incluso podía decirse que era algo provocador para la época en la que se encontraba. Sin embargo, le encantó. La joven peinó su pelo y lo dejó suelto a su espalda y cuando se dio el visto bueno, salió del dormitorio como alma que lleva al diablo.

A medida que caminaba por el pasillo, intentaba disimular la prisa que sentía por dentro. Las doncellas y demás sirvientes caminaban de un lado para otro, entrando en unas y otras habitaciones con la esperanza de encontrar aquella joya de gran valor que había desaparecido de entre los muros del castillo y de la que solo ella tenía constancia de su ubicación.

—¿Vas a dar un paseo? —La voz de Edwin la paró en seco mientras su corazón comenzó a latir con fuerza.

Sophie se dio la vuelta para descubrir que el joven no estaba solo, sino que iba acompañado de un silencioso Gael, que la observaba bajo una mirada atenta de todos sus movimientos, por lo que la joven intentó mostrar una tranquilidad que no sentía para nada.

—Bueno, una doncella me ha dicho que no tenía que ayudar a Elspeth, así que había pensado en ir a ver a las lavanderas para ver si puedo echarles una mano.

Gael carraspeó, llamando su atención.

—¿Estás mejor? —le preguntó, arrepintiéndose al instante de su muestra de preocupación por ella.

Sophie asintió.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Edwin sin entender.

—Anoche Alec intentó forzarla en el patio.

Edwin maldijo en voz baja.

—¿Llegó a tocarle?

—No, no —respondió enseguida intentando quitarle hierro al asunto—. Estoy bien gracias a Gael.

Gael asintió en silencio sin apartar la mirada de la joven.

—No sé si la doncella os ha dicho también que una joya de importante valor sentimental para nosotros ha sido robada.

Sophie tragó saliva disimuladamente.

—Sí, lo siento mucho por vosotros. Esta mañana me despertaron los ruidos y le pregunté a la joven.

—¿Sabéis algo de ello?

La repentina forma educada y respetuosa de Gael de dirigirse a ella le hizo dudar y desconfiar. Sin embargo, en la mirada del guerrero no había asomo de reproche, tan solo de curiosidad.

—Solo que lo han robado. Nada más.

Edwin bufó y miró a su hermano.

—Por favor, deja de desconfiar de todo el mundo, hermano. Estoy seguro de que aparecerá.

—Eso espero —respondió el guerrero—. Y el culpable pagará por ello.

Sophie apretó los dedos alrededor de la falda de su vestido. El tiempo corría en su contra y ya había perdido demasiado hablando con los hermanos. Casi en un murmullo, se despidió de ellos y salió al exterior. La fría brisa de la mañana la recibió, provocándole un escalofrío, aunque era tal el nerviosismo que recorría su cuerpo, que apenas pudo reparar más en la intensa niebla que rodeaba al castillo.

La mirada de Sophie estaba fija en el gran patio. A su alrededor todo eran voces y malas caras. El nerviosismo podía cortarse con unas tijeras y Sophie esperaba poder solucionarlo todo cuanto antes para que volviera a la normalidad.

A lo lejos, pudo ver la cabellera rubia de Leslie, que trabajaba fuera de los muros del castillo y algo dentro de ella se agitó cuando los ojos de ambas se cruzaron en la distancia. Tenía la sensación de que Leslie estaba metida en el robo del colgante y que había hecho algo para que este desapareciera y acabara en el futuro, junto a ella.

Cuando las lavanderas aparecieron en el campo de visión de Sophie, la joven desvió la mirada de Leslie, que había vuelto a sus quehaceres. La francesa tuvo que calmar sus nervios para no correr hacia ellas y preguntar por su vestido. Sin embargo, cuando llegó a la altura de las cuatro mujeres, supo que algo no andaba bien. Una de ellas levantó la mirada y la observó con odio para después ignorarla y seguir con su tarea. Entre las manos de todas se encontraban numerosas sábanas blancas, pero no había ni rastro de su vestido.

Sophie tragó saliva, preocupada, y carraspeó para llamar su atención.

—Buenos días.

Las mujeres siguieron lavando las sábanas en las pilas y la ignoraron por completo. La joven frunció el ceño al verse azotada por el frío hielo que desprendieron las lavanderas.

—Me gustaría saber dónde está el vestido que me puse ayer. Es de color amarillo y...

—Ya sabemos cómo es, forastera —la cortó una de ellas—. Ya está limpio.

Sophie sintió que el nudo de su garganta se cerraba aún más, impidiéndole respirar con normalidad. Tras respirar hondo, Sophie abrió la boca para preguntar algo más, sin embargo, una fría voz a su espalda le impidió pronunciar sonido alguno.

—Sophie, mi hermano os llama a su despacho.

La joven se giró para chocarse con la fría mirada de Edwin. Además, el hecho de volver a tratarla de manera tan seria le confirmó lo que ya se temía. La habían desenmascarado. Alguna de las lavanderas había descubierto el colgante en el bolsillo del vestido. Y estaba perdida, lo sabía.

Sophie intentó pensar rápidamente alguna excusa para zafarse de las garras de Gael, sin embargo, Edwin levantó una mano hacia ella para pedirle que lo acompañara.

—Había pensado salir a dar un paseo —dijo lo primero que pasó por su mente.

Edwin no contestó. Tan solo se limitó a endurecer la expresión de su rostro y mostrar un odio que jamás pensó que había en su interior para después dar un paso hacia ella y agarrarla del brazo.

Sophie sintió los dedos de Edwin como garras y torció el gesto cuando estos se aferraron a su brazo con tanta fuerza que creyó que iba a rompérselo.

—No vamos a permitir que os escapéis, muchacha.

Edwin tiró de ella hacia el castillo y caminaba tan rápido que parecía querer arrastrarla por el suelo. En más de una ocasión, Sophie tropezó, pero logró

enderezarse enseguida, ya que estaba segura de que Edwin la habría dejado caer a propósito para humillarla más y hacerle pagar por el supuesto robo de la joya.

—Os hemos acogido en nuestra casa; habéis disfrutado de nuestra comida —

dijo Edwin al tiempo que cruzaban el umbral del castillo—; os habéis calentado con nuestra leña; os habéis vestido con las ropas de mi hermana, incluso yo... —

Se quedó callado de golpe—. ¿Y nos lo pagáis así, muchacha?

—Yo no he hecho nada —se defendió Sophie con hilo de voz mientras a lo lejos divisó la puerta del despacho—. Por favor, créeme, Edwin.

Sophie tuvo una mínima esperanza de que, efectivamente, la creía. Sin embargo, el joven guerrero se limitó a mirarla con desprecio y empujarla contra la puerta del despacho. Sophie lanzó una exclamación de dolor al chocar su hombro contra la enorme puerta de roble macizo. Después, Edwin la abrió y volvió a empujarla dentro, cerrando la puerta tras de sí.

Sophie tenía miedo de levantar la cabeza. Su mirada estaba fija en el suelo de piedra y, aunque sabía que frente a ella estaba el gigante al que se sentía atraída, temía su mirada de odio. Estaba metida en un buen lío. Realmente era el peor en

el que se había metido en toda su vida, y a pesar de haber dado mil vueltas al tema, no sabía cómo podía salir de ahí.

Un carraspeo llamó su atención. Sophie, armándose de valor, levantó la cabeza lentamente y miró a Gael, que la observaba atentamente y con una mueca de tranquilidad que a la joven le inspiró más miedo que verlo enfadado, ya que no sabía cómo iba a reaccionar. El guerrero cruzó las manos por la espalda y estiró los músculos mientras respiraba hondo.

—Hace solo diez minutos que nos hemos visto en la entrada del castillo —

comenzó diciendo lentamente—. ¿Un paseo has dicho?

Sophie tragó saliva y arrugó inconscientemente la tela del vestido entre sus dedos. Notaba que las manos le sudaban y creía estar a punto de mover incontrolablemente la pierna debido al nerviosismo.

—Sí —tartamudeó—. Eso he dicho.

Gael miró de reojo a Edwin, que se mantenía callado justo a la espalda de Sophie para evitar que huyera del despacho, lo cual hizo que la joven se sintiera ya prisionera.

—Justo después ha venido una de las lavanderas y nos ha enseñado esto...

Gael levantó la mano derecha para mostrarle el colgante que había guardado con tanto celo en su bolsillo.

—¿Sabes qué es? —le preguntó Gael.

Sophie abrió la boca para responder, pero su garganta parecía estar atascada.

Sin embargo, se obligó a sí misma a dar una respuesta rápida si quería salir indemne de la acusación a la que iban a someterla.

—Parece un colgante —respondió intentando aparentar normalidad.

Edwin bufó tras ella y la joven vio como Gael apretaba el puño con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos de golpe. Sophie temió que fuera a golpearla por su osadía y su aparente tranquilidad. No obstante, el joven bajó lentamente la mano y se acercó a ella peligrosamente.

—No me gusta andarme con rodeos, muchacha. Este colgante ha aparecido en el vestido que llevabas puesto ayer. ¿Por qué lo has robado?

—Yo no he hecho tal cosa —respondió la joven al instante.

Gael apretó la mandíbula y, con la mano libre, agarró el rostro de Sophie para levantarlo y mirarla fijamente.

—No mientas, muchacha. —Apretó los dedos contra la mandíbula de la joven

—. ¿Qué hacías ayer en mi alcoba cuando te descubrí?

Sophie intentó apartarse de él sin una respuesta para esa pregunta, pero Gael apretó con más fuerza aún los dedos, provocando una mueca de dolor en Sophie, que soltó el aire de golpe. Durante un instante, su labio inferior tembló, pues las ansias de llorar y contar la verdad eran tan grandes que necesitó de toda su fuerza de voluntad para no gritar allí mismo que ese colgante había aparecido siglos después en ese mismo despacho, que pertenecía a ella en ese tiempo.

Sophie apretó los puños y cerró los ojos.

—¿Muchacha?

La voz de Gael la sacó de sus pensamientos. Abrió los ojos para toparse con los del guerrero a solo un palmo de su rostro.

—Yo no he hecho nada —dijo en un hilo de voz.

—¿Me vas a negar que anoche te descubrí en mi alcoba?

—No, no, yo... Yo no soy una ladrona, de verdad.

—Entonces ¿qué buscabas de mi hermano, sus favores?

La voz de Edwin sonó con tanto desprecio y acusación que Sophie no pudo evitar sentir lástima. Si él, que era el único que había mostrado algo más de afecto y simpatía, mostraba ese odio hacia ella, no quería imaginar lo que debían de estar sintiendo el resto de personas del castillo.

Una punzada de dolor cruzó el pecho de Sophie y sintió como sus ojos comenzaban a picarle, fruto de las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos.

—La pena por robo al *laird* es la muerte, muchacha.

Gael la soltó con desprecio y Sophie bajó la mirada para dar rienda suelta a las lágrimas. Se sentía tan impotente por no poder contar la verdad que habría abierto ella misma la ventana del despacho para despeñarse por el acantilado.

Sin embargo, una voz interior la animó a no derrumbarse y seguir luchando por ella misma.

—No puedes condenarme por algo que no he hecho.

—¿Estás segura de ello? Todo apunta a ti. Ya sé por qué estabas esa noche en el bosque.

Sophie abrió los ojos temiendo que Gael supiera la verdad, sin embargo, sus siguientes palabras solo le hicieron fruncir el ceño por la contrariedad.

—Habías estado espionando nuestros movimientos para después introducirte en nuestro clan y nuestro castillo para robarnos desde dentro. Pero te ha salido mal, muchacha. Perteneces al clan Sutherland, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

—¿Llamas mentiroso al *laird*? —Edwin le dio un golpe en el hombro.

Sophie estuvo a punto de callarse, pero debía defenderse con uñas y dientes frente a aquellos hombres si quería sobrevivir, por lo que se dio la vuelta para encararlo y, levantando el mentón, contestó:

—¡Sí! —vociferó—. Le digo mentiroso a él, a ti y cualquier otra persona que ose llamarme algo que no soy. Yo no he robado ese colgante ni he tenido intención de hacerlo. No me hace falta robar a nadie porque tengo dinero suficiente para comprar este maldito castillo que solo me está trayendo problemas, ¡así que cuando quieras te diré por dónde te lo puedes meter para que no os lo roben de nuevo!

Sophie respiró hondo para calmarse. No podía creer que aquellas palabras hubieran salido de sus labios, sin embargo, la expresión de Edwin, que era todo un poema, le indicó que sí, que había gritado lo que su corazón deseaba decir, aunque se guardó para sí el detalle del viaje en el tiempo y que el colgante había aparecido de la nada en su despacho.

—¡Ya está bien, muchacha! —Gael la giró hacia él—. Estás agotando mi paciencia. No voy a permitir que te rías de nosotros ni un minuto más. Hasta

que no nos digas por qué has robado esto, permanecerás en las mazmorras del castillo a pan y agua.

—¿Qué? —preguntó en apenas un murmullo.

Con el ceño fruncido, miró a Gael y después a Edwin, que levantó el brazo y dio un paso hacia ella para sujetarla. Sin embargo, a pesar de la sorpresa inicial, Sophie dio un paso hacia atrás para escapar de aquellas manos que pretendían encerrarla en una mazmorra y castigarla por algo que no había hecho. No obstante, fueron las de Gael las que consiguieron atraparla y empujarla hacia su

hermano, que la recibió con tanta ira, que Sophie temió que fuera a golpearla sin piedad.

Mientras era arrastrada por Edwin hacia la puerta, Sophie miró hacia atrás y vio que Gael se había dado la vuelta y se acercaba a la ventana del despacho mientras se frotaba la frente, meditabundo.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó antes de que la puerta del despacho se cerrara de golpe.

Edwin la arrastró, literalmente, hacia las escaleras de las mazmorras, que se encontraban al final del pasillo, ya en la oscuridad y donde seguramente casi nadie se acercaba. La puerta estaba cerrada, aunque Edwin, tras un fuerte empujón, logró abrirla. Ambos arrugaron la nariz cuando el nauseabundo olor de las mazmorras salió al pasillo. La oscuridad reinaba en las escaleras y al final de estas, donde un intenso frío subió hasta ellos, provocando un escalofrío en Sophie.

—No puede ser verdad —susurró en francés para sí.

Durante un instante, cruzó la mirada con Edwin, que pareció dudar sobre si debía continuar, pues aquello estaba claro que era inhumano. Sin embargo, el joven volvió a fruncir el ceño y a desviar la mirada hacia la oscuridad y la empujó de nuevo hacia adelante.

—Edwin, yo no he hecho nada —intentó mediar.

—Alguien ha entrado en los aposentos del *laird* a robar, y el colgante ha aparecido entre tu ropa, muchacha. No hay más que hablar —respondió con sequedad.

Sophie abrió la boca, pero no tenía nada más que añadir. La habían condenado y a pesar de tener la respuesta y la solución en la punta de la lengua, no podía contar la verdad.

La oscuridad los envolvió por completo a medida que bajaban las escaleras.

El olor a suciedad y a podredumbre se hizo más fuerte cuando llegaron al último peldaño de las mazmorras y la luz de la antorcha que llevaba Edwin en su mano iluminó pobremente lo que había a su alrededor: un estrecho corredor plagado de ratas y manchas que a simple vista parecían ser sangre o... algo peor y más asqueroso. A ambos lados del estrecho pasillo, las celdas le dieron la bienvenida.

Sophie se quedó quieta y petrificada en el sitio. Edwin dejó que la joven se

acostumbrara a la poca luz y tuviera la visión de las macabras armas de tortura que ya no se usaban desde hacía años en ese castillo. Sophie sintió un escalofrío y dio un paso atrás al ser consciente de que la iban a dejar allí sola y abrió la boca para pedir ayuda desesperadamente a Edwin, pero la expresión de su rostro manifestaba la intención de dejarla en ese lugar para que reflexionara.

Con los dedos del joven aún alrededor de su brazo, Sophie se vio empujada, casi con suavidad, hacia el corredor. La joven dio un respingo cuando una rata cruzó entre sus pies y se alejó en la oscuridad. Y en el más completo silencio, Edwin la metió en la primera celda que había a su izquierda, cerrando con una gran llave el cerrojo de la misma para que la joven no pudiera salir de allí.

Con el cuerpo temblando, Sophie se adelantó a los barrotes y se apoyó contra ellos. En su rostro podía leerse la desesperación por quedarse en ese recóndito lugar. Sin embargo, Edwin la miró con frialdad y en silencio, procedió a marcharse.

—No me dejes, por favor —suplicó Sophie—. No he hecho nada, te lo juro.

Edwin se quedó quieto, aunque seguía dándole la espalda.

—Nos has intentado engañar con tu belleza y mi hermano y yo hemos estado a punto de pelear por conseguir tu amor, y nos pagas así.

—Yo no he hecho nada... —dijo en un sollozo sin ser consciente de lo que Edwin acababa de revelarles sin querer.

—Cuando le cuentes a mi hermano la verdad, podrás salir de aquí.

Sin más que añadir, Edwin se alejó de ella, dejándola sumida en el más absoluto silencio y oscuridad.

Gael tiró otro de los libros de la extensa biblioteca contra la pared. En el suelo del despacho ya se amontonaban demasiadas cosas que había comenzado a tirar cuando la puerta del despacho se cerró en el momento en el que Edwin se llevaba a Sophie. Desde entonces, su mente lo acusaba una y otra vez de haber caído de nuevo en la red de una mujer, por la que sentía que sufría en ese momento.

—¡Maldita sea! —vociferó al tirar un jarrón contra la puerta.

Gael se llevó las manos a la cabeza y se paseó por el despacho como un animal enjaulado. No podía quitar de su cabeza la imagen de Sophie con ojos

llorosos implorando un perdón por algo que, insistía, no había hecho. Pero no podía creerla. Como jefe del clan debía proteger la seguridad de su gente y su castillo, y si esa mujer había llegado allí, se había aprovechado de su hospitalidad, su comida, su ropa y los había engatusado a todos para robar, debía pagar por lo que había hecho. Pero la pena era verdaderamente la muerte.

¿Cómo podía armarse de valor para ordenar matar a esa muchacha tan bella que lo había cautivado con su valentía y su arrojo? No. No podía dejarse llevar por un sentimiento que debió dejar escondido en lo más recóndito de su ser hacía años.

No podía amar. Se había prometido no volver a fijarse en una mujer y, a pesar de haber luchado consigo mismo desde hacía días, tenía un sentimiento de protección hacia Sophie que luchaba consigo mismo para no salir del

despacho y bajar a las mazmorras a por la joven. Si lo hacía, cualquier persona del clan podría volverse en su contra y verían que tenía una debilidad. Sí, podía llamarlo así, debilidad. Pero cómo no tenerla si Sophie le había arrancado la armadura del corazón de golpe, sin esperarlo. Gael no lo había visto venir y ahora debía hacer frente a su lucha interna y seguir con las leyes del clan.

—¿Vas a hacer limpieza, hermano? —La voz triste de su hermano lo sacó de sus pensamientos.

Gael se giró hacia la puerta, donde se encontraba Edwin con una expresión de sorpresa por lo que veía y a la vez de tristeza por todo lo ocurrido. Gael torció el gesto. Sabía que su hermano amaba a Sophie y lo conocía lo bastante bien como para saber que la traición de la joven lo había herido en lo más profundo de su corazón, por lo que Gael suspiró y se dejó caer sobre una silla.

—No hace falta que disimules delante de mí, Gael. Te conozco.

Edwin cerró la puerta tras de sí y se acercó a él. Se sentó frente a la silla que ocupaba Gael y puso una mano sobre la espalda de este.

—No puedes engañarme, hermano. La miras de la misma forma que lo hacías con Leslie, y te ha dolido tanto o más que a mí que nos haya robado porque vuelves a sentir una traición por la persona a la que amas.

—Yo no la amo —dijo al instante Gael.

Edwin sonrió y le apretó el hombro.

—Cuanto más lo niegas, más me convences —dijo con tristeza—. Y habría jurado esta mañana que la muchacha te miraba de la misma forma, aunque supongo que formaba parte de su engaño.

Gael recordó en ese momento el beso de la noche anterior y lo que había sentido dentro de su pecho. Maldijo en voz baja y apoyó la cabeza sobre la palma de las manos. En su espalda sentía la mano de Edwin y levantó la

cabeza para mirarlo.

—Está bien, hermano. —Suspiró—. Siento hacia ella una especie de protección en la que en todo momento necesito saber si está bien o si necesita mi ayuda; necesito verla y observar su rostro; su sonrisa, sus labios... Y lo haría todos y cada uno de mis días, sin cansarme.

Edwin sonrió con tristeza.

—Te entiendo, hermano.

Gael asintió lentamente mientras miraba a un punto fijo frente a él.

—Pero nos ha engañado. Y no puedo dejarlo pasar, esta vez no —dijo con extrema dureza.

—¿Y qué vas a hacer? No puedes dejarla eternamente ahí abajo. No te imaginas el olor...

—Ya pensaré algo para que confiese. —Después miro a Edwin—. Intenta olvidarla, hermano.

Edwin sonrió levemente y se marchó, dejándolo solo y preguntándose si él sería capaz de quitársela de la cabeza.

CAPÍTULO 9

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Edwin la había dejado sola en las mazmorras en la más absoluta oscuridad. Sin embargo, supuso que habían pasado horas y que ya podría haber llegado la noche, pues sentía sobre su espalda el peso de la tensión acumulada durante todo el día y el sueño estaba comenzando a ganar terreno al enfado y la frustración.

A pesar de no saber qué había en el suelo, Sophie se dejó caer contra la pared y poco a poco se fue tumbando contra el duro y frío suelo. Echaba de menos su anorak en ese lugar, ya que le habría venido bien estar algo más abrigada que con un simple vestido a través del cual la humedad hacía horas que había penetrado hasta su piel, provocándole escalofríos cada cierto tiempo.

Echaba de menos el olor puro del día y el sonido del mar o los pájaros, ya que desde allí no escuchaba más que el sonido de una gota cayendo de vez en cuando en alguna de las celdas cercana a la suya.

Durante las primeras horas en la mazmorra, Sophie creyó que la dejarían olvidada y no llevarían comida ni agua para poder llenar su vacío estómago.

Pensaba que llegaría a volverse loca en ese lugar. A veces tuvo la sensación de que alguien respiraba cerca de ella, incluso el sonido de pasos acercándose a la celda le hacía taparse los oídos por temor a que fueran de algún ser de otro mundo. Pero nada era real. Tardó tiempo en convencerse de que todo era fruto de su imaginación y que estaba completamente sola. El miedo la atenazaba. Había momentos en los que pensaba que iba a quedarse sin aire dentro de aquel agujero, pero se convencía a sí misma de que dentro de poco alguien le llevaría algo para comer. Sin embargo, no fue así. Durante todo el día no había probado bocado y pensó que se habían olvidado de llevárselo o directamente la iban a dejar morir de hambre.

No obstante, aunque ella no lo supiera, cuando los últimos rayos de sol luchaban en el horizonte contra la noche, la puerta de las escaleras que llevaban a la mazmorra se abrió de golpe. Un débil rayo de luz de una antorcha comenzó a brillar en la oscuridad y Sophie se levantó de golpe del suelo. Su corazón comenzó a latir con fuerza, pues temía que algún guerrero fuera hasta allí para matarla a escondidas del señor del castillo.

Sophie se arrimó contra la pared todo lo que pudo e intentó internarse en la oscuridad para evitar ser vista cuando los pasos, que parecían torpes, se

acercaban cada vez más a su celda. La luz se fue acercando más y más hasta ella, haciendo que la joven tuviera que cerrar los ojos momentáneamente para acostumbrarse a ella después de no ver ni un solo rayo de sol en todo el día.

Cuando por fin pudo soportar la luz, Sophie abrió los ojos y fijó la mirada en la persona que había al frente. Se trataba de Edwin, que portaba en su mano un pequeño plato con una copa de agua y un trozo de pan tan diminuto que apenas le calmaría el dolor de estómago hasta el día siguiente. Pero había algo raro en él que llamó su atención. La mano que sujetaba el plato temblaba ligeramente y el joven guerrero se tambaleaba tanto que parecía estar a punto

de caer al suelo en cualquier momento.

Con pasos torpes, Edwin colgó la antorcha en la pared y sacó un manajo de llaves. Con apenas pulso para introducir la llave en la hendidura, Edwin logró abrir el cerrojo y empujó la puerta con el hombro con tanta fuerza que al chocar contra los barrotes provocaron un sonido chirriante que hizo que Sophie estuviera a punto de levantar las manos para taparse los oídos.

Sin embargo, la joven tenía la mirada puesta en el rostro de Edwin, que parecía totalmente diferente al que había conocido durante los días en los que trató con él. Ahora mostraba unos ojos fríos y calculadores, aunque algo cristalinos, debido a la incontrolable ingesta de alcohol al que el joven se había sometido durante todo el día. Con torpeza, Edwin dejó a un lado en el suelo el plato con la escasa comida del día y cerró la puerta tras de sí.

Sophie tragó saliva, incapaz de decir ni una sola palabra para evitar comenzar una pelea verbal o no tan verbal con él, ya que era más fuerte y más corpulento que ella. Y estaba segura de que la borrachera le haría ser más bruto que de costumbre.

—Espero que te aproveche la cena —dijo con la lengua trabada.

Sophie dio un paso atrás cuando vio que se acercaba a ella mientras la recorría de arriba abajo con la mirada y se relamía.

—¿Sabes? Siempre he estado al mando de mi hermano y jamás había pensado en mujeres más que para calentarme en la cama —explicó a duras penas—. Pero al conocerte vi que eras diferente al resto de mujeres del clan, que tenías algo especial.

El joven soltó el aire con una risa que dio miedo a Sophie.

—¡Qué equivocado estaba! Incluso mi hermano se había fijado en ti. Él, que había jurado no volver a poner los ojos sobre una mujer, se sentía atraído por ti, una furcia, una maldita ladrona que nos ha engañado a todos con sus artes y brujería.

Sophie negó con la cabeza.

—Eso no es cierto. No he hecho nada. Tienes que creerme, Edwin, por favor.

—¿Creerte? —vociferó—. ¿De la misma forma que debí creer tus sonrisas y tu amabilidad?

Edwin acortó la distancia entre ellos y la acorraló contra la pared. Su rostro quedó a solo unos centímetros de la joven y con fuerza aspiró su aroma.

—Edwin, estás borracho —intentó apartarlo, en vano.

El guerrero agarró sus manos y las colocó sobre la cabeza de Sophie, que temía ser víctima de la ira del muchacho en forma de violación.

—Sí, borracho por tu maldita culpa, por tu engaño, por tu traición y porque jamás había odiado a mi hermano como lo hago ahora por amarte también, porque jamás habrías sido mía. Lo sé. Lo he visto también en tus ojos.

—Estás diciendo tonterías, Edwin —dijo a la desesperada.

El joven sonrió de lado y tiró de ella para después empujarla contra la escasa paja del suelo. Sophie lanzó una exclamación de dolor, aunque también por el miedo que le provocaba la situación. Intentó aprovecharse de la torpeza de Edwin por la borrachera y levantarse del suelo para escapar, sin embargo, a pesar de todo, el joven era más fuerte y rápido que ella y logró atraparla antes de que Sophie llegara a los barrotes de la celda. Edwin la abrazó por detrás y la besó en la base del cuello.

—Edwin, por favor, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

—¿Arrepentirme? —La mordió levemente en el cuello—. Siempre he deseado saber qué se siente al yacer con alguien a quien amas.

Sophie intentó soltarse.

—Estás borracho, no sabes lo que haces.

Sin embargo, Sophie no fue escuchada y se vio de nuevo empujada contra el suelo, aunque esta vez Edwin cayó sobre ella y silenció las quejas de la joven

con su propia boca.

—¡Suéltame! —gritó Sophie.

La joven intentaba soltarse, pero Edwin la sujetaba con fuerza hasta que una voz retumbó entre las vacías celdas de la mazmorra.

—¿Eso es lo que te enseñó nuestro padre, a violar a una mujer indefensa?

Edwin, al escuchar la voz de Gael, pareció volver en sí y miró con extrañeza a Sophie, que se había quedado paralizada. Con la mente aún embotada, el guerrero levantó la mirada para toparse con los ojos inyectados en odio de su hermano, que lo miraba como si estuviera a punto de sacarlo de allí a rastras.

Con la lentitud propia de la borrachera, Edwin se separó de Sophie, que respiraba enérgicamente al haber luchado contra él. La joven, al verse libre, se sentó rápidamente y se apartó de él. Edwin la miró avergonzado y en silencio.

Dio un paso hacia atrás y volvió a mirar a su hermano.

—Será mejor que vayas a acostarte y mañana reflexiones sobre esto —dijo Gael con la mandíbula contraída.

Edwin asintió en silencio y miró a Sophie con el arrepentimiento en los ojos para después tomar la antorcha de la pared y regresar por el mismo camino por el que había llegado.

El silencio se instaló entre Gael y Sophie, que únicamente se miraban como dos extraños que no tenían nada que decirse. En ese momento, Sophie recordó su beso y las palabras de Edwin hacía unos instantes. Le había dicho que Gael sentía algo por ella, aunque no sabía si creerlo, ya que podía haberlo dicho únicamente para hacerle daño.

—Gracias —murmuró la joven—. Es la segunda vez que me libras de una violación.

Gael movió la cabeza casi imperceptiblemente y Sophie se dio cuenta de que estaba conteniéndose por algo, ya que aferraba su antorcha con tanta fuerza

que sus nudillos estaban blancos.

—¿Has reflexionado sobre el robo? ¿Vas a contarme qué quiere Sutherland?

Sophie suspiró.

—No sé de qué me hablas, de verdad. Yo... —Gael entornó los ojos— no he hecho nada.

Gael respiró hondo y se aferró a los barrotes de la puerta para cerrarla.

—Entonces permanecerás aquí hasta que cambies de opinión.

Sophie se vio de nuevo encerrada y sola. El estómago se le había cerrado de golpe, y ya ni siquiera tenía un resquicio de luz para poder ver dónde estaba la comida, por lo que decidió tumbarse de nuevo y esperar a que el tiempo pasara rápido o tuviera las suficientes agallas para contar la verdad.

Un fuerte ruido la despertó de golpe. Desconocía la hora que era o si se había hecho de día, aunque tenía la sensación de haber dormido durante días. Su cuerpo estaba entumecido por el frío y la incomodidad del suelo, y necesitó un minuto largo para poder desperezarse y levantarse.

La suave luz de una antorcha iluminó el pasillo de las celdas y Sophie se acostumbró poco a poco a esa claridad. Pensó que el día había llegado y alguien le llevaba el desayuno o tal vez Gael volvía a la celda para preguntarle por lo sucedido con el colgante.

Sin embargo, su sorpresa fue inmensa cuando la persona que portaba la antorcha paró frente a los barrotes de la celda. Sophie frunció el ceño, desconfiando de las intenciones de aquella mujer.

—¿Qué tal se duerme en las mazmorras?

Leslie sonrió frente a ella y levantó el mentón con aires de superioridad, como si todo el castillo fuera suyo. Sin embargo, Sophie no se achantó ante ella y dio unos pasos hacia la joven. Habría deseado no tener los barrotes entre ellas para así estar al mismo nivel en lugar de parecer más pequeña tras ellos.

Sin saber por qué, aquella joven se había hecho su enemiga desde el primer momento en el que se vieron. Sabía que debía tener cuidado con ella, pero no le tenía miedo. Durante toda su carrera se había cruzado con innumerables compañeros que habían deseado su puesto y habían hecho lo posible para que ella cediera y se marchara del trabajo, pero aquello la había hecho más fuerte y lista para competir, tal y como debía hacer con Leslie.

—Cuando me dijeron que la forastera había robado el colgante del *laird* me quedé muy sorprendida, lo reconozco.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Sophie.

Leslie no contestó, tan solo se limitó a sonreír y a dar un paso hacia adelante.

—¿Cómo lo has hecho?

—Yo no lo he robado —se defendió Sophie.

—Lo sé, por eso quiero saber cómo llegó ese colgante a tus manos.

Sophie frunció el ceño.

—¿Sabes que yo no lo he robado?

Leslie volvió a callarse y aquello fue lo único que necesitó Sophie para encajar las piezas que le faltaban al puzzle. La joven abrió la boca y acertó la distancia que la separaba de los barrotes. Se aferró a estos sin quitar la mirada de los ojos de Leslie, que parecían decir la verdad a gritos. De golpe, el recuerdo de la luz extraña en el despacho, el colgante misterioso, las palabras de Elspeth sobre Leslie y la ruptura de la joven con Gael le dijeron quién era la verdadera culpable del robo que, estaba segura, no se había producido el día anterior, sino un día antes de que Sophie viajara en el tiempo. Todo estaba conectado, y su corazón le indicaba que así era.

—¿Fuiste tú? —preguntó sin dejar de mirarla para ver su reacción—. Tú lo robaste hace días, pero hasta ayer no lo habían descubierto porque Gael estuvo de viaje en tierras de los Sutherland.

La sonrisa de Leslie desapareció al instante y su gesto se volvió tan iracundo que Sophie temió que le quemara la cara con la antorcha. Sin embargo, no se movió ni un ápice de donde estaba. Tan solo se limitó a mirar a aquella joven de la que habían dicho que era hechicera. Sophie nunca había creído en la magia y hechicería, pero desde que había viajado en el tiempo su mente recibía y procesaba positivamente cualquier información.

—No tienes pruebas, maldita zorra —siseó la rubia.

—Lo robaste e hiciste algo para que apareciera en mis manos.

—¡Eso no debió pasar jamás! —vociferó Leslie desesperada—. Quien tuviera el colgante se ganaría el amor de Gael. ¡Debía pender de mi cuello, no del tuyo!

Sophie bufó.

—Así que es eso... Lo hechizaste para que Gael volviera a quererte...

—Él me ama. Jamás conseguirás su corazón, maldita. Tu muerte está escrita.

Te condenarán por el robo y morirás en el patio del castillo. Y cuando así sea, volveré a hacer lo que haga falta para conquistarlo. ¡Gael es mío!

Los ojos de Leslie parecían a punto de salirse de su órbita. La joven desprendía tal locura que Sophie se sorprendió de que nadie en ese castillo se hubiera dado cuenta de su obsesión por el *laird*.

—La verdad saldrá a la luz. Te lo juro —amenazó Sophie.

Leslie volvió a sonreír como si nada hubiera pasado.

—Nadie creerá a la extranjera. Todo el mundo me conoce desde hace años.

—También conocen tu traición anterior.

—No me das miedo, zorra francesa. ¡Gael es mío! Y si tengo que matarte con mis propias manos para que desaparezcas y el hechizo se rompa, así lo haré.

Tenlo por seguro.

Leslie se dio media vuelta para marcharse, aunque la voz de Sophie la detuvo unos instantes.

—Tal vez logres tu objetivo con Gael, pero la pasión que empleó ayer para besarme no creo que la tenga también contigo.

Sophie sonrió cuando Leslie apretó con fuerza la antorcha. Ni siquiera se giró hacia ella, mantuvo la mirada al frente, aunque Sophie supo que había apretado con fuerza la mandíbula y una intensa ira la recorría de arriba abajo. Con la espalda recta, Leslie volvió a retomar sus pasos hacia la escalinata de la mazmorra, dejando de nuevo sola a Sophie, aunque con un regusto demasiado dulce en los labios tras descubrir la identidad de la verdadera ladrona.

La joven suspiró y se retiró de los barrotes con una idea en la cabeza. Solo esperaba que todo saliera bien y no la condenaran por loca después de contar toda la verdad...

CAPÍTULO 10

Tras la marcha de Leslie de las mazmorras, al cabo de media hora la puerta volvió a abrirse. En ese momento, Sophie repasó mentalmente una y otra vez toda la historia en su cabeza para no dejarse nada en el tintero. Estaba decidida a contarlo todo, especialmente después de escuchar las palabras de Leslie. Ella no estaba dispuesta a pagar por culpa de la rubia, así que en su cabeza solo rondaba la idea de contar toda la verdad, aunque después la tildaran de loca.

Cuando los pasos de alguien se hicieron más sonoros y cercanos a la celda, Sophie se puso nerviosa. Estaba a punto de jugarse la vida a una historia cuanto menos sorprendente y poco creíble que incluso a ella le estaba costando un mundo admitirla. Cuando la persona que llevaba el desayuno apareció frente a ella, Sophie lo reconoció y en parte la ayudó a reafirmar su idea. Donald Sinclair estaba frente a ella. El autor del libro que había leído en el despacho justo antes de la aparición del colgante en su tiempo la miraba como si tuviera frente a él a una asesina. Sin embargo, no le importó a la

joven, que esbozó una tímida sonrisa. Le habría encantado decirle que haría lo posible para que Gael no perdiera la razón y su clan se fuera a la ruina. De hecho, no se había dado cuenta de que con la aparición del colgante, la historia que había leído había cambiado por completo.

—Necesito hablar con tu *laird* —dijo Sophie, temerosa de que aquel hombre no quisiera hacer caso a su reclamo.

—Mi señor no va a atenderos.

La joven frunció el ceño.

—¿No quiere escuchar la verdad de lo sucedido con su colgante?

El gesto del hombre cambió por completo. Pasó de la ira a la sorpresa, incluso su ceja izquierda se levantó, susceptible de que aquella mujer le estuviera diciendo la verdad.

—Si intentáis engañarme, no lo vais a conseguir.

—Llévame ante Gael y Edwin. Necesito contarles la verdad. —Sophie esperó unos momentos—. Por favor...

Tras chasquear la lengua, Donald sacó un manojito de llaves y abrió el cerrojo de la celda. Antes de que Sophie diera un paso hacia su libertad, el guerrero sacó

una daga del cinto que provocó que la joven diera un paso hacia la oscuridad de la celda, temerosa de que fuera a matarla a sangre fría.

—Si intentáis escapar, os clavaré la daga hasta la empuñadura. Y me da igual que seáis una mujer.

Tras escuchar la amenaza, Sophie tragó saliva. No había pensado en escapar en ningún momento, tan solo aclarar la verdad, ya que su corazón deseaba que Gael la creyera, que no le guardara odio, aunque decidiera echarla del castillo y de su vida para siempre. No obstante, su propia mente se preguntó el motivo de tan tremendo interés por Gael, y la imagen del guerrero besándola volvió a acecharla en la oscuridad.

Sophie sacudió la cabeza para sacarse aquellos pensamientos de la mente.

Debía tener la cabeza bien fría si quería que todo saliera como esperaba. Y se decidió a dar un paso al frente intentando no mirar la punta de la daga, aunque Donald se encargó de agarrarla del brazo y amenazarla con el puñal en el costado.

—No voy a escapar.

—Tampoco pensábamos que habíais venido a este castillo a robar, muchacha.

Sophie se limitó a callar, aunque le habría deseado decirle unas cuantas cosas.

El camino hacia el despacho de Gael se le hizo eterno. La visión de las armas de tortura volvió a provocarle escalofríos, aunque enseguida las olvidó cuando el aire limpio, puro y agradable del aire que entraba por la puerta principal le dio en el rostro.

Jamás había imaginado que se vería desprovista de algo tan crucial como el aire puro, pero después de pasar tantas horas respirando el aire viciado y mohoso de la mazmorra sonrió.

Cuando estaban a punto de alcanzar el despacho de Gael, Edwin se cruzó por sorpresa con ellos. Sophie bajó la mirada y la desvió, incómoda con él a pesar de querer contarle también la verdad. La imagen de un Edwin borracho y a punto de violarla era algo que pretendía olvidar en cuanto estuviera en libertad. Sin embargo, en ese momento era tan fresco el recuerdo que sintió una punzada de dolor al pensar que aquel a quien consideraba un amigo dentro de ese lugar había intentado forzarla por una equivocación.

Edwin carraspeó, incómodo, y se dirigió a Donald.

—¿Qué ocurre?

—La muchacha ha decidido hablar.

Sophie levantó entonces la mirada y la fijó en Edwin, que asintió casi imperceptiblemente y abrió la puerta del despacho donde se encontraba su

hermano.

—Ya me ocupo yo, Donald.

El aludido asintió en silencio y se dio media vuelta para regresar a su puesto en la muralla.

Cuando se quedaron a solas, Sophie desvió la mirada hacia el interior de la habitación, donde vio la sombra de Gael proyectada en el suelo. En ese momento, sintió la necesidad de huir, ya que una parte de ella no quería contar la verdad.

Sophie dio un paso atrás cuando la mano de Edwin se posó sobre su hombro para invitarla a pasar al despacho. Después lo miró con el ceño fruncido y comprobó que estaba tremendamente avergonzado con su comportamiento, pero la joven aún tenía muy reciente su desencuentro.

Intentando no tocarlo, Sophie se internó en el despacho y de reojo vio que Edwin también lo hacía y cerraba después la puerta tras de sí. Gael se encontraba mirando por la ventana con los brazos cruzados. Desde allí lo vio tremendamente hermoso. Sus músculos podían verse a través de la fina camisa blanca que llevaba puesta y Sophie lo recorrió hasta llegar a sus pantorrillas, que asomaban por debajo del *kilt*.

La joven sintió fuego en la cara tras echarle un vistazo y perdió por completo el hilo de la conversación mental que había formado dentro de ella para referirles la verdad de los hechos.

—Creo que nuestra... invitada tiene algo que decirnos, hermano —dijo Edwin.

Gael respiró hondo y se dio la vuelta lentamente, provocando una maraña de sensaciones en Sophie, que estuvo a punto de saltar en sus brazos, ya que esa mañana estaba realmente guapo, o al menos así lo veía ella, que no le importó la peligrosidad que derrochaba mientras sus ojos la recorrían de arriba abajo para comprobar el estado en el que se encontraba.

Detuvo la mirada unos segundos en las ojeras de la joven y frunció el ceño.

Después, se dirigió hacia la mesa y le ofreció asiento a Sophie, que, con paso torpe y nervioso, se sentó frente a él, aunque Gael siguió de pie. El hermano de este rodeó la mesa y se sentó sobre esta al lado del jefe.

Sophie volvió a admirar el gran parecido entre los hermanos, aunque las expresiones de los rostros de ambos eran muy diferentes. La joven bajó la mirada. Se había perdido de nuevo por otros caminos, así que se obligó a sí misma a volver al presente y al tema que los había reunido allí.

—¿Y bien?

Gael llamó su atención, por lo que se vio obligada a levantar la mirada hacia él. El color ámbar de sus ojos la atrapó y durante unos momentos pareció que quería leerle el pensamiento. Sin embargo, la joven carraspeó y comenzó a hablar.

—Me resulta muy complicado decir esto porque incluso a mí me resulta inverosímil. —Edwin miró a Gael levantando una ceja—. Pero me gustaría que hicierais memoria y recordarais la ropa con la que me encontrasteis.

—Era muy extraña —apuntó Edwin mientras asentía.

—Es extraña porque aún no se ha inventado. —Sophie suspiró—. A ver... Mi vida hace poco más de una semana era casi perfecta. Tenía un trabajo con el que ganaba mucho dinero, un prometido que había dejado de quererme hacía tiempo

—No vio cómo apretaba Gael los puños—, amigos, familia... Pero no era feliz.

Necesitaba un cambio en mi vida para encontrarme a mí misma, así que una amiga me habló de un castillo en Escocia que estaba en venta.

Ambos hermanos fruncieron el ceño.

—¿Un castillo en venta? No te entendemos, muchacha.

—Viajé hasta este país en busca de ese cambio y compré ese castillo. —La joven no sabía cómo continuar, pero fijó su mirada en Gael—. Esa misma

noche, mientras leía un libro en el que hablaban del clan y el *laird* al que había pertenecido ese castillo salí un segundo del despacho para comprobar algo y fue en ese momento cuando apareció una luz muy fuerte de repente y algo cayó al suelo. Cuando volví a entrar, el colgante que os habían robado estaba en el suelo en medio de la habitación. Me llamó la atención porque hacía solo unos minutos había leído en ese libro que al jefe de ese clan y dueño de ese castillo le habían

robado una joya exactamente igual.

Gael frunció el ceño y se inclinó sobre la mesa para apoyarse en ella.

—Sé más clara, muchacha. ¿A qué clan pertenecía el castillo que compraste?

Sophie los miró alternativamente mientras inspiraba varias veces.

—Al clan Sinclair.

Gael y Edwin cruzaron una mirada antes de volver a girar sus cabezas hacia la joven, cuyas manos comenzaron a temblar incontrolablemente.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? Este castillo ha pertenecido a nuestra familia durante siglos. Y es el único castillo de este clan. Nunca lo hemos vendido.

Sophie tragó saliva y levantó más la cabeza.

—Es que no me estoy refiriendo a este tiempo... Yo nací en el año 1994 y este castillo lo compré en el año 2019.

Tras varios minutos en silencio después de escuchar las sorprendentes palabras de Sophie y que Gael aprovechó para observarla fijamente, Edwin bufó y se alejó de la mesa mientras soltaba una suave risa. El joven se llevó las manos a la cara hasta que se decidió a mirarla de nuevo, esta vez con una expresión iracunda en el rostro.

—¿Ahora pretendes engañarnos con trucos de brujería? —vociferó mientras se apoyaba en el brazo de la silla en la que estaba sentada Sophie—. ¿Se puede saber por quién nos tomas, muchacha?

Edwin levantó una mano, amenazante, que hizo que Sophie se irguiera más en su asiento y lo mirara fijamente.

—¡Edwin! —gritó Gael—. Déjala terminar.

—Pero ¿de qué hablas? ¿De verdad te vas a creer esa fantasía? Solo quiere volver a reírse de nosotros y librarse del castigo.

—¡Solo cuento la verdad! Te digo que a mí también me resulta increíble, pero es cierto. Por eso os he recordado mi ropa antes de comenzar. ¿Alguna vez has visto algo así?

—Por favor, hermano, no la creas. Está loca.

Gael se incorporó y miró a Edwin y Sophie alternativamente.

—Me sorprende tu cambio de impresión respecto a ella, hermano.

—¡Y a mí me sorprende también el tuyo! ¿La vas a defender ahora? El verdadero Gael no la habría escuchado ni habría dado crédito a una historia semejante. ¿Cuándo la vas a meter en tu cama?

—¡Ya basta, Edwin! —vociferó Gael—. Si tienes algún problema conmigo, lo resolveremos después.

Y señaló a Sophie, que estaba muda ante la pelea entre los hermanos, ya que no deseaba ser ella el tema de enfado entre ellos.

—¿Y bien?

—Bueno... decidí ponerme el colgante e intentar descubrir algo después, pero al día siguiente, me perdí en una tormenta y no pude regresar al castillo. Intenté buscar ayuda cuando de repente el colgante empezó a iluminarse y a quemar.

Intenté quitármelo, pero no pude y me sentí que me desmayaba. Cuando desperté, no sabía dónde estaba. Era de noche y solo anduve por el bosque hasta que me topé con vosotros. No sé qué pasó ni por qué, pero estoy aquí,

en el mismo castillo que compré, pero siglos antes y solo quería devolver el colgante antes de que te dieras cuenta de que alguien lo había robado. Por eso estaba en tu dormitorio cuando me encontraste. No quería que me culparan de algo que no he hecho.

—¿Y quién crees que lo robó? —le preguntó Gael.

Edwin soltó el aire de golpe, enfadado porque su hermano parecía creer la historia de esa mujer.

—No es que lo crea, es que me lo confirmó esta misma mañana —dijo Sophie

—. Fue Leslie.

—¿Eres consciente de que lo que nos has contado es... complicado?

—Lo sé —asintió tras suspirar—, pero es la verdad. Yo no quería venir a este castillo, solo deseaba encontrar la manera de regresar a mi tiempo, a mi hogar.

Me da igual si no me creéis, pero tú querías que te contara la verdad y por qué me había cruzado en vuestro camino. Ahí tienes la respuesta. Tú eres el único que puedes tomarla o volver a encerrarme y culparme de haberme cruzado en vuestro camino.

Gael suspiró y fue hacia la ventana. Frente a ella se cruzó de brazos y estuvo unos minutos pensativo mientras observaba las nubes negras que se aproximaban a la orilla.

—Cuando era pequeño, Elspeth me contó una historia sobre las brujas que hacían hechizos para conseguir algo a cambio —dijo más para sí que para el resto. Después se volvió y miró fijamente a Sophie—. Te voy a dar un voto de confianza, muchacha. Haré lo imposible para descubrir si es cierto lo que nos has contado. Y, por tu bien, espero que así sea. Ahora, Edwin te acompañará de nuevo a tu habitación.

El aludido lo miró, sorprendido, pero tras un carraspeo obedeció a su

hermano.

Cuando por fin se quedó solo en el despacho, Gael se sentó en el asiento que había bajo la ventana y suspiró. Tenía frente a sí el mayor dilema al que se había enfrentado desde que había tomado el mando del clan. Por un lado, estaba su hermano, por otro, la mujer a la que había amado tiempo atrás y que tanto daño le había hecho y, finalmente, estaba aquella mujer cuyo misterio acababa de conocer y que lo atraía de tal forma que sentía que en cualquier momento iba a perder la cabeza por ella. Y lo peor de todo es que sentía que también iba a perder a su hermano, pues estaba realmente dolido tras descubrir sus sentimientos hacia Sophie.

—¿Qué debo hacer, padre? —preguntó retóricamente—. Tú sabrías qué es lo más justo para todos.

Sabía que la joven tenía razón. Algo dentro de él lo animaba a creer la inverosímil historia de Sophie y, conociendo cómo era Leslie, era más que probable que la joven estuviera detrás del robo, pero ¿por qué? ¿Qué pretendía conseguir al robar la joya de su familia? Y entonces lo recordó. Cuando aún estaban prometidos, un día le enseñó el colgante a Leslie y esta vio de dónde lo cogía. Era la única que había visto su escondite, ya que ni siquiera Edwin lo conocía. La idea de una nueva traición por parte de Leslie comenzó a surgir en su mente y su corazón clamaba venganza, ya no solo por el robo, sino por haber dejado que una inocente estuviera a punto de pagar sus faltas.

—¿Se puede saber por qué la has creído?

Su hermano Edwin entró al despacho de nuevo como una exhalación, cerrando de golpe tras de sí. El joven se acercó a Gael con paso firme.

—Estos días de atrás eras tú quien la defendía...

—Porque yo...

—La amabas, lo sé —lo cortó secamente—. ¿Ya no lo haces?

El silencio reinó tras formular aquella pregunta. Gael lo miró fijamente y

sacó sus propias conclusiones.

—La sigues amando, pero...

—Sé que te elegiría a ti —respondió de forma cortante—. Siempre a ti, hermano. Lo sé, lo he visto en sus ojos. Y sé que tú también la amas, así que no tengo nada que hacer.

—Podrías tratarla como merece, solo eso. Independientemente de lo que sientas.

—¿Me vas a dar ahora lecciones de cómo tratar a la gente, tú, que desde que los Sutherland nos declararon su enemistad y Leslie te engañó nos has tratado a todos como si fuéramos escoria?

Gael se levantó de su asiento y acortó la distancia que lo separaba de su hermano. Cerró los puños con fuerza, pero algo en su interior lo detuvo. Edwin tenía razón, pero su camino hasta entonces no había sido fácil.

—Es muy complicado ser el *laird* del clan y tener a tu espalda la protección de toda tu gente, especialmente con un enemigo como Sutherland. —Después se dirigió al lado contrario de la mesa del despacho y se sentó—. No voy a seguir discutiendo contigo por una tontería. Si amas a esa muchacha, díselo y que ella decida.

—No hace falta que lo pregunte.

—Pues entonces tema zanjado, hermano. Necesito que busques a Leslie. Creo que nos debe una explicación...

Cuando Sophie sintió alrededor de su cuerpo el agua caliente y limpia, no pudo evitar un largo suspiro. Después de toda una noche metida en las mazmorras, el olor a podredumbre se le había pegado a la ropa y al pelo y durante un instante pensó que necesitaría varios baños hasta que se le fuera por completo. Sin embargo, una de las doncellas, tras mirarla de reojo sin comprender por qué la habían soltado, le llevó unas sales con olor a lavanda que impregnaron su piel por completo, haciéndole olvidar la última noche.

Sobre la cama ya la esperaba un vestido de color gris en el que había una serie de flores bordadas en los ribetes y en la pechera del corpiño. La joven no podía creer que tuviera la oportunidad que vestir esas vestimentas tan increíbles que solo había visto en películas o series, y que ahora estaban al alcance de su mano.

Cuando por fin se sintió limpia, tomó la toalla que habían dejado a un lado de la tina y se la enrolló para salir del agua. Con el cuerpo aún goteante, se dejó caer sobre las sábanas y respiró hondo, dejando que sus músculos se relajaran y se dejaran envolver por la suavidad y comodidad del colchón hasta que unos nudillos tocaron en la puerta.

—¡Adelante!

La misma doncella entró en la habitación y le preguntó si había terminado su baño.

—Sí, gracias...

—Beth. Mi nombre es Beth.

—Pues muchas gracias, de verdad. Me gustaría salir a dar un paseo por los alrededores. ¿Me acompañas?

La doncella levantó la mirada, sorprendida por la invitación, pero enseguida asintió.

—El señor nos ha dicho que podéis salir de aquí, pero debéis estar atenta a su llamamiento.

En el rostro de la muchacha se dibujó una expresión de preocupación.

—No te preocupes, Beth. No me voy a escapar.

—Lo siento, es que no quiero perder mi puesto.

—Tranquila.

Con una sonrisa, la muchacha se despidió y le prometió esperarla en la puerta

del castillo para acompañarla a las afueras.

Tras quedarse sola, Sophie apartó la toalla de su cuerpo y se dispuso a vestirse. Aunque el lazo del corsé era el que más problemas le daba, Sophie aprendía rápido y finalmente logró atarlo. Aunque le apretaba ligeramente y a veces sentía que no podría respirar, Sophie se miró en el espejo y se dio la aprobación antes de abandonar el dormitorio y salir fuera de aquellos muros que

la habían mantenido retenida durante más de veinticuatro horas y que la hacían sentir que iba a ahogarse en cualquier momento.

Como había prometido, Beth la esperaba frente a la escalinata al lado de la puerta y cuando se giró le dedicó una tímida sonrisa. Sophie se la devolvió justo en el momento en el que por la puerta entraba Edwin acompañado de Leslie, cuyo rostro le dedicó todo el odio que guardaba en su alma, incluso la pobre Beth se apartó de ella y se santiguó disimuladamente.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Sophie.

Beth suspiró y la agarró del brazo para sacarla del castillo.

—Leslie es una mala persona. Todo el mundo dice que es una hechicera y ha aprendido varios encantamientos. Temo que me pueda convertir en un sapo si nos convertimos en enemigas.

Sophie amplió su sonrisa hasta que no pudo más y sus hombros comenzaron a sacudirse.

—¿Cómo te va a convertir en un sapo, Beth? —preguntó entre risas—. No escuches las habladurías de la gente.

—Ya... yo, por si acaso, la trato con respeto.

Dejó pasar unos segundos mientras se encaminaban hacia la muralla exterior.

—¿Y qué hará en el castillo acompañada de Edwin? —le preguntó Sophie sin poder aguantar los nervios que le había producido verlos juntos.

La doncella se encogió de hombros.

—El señor la requerirá para algo importante. Si no lo fuera, Leslie no pisaría el castillo para nada.

—Ya... —contestó Sophie con el alma en vilo mientras dirigió una mirada corta hacia su espalda.

CAPÍTULO 11

Leslie tragó saliva cuando Edwin le pidió que lo acompañara al despacho de Gael. Maldijo una y mil veces a la francesa, ya que temía que la hubiera delatado frente a los hermanos sobre el robo. Intentó descifrar el rostro del que había sido su cuñado, pero este mostraba una faz tan fría y distante que apenas pudo descubrir nada más que un odio que la descolocó.

Con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo y no hubiera hecho nada reseñable, Leslie apartó un caldero que tenía sobre el fuego y lo dejó a un lado. De reojo vio como Edwin se desesperaba con su tardanza y carraspeaba para llamar su atención. Cuando ya no pudo disimular más, Leslie se volvió hacia él y lo acompañó hasta la salida, no sin antes ponerse sobre los hombros una gruesa capa para luchar contra el intenso frío de la mañana.

Juntos cruzaron los patios de la fortaleza hasta que entraron en ella. En ese momento, Leslie miró hacia su izquierda y vio a Sophie con uno de los vestidos que había pertenecido a la que había sido su cuñada. Torció el gesto al verla tan bella. Era una buena competidora por Gael, por lo que le dedicó una mirada cargada de odio. Y esperó que el tema por el que la habían llamado no fuera el maldito colgante.

Edwin la acompañó a través del pasillo hasta el despacho, donde llamó antes de entrar y la invitó a pasar de forma cortés, aunque serio.

Sentado en la silla principal, como tantas y tantas veces lo había visto, la esperaba un tenso y serio Gael, al que le dedicó la mejor y más atrevida de sus sonrisas. Con paso lento e insinuante, Leslie se aproximó a la silla que le indicó Gael y se sentó. Después cruzó las piernas e inclinó sensualmente el

pecho hacia abajo mientras miraba a los ojos del que había sido su prometido.

A su lado, Edwin también tomó asiento y ambos esperaron a que el jefe del clan tomara la palabra en primer lugar.

—¿Sabes por qué estás aquí, Leslie? —preguntó Gael mientras se apoyaba en la mesa.

—Supongo que tu necesidad de verme era irresistible —respondió mientras se tocaba la tela del escote y apartaba ligeramente el encaje para dejar al descubierto su piel blanca.

Gael carraspeó, incómodo por la situación. Hacía tiempo que le desagradaba la compañía de Leslie y, aunque su hermano se encontrara presente, por un momento deseó no ser él el jefe del clan para evitar a la joven.

—Supongo que sabrás que hace unos días nos habían sustraído un colgante muy importante para nuestra familia. Ha ido pasando de generación en generación entre las mujeres de los *lairds* y... —Gael carraspeó— habría pasado a manos de mi esposa en caso de tenerla.

Leslie sonrió y asintió.

—Recuerdo que me lo enseñaste y me contaste la historia hace tiempo. Y sí, una de mis vecinas que contó lo del robo y me dijo que había sido la forastera, a la cual, por cierto, me han dicho que has dejado libre. ¿Es cierto?

Para Gael no pasó desapercibido el tono imperativo y celoso de Leslie, que había dejado caer ligeramente el muro de piedra que había construido a su alrededor para evitar que leyera sus sentimientos.

Gael suspiró e intentó buscar las palabras exactas con las que poder dirigir la conversación. Conocía a Leslie, y sabía que podía valerse de una inteligencia y un control sobre sus movimientos y sus palabras para convencer a cualquier que no había visto en ninguna otra mujer.

—He comprobado su versión y la de otras personas hasta llegar a la conclusión de que es inocente —mintió.

El rostro de Leslie cambió por completo. Su sonrisa desapareció de golpe, frunció el ceño y agarró con tanta fuerza el brazo de la silla que sus nudillos se volvieron blancos de repente.

—¿La has soltado para que vuelva a robarnos o, peor, a matarnos?

—No veo por qué puede matar a nadie esa mujer. Apenas nos conoce.

—¡Esa extranjera es el demonio! —vociferó levantándose de la silla con tanto brío que estuvo a punto de tirarla a sus pies—. ¡Tu deber como jefe de este clan es impartir justicia! ¡Ella debe pagar!

Gael se levantó de la silla con lentitud, calculando todos y cada uno de sus movimientos y mantuvo la mirada fija durante todo el rato en Leslie, que parecía estar a punto de arrancarse los ojos.

—Entonces consideras que la culpable debe morir en el patio para cumplir nuestras normas.

Leslie dio un golpe con las manos en la mesa y acercó el rostro a Gael.

—¡Por supuesto! Aquí no aceptamos a ladrones.

—¿Y si fueras tú la acusada? ¿Aceptarías morir?

Leslie calló durante unos segundos. El color desapareció de su rostro y su boca se abrió en una exclamación, aunque sus labios no pronunciaron palabra alguna. Sus ojos miraron fijamente a Gael, intentando adivinar si sabía que ella era la verdadera culpable del robo y no Sophie. Sin embargo, Gael se había cerrado en banda y no pudo adivinar si sabía la verdad.

Leslie tragó saliva y se apartó ligeramente de él.

—Yo jamás te haría eso, mi amor. Yo te adoro —dijo con voz suave.

Gael vio de reojo como su hermano elevaba una ceja y la miraba, escéptico.

—Lo sé, Leslie —dijo intentando ser comprensivo—. Por eso quiero ver tu

verdadera lealtad al clan y a mí.

—Haré lo que quieras —contestó enseguida la joven.

—Aún tengo dudas sobre la extranjera y necesito que la vigiles, así sabremos quién es el ladrón.

Leslie esbozó una sonrisa sincera. En su locura había caído en la trampa que había ideado Gael mientras la esperaba en el despacho. Su hermano lo miraba como si el loco fuera él y no aquella hechicera, ya que no entendía qué pretendía Gael con esa artimaña y dudaba sobre si daría el resultado deseado.

Leslie, como si de una niña se tratase y aún estuviera comprometida con Gael, rodeó la mesa y lo abrazó con fuerza para después depositar un suave beso en sus labios, que no fue correspondido por él. No obstante, la joven se apartó con la sonrisa aún en el rostro y miró a Edwin entusiasmada.

—Volveremos a ser uno, mi amor —afirmó antes de desaparecer por la puerta mientras una risa suave la envolvía.

Edwin volvió a levantar una ceja y separó las manos de forma interrogante.

—¿Puedo saber a qué ha venido eso? ¿Piensas volver con ella?

—Jamás —sentenció muy serio—. Había pensado acusarla directamente, pero

estaba seguro de que lo negaría en rotundo y acusaría a Sophie. Todo el mundo la creería porque la conoce y tienen miedo de ella y de sus hechizos. Así que he pensado un plan rápido mientras veníais para alejar de ella el peso del robo. Solo así se mostrará con Sophie con su verdadera cara. Seguramente se jactará de que no he creído su historia y hará lo posible para vengarse.

—Entonces habrá que tener protegida a Sophie, ya que podría estar en peligro si Leslie va a su encuentro.

Gael asintió muy serio.

—Sí, ve a su dormitorio y vigila sus salidas.

Edwin arrugó la frente y un gesto de preocupación apareció de repente. El joven guerrero tensó su cuerpo de golpe y soltó el aire con fuerza.

—¿Qué ocurre?

—Demonios... —susurró—. Sophie salía del castillo con Beth cuando Leslie y yo entrábamos.

Gael llevó una mano a la empuñadura de la espada.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí —respondió mientras se acercaba a la puerta con Gael.

—Por Dios, esa muchacha está en peligro... —exclamó con el corazón en un puño cuando comenzó a correr por el pasillo.

Sophie no podía creer que el simple hecho de dar un paseo y escuchar los sonidos de la naturaleza le pudieran aportar tanta calma y sosiego. Después de pensar que estaba condenada a vivir encerrada o a morir, lo que tenía frente a sí parecía cobrar más importancia aún.

—Voy un momento a... en fin, ya sabéis —le dijo Beth con el rostro enrojecido.

Sophie sonrió al ver a la joven doncella tan avergonzada por algo tan común y normal como ir a hacer pis. Asintió en silencio y enseguida se giró de nuevo hacia la inmensidad del océano.

Beth le había prometido llevarla a un lugar que solo conocían la gente del castillo, ya que era de difícil acceso y cualquier que no conociera el terreno podría caer por las rocas y morir. Desde que habían dejado atrás la muralla del

castillo se habían alejado de esta unos cincuenta metros y habían llegado a un estrecho sendero que las llevó, efectivamente, a un lugar asombroso. Ahora se encontraban en la orilla del mar disfrutando de la suave brisa que llegaba a

la costa, aunque el intenso frío era el único que empañaba el hermoso día.

Sophie se sentó sobre una roca mientras esperaba a Beth, que volvió a subir por el estrecho sendero con prisa, dejándola sola y disfrutando del único momento de soledad placentera que había tenido desde que había viajado al pasado. Se habría quedado allí para siempre si no fuera por la hostilidad que le mostraban y porque algo dentro de ella no soportaba ver a Gael y no tirarse a sus brazos, especialmente desde que la besó en su alcoba, algo que no se le iba de la cabeza.

Sonrió al pensar que se encontraba en la misma situación que días atrás cuando aún estaba en Francia y había decidido irse sola a Calais. Todo había pasado demasiado deprisa, incluso para ella, que estaba acostumbrada a vivir rápido debido al estrés del trabajo. Y ahora que se encontraba frente al mar, disfrutando del sonido suave de las olas al chocar contra las rocas, Sophie meditó cuál era su situación en ese momento. A pesar de no querer reconocerlo, sentía una atracción inesperada por ese dichoso gigante que solo le había traído dolores de cabeza, pero esa no era su tierra ni su tiempo. Apenas conocía nada de ese siglo y no estaba segura de si llegaría un momento en el que podría acostumbrarse a vivir allí.

Pero un pensamiento provocó que su desazón fuera en aumento. Cuando Gael tuviera a su culpable y ella fuera liberada, ¿qué sería de ella? No tenía a dónde ir ni a quién acudir. Estaba totalmente sola, sin dinero ni nada para poder empezar una vida en ese siglo. Y aquella soledad hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Durante un instante, Sophie cerró los ojos para centrarse únicamente en los sonidos de su alrededor, pero un grito a su espalda la sorprendió y la obligó a abrir los ojos. Al instante, giró la cabeza en dirección al grito y vio, horrorizada, que Beth caía por el sendero y se despeñaba por un terraplén hasta unas rocas de difícil acceso desde la orilla.

—¡No! ¡Beth!

Sophie corrió hacia una pequeña roca desde donde podía ver el lugar en el que había caído Beth y gritó horrorizada al ver el cuerpo de la doncella en una postura demasiado rara y lo que parecía ser una herida en el vientre

donde

sangraba abundantemente y, al instante, una sombra en lo alto del sendero llamó su atención.

Sophie miró hacia allí y vio, entre la niebla, el cuerpo de Leslie con una daga chorreante de sangre entre las manos. Supo entonces que la doncella había muerto a manos de aquella mujer y después la había empujado para despeñarla y así no dejar testigos de lo que tuviera en mente.

La joven tragó saliva e intentó buscar alguna otra salida desde la playa mientras Leslie bajaba lentamente y limpiaba la daga con un pañuelo que sacó de entre sus ropas.

—¿Por qué la has matado? —gritó Sophie.

Leslie sonrió y se encogió de hombros, restándole importancia.

—¿Qué más da? La vida de una simple doncella vale menos que una boñiga de caballo.

—Gael te matará por esto y por el robo —la amenazó Sophie.

Leslie comenzó a reír con los ojos desorbitados. En ese momento, Sophie fue consciente de que la joven se había vuelto loca por volver a conseguir el amor de Gael y por haber jugado con fuego en los últimos años.

—¿Sabes? —preguntó la rubia cuando llegó al final del sendero y pisó las piedras pequeñas de la playa—. Gael no ha creído tu historia y me ha pedido que te vigile. Pero no soy la niñera de nadie, así que he pensado que lo mejor es quitarte del medio.

Leslie le enseñó la daga, ya limpia de la sangre de Beth.

—Cuando vuelva al castillo, lógicamente con el rostro lleno de lágrimas, iré a Gael y le diré que he visto cómo matabas a la pobre Beth para intentar escapar del castillo y que en el camino te encontraste conmigo, pero al intentar detenerte tuve que matarte... Y yo tendré el camino libre para ser feliz de nuevo con Gael.

—Estás loca —le dijo Sophie—. Nadie te creerá.

—Puede ser, pero tú ya estarás muerta. Nadie se interpondrá en mi camino, y menos alguien como tú.

—Te recuerdo que estoy aquí gracias a ti.

—El hechizo salió mal. El colgante debió quedarse conmigo y así enamorar de nuevo a Gael, pero tú jamás estarás a su lado. No si yo puedo impedirlo.

—Antes tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Sophie, a pesar del temblor de sus manos al verse desprotegida y sin armas con las que defenderse, logró esquivar el filo de la daga, que pasó cerca de su estómago. La joven maldijo el vestido, pues con ese tipo de vestimenta era imposible manejar una situación tan complicada como esa.

—No podrás contra mí, maldita zorra extranjera.

Leslie atacó de nuevo, algo que Sophie ya estaba esperando, así que la empujó contra las piedras y la dejó caer. No esperó para ver si había perdido el conocimiento o se había levantado de nuevo. Tan solo echó a correr hacia el sendero que hacía una hora había bajado con Beth tan alegremente y ahora todo se había echado a perder. Sin embargo, no llegó muy lejos, ya que sintió que algo tiraba con fuerza de su pelo y la empujaba hacia atrás con brutalidad hasta que la hizo caer contra las piedras de la playa.

Sophie lanzó un grito de dolor y terror cuando vio sobre ella la sombra de Leslie con la daga preparada y dispuesta a clavarla en su cuerpo, pero Sophie levantó la tela de su falda y le propinó una patada en la mano que le hizo soltarla al instante.

—¡Maldita seas! —gritó Leslie desesperada mientras intentaba buscarla entre las piedras.

Sophie aprovechó la oportunidad para ir hacia el agua. Supuso que en aquella época no todo el mundo sabía nadar, así que se lanzó de lleno al mar. Una

exclamación de sorpresa salió de entre sus labios cuando las heladas aguas entraron en contacto con su piel, sin embargo, la necesidad de supervivencia pudo más e intentó internarse más en el agua, pero Leslie se lanzó contra ella, chocando con su cuerpo y provocando que perdiera el equilibrio y cayera de golpe al agua.

Sophie sintió como si miles de cuchillos se clavaran en su cuerpo y su rostro cambió a una expresión de dolor cuando notó que la tela de su costado se abría y algo puntiagudo rajaba su carne. La joven intentó lanzar una exclamación de dolor, pero las olas y el peso del vestido la mecían y la hundían a pesar de hacer todos los intentos por volver a la orilla.

—¡Muere, maldita zorra! ¡Gael nunca será tuyo! Ese colgante jamás debió

llegar a tus manos —vociferaba Leslie mientras mantenía la cabeza de Sophie metida en el agua—. Jamás debiste poner sobre mí la sombra de la duda. Él no debe saber que fui yo quien lo robó.

Sophie sentía que el aire abandonaba sus pulmones segundo a segundo.

Intentaba apartar las manos de Leslie de su pelo, incluso intentó golpearla bajo el agua, pero le resultaba imposible. Sentía que las fuerzas la abandonaban, impidiéndole salir de allí con vida y reclamar la verdad a Gael. El dolor que tenía en su costado se hacía cada vez mayor debido a la sal marina y sus músculos comenzaron a entumecerse por el frío del agua.

Los insultos y las confesiones de Leslie en sus últimos instantes de vida llegaron a ella a través del agua, aunque lograba escucharlos perfectamente. La odió, lo hizo como nunca lo había hecho con nadie justo en el momento en el que sus pulmones comenzaron a fallar y ella sentía que perdía el conocimiento, por lo que no fue consciente de que la mano que sujetaba su pelo desapareció y la presión que ejercía sobre ella dejó de existir.

Cuando Gael y Edwin llegaron al exterior del castillo, preguntaron a los guardias si habían visto salir a Sophie y a Leslie, y en el momento en el que le confirmaron que esta última había seguido el sendero de la primera, los hermanos corrieron hacia el lugar que les habían indicado los guardias.

Gael se sintió desfallecer en el momento en el que llegaron al sendero y vieron el cuerpo destrozado de la doncella contra las rocas y como era mecido por las olas del mar hasta ser arrastrado poco a poco a las profundidades del océano sin posibilidad de recuperarlo en algún momento. Sin embargo, su corazón dejó de funcionar cuando vio que Leslie golpeaba a Sophie e intentaba ahogarla mientras ella era mecida por el mar en un vano intento para que soltara a la francesa.

Gael bajó por el sendero como una exhalación. No podía creer lo que sus ojos estaban viendo, aunque un pequeño alivio se formó dentro de él cuando vio que Sophie aún se movía debajo del agua. Sin embargo, fueron las palabras de Leslie las que le pusieron el pelo de punta.

—¡Muere, maldita zorra! ¡Gael nunca será tuyo! Ese colgante jamás debió llegar a tus manos —vociferaba Leslie mientras mantenía la cabeza de Sophie metida en el agua—. Jamás debiste poner sobre mí la sombra de la duda. Él no debe saber que fui yo quien lo robó.

Al instante, Gael se lanzó a por ella.

—¿Qué haces, Leslie? —vociferó mientras se internaba en el helado mar para agarrar a la joven y apartarla de Sophie, que se quedó quieta bajo el agua.

—¡Gael! —chilló la joven, sorprendida antes de hacerse la víctima—. Ha intentado matarme. He visto que mataba a Beth y yo solo he intentado defenderla.

El aludido la empujó contra Edwin, que la tomó del brazo y la sacó a rastras del agua antes de sujetarle las manos atrás y atarle las muñecas con una cuerda que llevaba colgada del cinto.

—¿Qué haces, Edwin? Me estaba defendiendo de esa loca.

—La loca eres tú, Leslie —le contestó el guerrero con el corazón en un puño tras descubrir la verdad—. Has intentado matar a una inocente.

—¡Yo no he hecho nada! —chilló, histérica.

Desde allí, miró hacia Gael con esperanzas de que hubiera muerto aquella mujer que había llegado para arrancarle una vida que creía que le pertenecía a ella.

Gael, con el rostro descompuesto por el terror, se hundió en el agua para sacar a flote el cuerpo inerte de Sophie.

—Vamos, respira, por favor —dijo desesperado.

La arrastró con prisa hacia la orilla y la depositó con suavidad en la arena, haciendo caso omiso a los gritos de Leslie.

—¡Llévatela a mi despacho!

Edwin asintió y no pudo evitar dejar la playa sin santiguarse y pidiendo al cielo que salvara a Sophie, ya que no podía perderla sin haberle pedido disculpas por todo.

Antes de quedarse solo, Gael sacó la daga de la bota y rasgó el corsé de Sophie, que aplastaba sus costillas y le impedía respirar con normalidad. Lanzó una maldición a Leslie por haber rajado parte del costado de la joven, que sangraba abundantemente.

—Por favor, no te mueras —susurró.

Después, tal y como le habían enseñado en su juventud, apretó varias veces el

pecho de la joven hasta que esta comenzó a toser y a escupir agua. Gael no pudo evitar agarrarla y ponerla contra su pecho mientras la joven recuperaba el aliento. Necesitaba sentir que estaba viva, que respiraba y que se recuperaría de ese ataque. Su alma lloraba en ese momento tras haber estado a punto de perderla. Hasta ese instante, Gael no había sido consciente de la profundidad que habían adquirido sus sentimientos por la forastera. Descubrió que no solo era deseo lo que sentía por ella, sino algo más profundo que hacía años que había dejado a un lado. Algo que se había prometido no volver a sentir, sin embargo, una parte de él se maldijo por haber caído de nuevo en la trampa.

Cuando comprobó que Sophie respiraba a pesar de haber vuelto a perder la conciencia, Gael pasó las manos por debajo de su cuerpo y la levantó como si llevara una pluma entre sus brazos. Sophie se quejó por el dolor, pero siguió sumida en la inconsciencia y Gael solo pudo rezar para que la vida de aquella joven no acabara de esa forma tan abrupta.

—Todo es por mi culpa —dijo entre dientes mientras subía por el sendero—.

Espero que puedas perdonarme que te trajera aquí.

La suave brisa del mar fue la única que le respondió, soplando con fuerza y ondeando el pelo de Sophie mientras su costado seguía desangrándose sin parar.

CAPÍTULO 12

Gael se dirigió a su despacho tras dejar a Sophie en manos de la curandera y algunas doncellas. Sus pasos resonaban fuertemente contra las piedras del suelo y su mente solo pensaba en una cosa: venganza. Jamás habría pensado que Leslie podría llegar tan lejos como para matar a una inocente e intentar matar a otra solo para conseguir de nuevo su amor. Sabía que a pesar del paso del tiempo la joven seguía pensando en recuperarlo, sin embargo, él siempre le había dejado claras sus intenciones y sentimientos. La aborreció cuando la encontró en la cama con Durstan, pero a partir de esa misma mañana sentía que la odiaba como nunca había odiado a alguien.

La sangre le hervía y apretaba los puños con fuerza a medida que se aproximaba a su despacho. Las manos le temblaban de ira y supo entonces que no debía dejarse llevar por los sentimientos en algo así, sino que tenía que mantener la cabeza fría e intentar llevar ese problema de la mejor manera posible para todos.

Gael entró como una exhalación en su despacho y cerró la puerta de golpe. Se fijó en que Leslie había sido atada a los brazos de la silla, por lo que supuso que había intentado huir en varias ocasiones antes de que Edwin tomara esa drástica decisión. Se aproximó lentamente a la joven, que agachó la mirada para mirar sus pies, ya que no podía mantener la mirada en los ojos de Gael.

—¿Qué pasa, ya no tienes arrestos para mirarme? —preguntó.

El rostro de Leslie se tornó diferente. Durante unos momentos se contrajo y la joven comenzó a llorar. En ese momento, levantó la mirada y lo observó suplicante.

—Fue ella... Te lo juro. Intentó matarme.

—Por Dios, Leslie, Edwin y yo te escuchamos cuando intentabas ahogar a Sophie. Tú misma confesaste que habías robado el colgante.

Un silencio desquiciante siguió a las palabras de Gael. Leslie continuó llorando mientras negaba con la cabeza.

—Lo hice por nuestro amor —confesó.

—Nuestro amor hace tiempo que dejó de existir.

—¡No es cierto! Nos amábamos desde hacía años.

—Hasta que tú lo echaste a perder, Leslie. Una traición así no la perdono.

—Podemos volver a ser felices.

Gael soltó el aire de golpe. Edwin prefirió mantenerse al margen de la conversación y se dirigió en silencio hacia la ventana para observar la fina lluvia que había comenzado a caer.

—¿Qué fue lo que hiciste? —preguntó Gael.

Leslie volvió a quitarle la mirada y se miró las manos.

—Aproveché el momento en el que os fuisteis a las tierras de los Sutherland para entrar en tu habitación y coger el colgante —comenzó lentamente—. Sabía dónde lo guardabas y lo importante que era en tu familia. Lo llevé a mi casa para hacer un hechizo que me habían enseñado hacía años y que estaba escrito en uno de mis libros.

—¿Y qué pretendías conseguir?

—Debía tener algo tuyo para que te enamoras de nuevo de mí. Pero algo salió mal. El colgante estaba entre mis manos, pero de repente desapareció.

Cuando me dijeron que esa forastera tenía el colgante supe que sería ella la mujer de la que te enamorarías porque así decía el hechizo, por lo que intenté quitarla de tu camino para que no fuera así. Pero es demasiado tarde.

Leslie levantó la mirada y lo observó con odio.

—Ya te has enamorado de ella. Lo sé. Lo veo en tus ojos. La miras de la misma forma que me mirabas a mí.

—Lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo, Leslie.

—Lo es si yo misma he facilitado eso en lugar de ser yo quien esté en su lugar.

—El amor no se consigue con un simple hechizo.

Leslie bufó.

—Así que es verdad que estás enamorado de ella. No lo niegas.

—Te repito que no es asunto tuyo —replicó Gael.

Leslie intentó soltarse mientras lo observaba con auténtica ira. Su rostro se tornó frío y calculador y, de repente, comenzó a reír histéricamente.

—Espero que tu amada no viva o tal vez ya esté muerta...

Gael dio un paso hacia ella con los puños apretados, pero en ese momento Edwin se giró hacia él y llamó su atención.

—¡Gael! No lo hagas —le pidió—. Es eso lo que busca.

Gael miró a su hermano y asintió. Respiró hondo para intentar calmarse.

Pasados unos segundos, se dio cuenta de que no quería seguir escuchando

más a Leslie. Ya tenía su confesión y no había más que añadir. La miró de nuevo y vio el mal reflejado en sus pupilas. Aquella no era la mujer de la que se había enamorado hacía años. Había dejado de ser la muchacha buena y admirable de antaño para convertirse en una mujer cruel, fría y calculadora que era capaz de hacer lo que fuera por una obsesión. Eso era él para ella, una obsesión. No había amor en sus actos, sino solo maldad.

Pero ahora debía actuar como *laird* del clan e impartir justicia. Sin embargo, no podía condenarla a morir como habría hecho con cualquier otro. Él no quería mostrar la misma maldad que ella, ya que pensaba que así no aprendería jamás las consecuencias de sus actos.

—Las normas del clan te condenan a muerte por robar al jefe. —El rostro de Leslie se tornó lívido—. Sin embargo, mi opinión respecto a ti es otra.

Edwin frunció el ceño.

—Te irás de este castillo y de mis tierras hoy mismo. Sé que no te queda familia en ningún sitio. Lo siento, pero no puedo aceptar a una persona así entre los míos. Debí echarte hace tiempo, pero por petición de mi hermano no lo hice.

Ahora mi decisión es firme.

—No —suplicó la joven—, no me alejes de ti, por favor. Yo te amo, Gael.

—Puedes buscar a Durstan. Tal vez él te acoja en su casa y te haga su esposa.

Gael caminó hacia la puerta del despacho sin mirar atrás, sin embargo, la rabiosa voz de Leslie lo detuvo un instante, aunque no se giró hacia ella.

—¡Te maldigo, Gael Sinclair! ¡Y la maldigo a ella! —vociferó desquiciada—. —

Espero que jamás seáis felices y que la muerte se la lleve ante ti sin que puedas hacer nada para evitarlo. Ojalá tu gran enemigo la mate tal y como mató a tu querida hermana...

Leslie intentó seguir gritando, pero Edwin la acalló con una mano antes de

desatarle las manos para sacarla de allí.

Gael no miró más atrás. Ya había conocido lo suficiente de Leslie como para tener lástima por su exilio. No podía soportar verla más. El daño que le había provocado era demasiado y, a pesar de todo lo sucedido, su mente se centraba únicamente en una cosa: la recuperación de Sophie.

Se preguntó si ya estaría muerta. No estaba segura de que el calor que sentía y el ruido que escuchaba fueran fruto del cielo o el infierno al que se suponía que todos van cuando mueren. Su mente daba vueltas una y otra vez a lo sucedido y en su delirio febril escuchaba una y otra vez la voz de Gael llamándola, aunque parecía ser una voz diferente, algo más suave y tierna a la que ella conocía.

Varias veces había abierto los ojos, o eso creía recordar, y había visto el rostro de Gael justo a su lado en la cama, pero supuso que ese recuerdo lo había ideado la fiebre y no era real.

Intentó mover las manos y los pies para tomar conciencia del lugar en el que se encontraba. Las suaves sábanas se movieron con ella, permitiéndole experimentar el tacto por primera vez en días. Sophie respiró hondo, aunque un penetrante dolor en el costado le hizo parar en seco, recordándole su pelea con Leslie. Y Beth... No pudo evitar que la punzada de dolor que sentía en el pecho se hiciera más grande al creer que ella era la culpable de su muerte, ya que si no hubiera insistido en dar una vuelta, la joven seguiría viva.

Con lentitud, pues las garras de Morfeo aún la abrazaban, Sophie abrió los pesados párpados, intentando enfocar el lugar en el que se encontraba. Descubrió que se trataba de la habitación que le habían encomendado el primer día y no pudo evitar suspirar de alivio. Estaba viva.

La luz del día iluminaba cada palmo de la estancia, aunque lo que parecía ser una sombra se proyectaba sobre el suelo e impedía que toda la luz del mediodía entrara por la ventana. Enseguida, Sophie dirigió la mirada hacia allí y descubrió, con sorpresa, que Gael estaba mirando por la ventana con el rostro muy serio, como si lo que viera fuera de los muros lo contrariara de algún modo.

Lo vio hermoso. La camisa se pegaba a su piel, dejando a la vista los increíbles músculos de sus brazos y espalda, y el *kilt* permitía que sus piernas fuertes quedaran al descubierto, haciendo las delicias de cualquier mujer que pasara a su lado.

Sophie esbozó una sonrisa. Supuso que si ella estaba allí en lugar de muerta era porque la habían salvado al saberla inocente del robo y algo dentro de su pecho se llenó de una ilusión que hacía años no sentía. Durante unos instantes, mientras observaba a Gael, tuvo la sensación de que algo invisible la empujaba hacia él, prometiéndole aquello que había perdido hacía tiempo con Adrien.

Cuando Gael se movió y sus músculos se hicieron más evidentes, Sophie lanzó un suspiro, el cual llamó la atención del joven, que giró la cabeza en su dirección. Su rostro se mostró sorpresivo al ver que estaba despierta, así que dejó su lugar frente a la ventana y se acercó hasta ella sin dejar a un lado su gesto serio.

—Veo que estás recuperada —le dijo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó tras asentir.

Sophie se incorporó en la cama hasta sentarse. El costado ya no le dolía tanto y sintió que lo tenía vendado cuando intentó respirar hondo y unas vendas le impidieron hacerlo.

—Edwin y yo llegamos cuando Leslie te estaba ahogando.

—¿Y me trajiste hasta aquí?

Gael levantó una ceja.

—¿Pensabas que te dejaría morir en la playa?

La pregunta la dejó sin palabras.

—Bueno, no sabía si creías mi historia y pensaba que al final me condenarías por el robo.

—Te di un voto de confianza... Y descubrí que decías la verdad, muchacha.

Sophie soltó de repente el aire de sus pulmones. ¿Había escuchado bien? ¿De verdad la creía?

—Es algo que me ha costado y me sigue costando creer —admitió muy serio—, pero después de escuchar el relato de Leslie empecé a creer que en el mundo suceden cosas que no tienen explicación.

Gael se sentó en el borde de la cama sin dejar de mirarla, lo cual le causaba un intenso nerviosismo por la cercanía de su cuerpo.

—Tengo que pedirte disculpas por haberte acusado injustamente y por haberte traído al castillo sin tu consentimiento.

Sophie no pudo evitar mostrar su sorpresa por aquellas palabras y sentía que su garganta se había quedado seca como para poder responderle.

—Estaré de acuerdo si quieres marcharte del castillo en cualquier momento.

Aquello sí que la sorprendió y la dejó sin fuerzas. No había esperado esas palabras en ningún momento. ¿La estaba echando de forma educada? Sophie abrió la boca para contestar, pero un torrente de lágrimas subió desde su pecho y anegaron sus ojos, impidiéndole ver con claridad el rostro de Gael, que, sorprendentemente, alargó una mano para secar sus mejillas.

—Yo... no tengo a dónde ir. No tengo nada aquí.

Sophie dijo esas palabras con tanta tristeza que algo dentro de Gael se emocionó y deseó que se quedara allí.

—Eso no es cierto —dijo sin pensar—. Puedes quedarte en el castillo.

—Hasta ahora he sido un estorbo y no he hecho más que traer problemas. Tu gente no me querría aquí, y menos después de la muerte de Beth.

Un nudo en la garganta le impidió seguir dando razones por las que pensaba que debía irse. Estaba a punto de volver a llorar solo de pensar que debía

marcharse de allí y decir adiós a todo lo que había conocido y aprendido durante los pocos días que llevaba en ese tiempo.

Gael suspiró y se llevó una mano a la frente. Deseaba gritar que se quedara a su lado, que no podía verla sufrir por no tener casa o alguien que pudiera cuidar de ella. De hecho, no podía imaginar que se marchaba y no la vería nunca más.

Su sentimiento de protección únicamente había ido en aumento y deseaba mantenerla al margen de ese mundo cruel y de los enemigos. Por eso, se decidió a no dejarla sola, simplemente no podía. Dejó a un lado la promesa de no volver a tocar a una mujer y, de repente, soltó:

—Cásate conmigo.

Sophie levantó la cabeza de golpe pensando que había escuchado mal y su mente le había jugado una mala pasada. Sin embargo, el gesto de Gael, tan serio como siempre, pero ligeramente esperanzado le indicó que no, que aquellas palabras habían sido reales y la proposición era seria, no una broma por parte del guerrero.

—¿Cómo dices? —le preguntó casi tartamudeando.

—Que te cases conmigo, muchacha. No tienes a nadie que te proteja y solo así mi clan te aceptará sin rechistar.

Sophie boqueó sin emitir sonido alguno.

—Pero... ¿estás seguro de lo que dices?

—Necesitas que alguien te proteja —fue su escueta respuesta.

—Pero yo... —Su corazón latía con fuerza— siempre he deseado casarme por amor, no por interés. Eres el *laird*, tu deber es casarte con alguien a quien realmente quieras.

—Te lo estoy pidiendo a ti, muchacha, no a otra —le dijo mirándola a los ojos

—. Hay muchas otras mujeres en el clan y desde lo de Leslie no me ha interesado ninguna.

—¿Y por qué yo? Y no me digas de nuevo lo de la protección.

Gael suspiró y se levantó de la cama. Sophie lo observó y vio que se debatía consigo mismo sobre la respuesta que tenía que darle hasta que finalmente se dirigió hasta la puerta del dormitorio.

—Piensa una respuesta mientras te recuperas —le pidió antes de abrir la puerta y dejarla sola, sorprendida y curiosa al mismo tiempo.

Pero cuando pasaron unos minutos, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Le había pedido que se casara con ella. Y aunque no había querido darle los verdaderos motivos, Sophie se sentía como si estuviera volando en una nube.

Ese guerrero fiero y salvaje que había conocido de la manera más extraña posible quería casarse con ella, aunque la sombra de la duda se hizo presente al cabo de unos momentos. ¿Tal vez se había fijado en ella como mujer o solo quería casarse con ella para tener un heredero para el clan?

Las dudas surgían en su mente a medida que pasaban los minutos, haciendo que pasara de la dicha a la pena en cuestión de segundos. Su corazón gritaba que aceptara su oferta, pero su mente pedía explicaciones para dejar las cosas claras.

Pasaron tres días hasta que Sophie se había recuperado del todo. Apenas le quedaba una sensación de tirantez en el costado, por lo que esa mañana decidió que ya había pasado demasiado tiempo encerrada y quería salir a tomar el aire fresco. Durante esos días, únicamente había visto a la misma doncella una y otra vez. Su rostro era el único que se había pasado por el dormitorio a ver cómo se

encontraba, ni siquiera Gael había vuelto a verla, algo que le hizo enfadar, especialmente después de su sorprendente pedida de matrimonio.

Cuando Sophie se levantó y miró la ropa que habían preparado para ella. En

ese momento, le habría gustado ponerse algo más holgado y cómodo para que el jubón no apretara su costado, así que se decidió a ponerse esa ropa, pero sin corsé.

—¿Cómo? No podéis hacer eso, muchacha. Sería como ir desnuda.

—Susan, tengo una herida en el costado y el corsé podría abrirla de nuevo.

No voy a permitirlo.

—Pero marcará demasiado vuestro cuerpo...

Sophie sonrió.

—De donde yo vengo, se enseña mucha más carne...

Susan se santiguó, horrorizada por aquella confesión, lo cual provocó la risa de Sophie, que procedió a cambiarse de ropa a pesar de las protestas de la doncella para que se pusiera el corsé bajo el vestido. No obstante, Sophie sintió una gran liberación al dejar a un lado ese trozo de tela endemoniada con la que se vestían las mujeres de esa época. El vestido seguía sentándole igual de bien y no enseñaba más carne de la necesaria. Sin embargo, gozaba de la libertad absoluta de sentir su cuerpo libre de estrecheces.

Cuando la doncella la dejó por imposible, Sophie se quedó sola en su alcoba.

Deseaba volver a ver a Gael y preguntarle el motivo de su oferta. Estaba segura de que había algo más detrás de la excusa de que necesitaba protección, así que cuando se dio el visto bueno en el espejo, salió de su habitación dispuesta a buscar las respuestas que necesitaba.

El pasillo estaba vacío, por lo que no pudo preguntar a nadie dónde se encontraba el señor del castillo. Bajó las escaleras y volvió a encontrarse con lo mismo, así que se dirigió al patio en busca de alguien que pudiera indicarle dónde estaba Gael. Pero no tuvo que hacer ni una sola pregunta. Cuando salió al exterior, vio a ese gigante que no podía quitarse de la cabeza.

El aire frío le provocó un escalofrío. Se había acostumbrado a la calidez de la chimenea de su habitación y después de tantos días encerrada el frío le

molestaba. Una niebla ligera se echaba sobre el castillo, aunque no le impedía ver con claridad a los guerreros del clan entrenando en el patio exterior.

Sophie dio unos pasos hacia adelante y se fijó bien en Gael. A pesar del frío, se había quitado la camisa y desde allí se dio cuenta de que su piel brillaba por el esfuerzo del combate. Nunca había visto nada igual y Sophie se sintió atraída hacia ese espectáculo varonil que representaban Gael y sus hombres. La joven se cruzó de brazos y se apoyó contra uno de los carros que había en el patio interior que le permitía esconderse ligeramente, pero podía ver con claridad lo que hacían.

—Dios mío... —susurró la joven cuando comenzó a sentirse acalorada por lo que veían sus ojos.

Gael seguía luchando y sus músculos se movían al compás de sus movimientos, haciendo que Sophie suspirara de placer y comenzara a imaginarse ciertos momentos de intimidad con él. Recordó que a Gael lo conocían como Lobo por su ferocidad, algo que estaba mostrando en ese preciso momento ante sus hombres y Sophie no pudo evitar preguntarse si en la cama sería igual de fiero que en el campo de batalla. Al instante, se golpeó mentalmente por tener esos pensamientos, pero sus ojos seguían hipnotizados por los movimientos del guerrero a pesar de que su mente intentaba obligarla a hacer otra cosa. La joven mojó sus labios con la lengua y se preguntó cómo sería tocar ese cuerpo y disfrutar de un momento de pasión junto a él.

—Es el mejor guerrero de esta tierra —dijo una voz a su espalda.

Sophie se sobresaltó y salió de golpe de sus pensamientos, que habían comenzado a ser eróticos. Sus mejillas se tiñeron de un color rojizo al pensar que Edwin había descubierto sus pensamientos, por lo que la joven volvió a mirar hacia adelante.

—No lo pongo en duda —respondió.

Edwin se puso a su altura y se cruzó de brazos mientras la observaba con atención.

—Me ha dicho que os ha pedido que os caséis con él —comentó despacio

para ver su expresión.

—Sí.

—¿Y qué habéis pensado?

Sophie se encogió de hombros.

—Aún no lo sé.

Edwin suspiró y se giró hacia ella.

—Quiero pedir os perdón por todo lo ocurrido. No fui muy caballeroso la otra noche en la celda. Y he de reconocer que vuestra historia me resultó muy difícil de creer en un principio.

—Es normal. Yo tampoco lo creí.

Sophie sonrió y volvió a mirar a Gael.

—Lo amáis. Lo sé. Igual que yo os amo a vos. —Sophie intentó hablar, pero Edwin levantó una mano para acallarla—. También sé que él os ama, aunque es demasiado orgulloso como para decíroslo. Me habría gustado ser yo quien ocupara vuestros pensamientos, pero he perdido contra mi hermano... otra vez.

—Edwin, yo no pretendo hacerte daño.

El joven negó con una sonrisa triste.

—Lo sé. No es la razón la que manda, sino el corazón. Uno no elige a quién amar, y me alegro por mi hermano. Se lleva la mejor de las joyas.

—Aún no le he dicho que sí.

Edwin amplió su sonrisa.

—Ya lo ha hecho vuestro corazón, muchacha.

Edwin se despidió y se dio la vuelta para volver al castillo. Sophie se fijó en que caminaba con los hombros caídos y con paso triste, y no pudo evitar sentirse mal y culpable por él. Le había hecho daño sin querer, pero Edwin tenía razón.

Su corazón había hablado y, aunque le pesara, sentía algo demasiado fuerte por Gael desde el momento en que lo vio por primera vez.

La joven esperó unos minutos más y cuando vio que los hombres del clan se dispersaban por el resto del castillo, Sophie se decidió y fue al encuentro de Gael, que se había quedado solo mientras se ponía de nuevo la camisa.

Necesitaba saber más sobre su decisión y en ese momento encontró la valentía que necesitaba para preguntar, especialmente después de las palabras de Edwin, que estaba seguro de que su hermano la amaba.

Cuando Sophie llegó a su altura, carraspeó para llamar su atención, ya que Gael estaba agachado limpiando su espada y no la había visto llegar.

—Creo que tenemos que hablar de algo... —comenzó con voz temblorosa.

—Veo que ya estás mejor —señaló al tiempo que se levantaba.

Sophie habría agradecido que no lo hubiera hecho, ya que era más alto que ella y en parte imponía demasiado como para permitirle seguir con su valentía.

La joven tragó saliva y carraspeó, incómoda.

—¿Has pensado una respuesta? —preguntó guardando la espada en el cinto.

—Me gustaría preguntarte por qué quieres casarte conmigo.

—Necesitas protección.

—Eso ya lo dijiste, pero quiero saber la verdad. ¿Hay algo más que te gustaría decirme?

Gael frunció el ceño y la observó fijamente.

—¿A qué te refieres?

—Que no me creo que quieras casarte conmigo para hacerme el favor de protegerme.

—¿Crees que miento?

—Sí, y más después de lo que me ha dicho Ed... —Sophie se dio cuenta de lo que iba a decir demasiado tarde.

Gael dio un paso hacia atrás y la observó.

—¿Qué te ha dicho Edwin?

—Nada.

—Sophie... —dijo con voz peligrosa.

—Que me amas. Eso ha dicho.

Gael bufó y juró mentalmente hablar con su hermano después de eso. El guerrero le dio la espalda y se dirigió hacia los establos en silencio. Sin embargo, Sophie no se dio por vencida y lo siguió dispuesta a llegar al fondo de la verdad.

Pensaba arrancarle las palabras si era necesario.

—Solo quiero saber si es verdad —dijo cuando estuvieron protegidos de miradas indiscretas dentro de los establos.

—Ya te he dicho mi verdad —contestó mientras preparaba la montura de su caballo.

—No la creo.

Gael se mantuvo en silencio mientras continuaba con su trabajo.

—Soy una persona muy obstinada y no pienso parar, Gael.

Sophie se adelantó y apoyó una mano en el poderoso brazo del guerrero y estuvo tentada de apartarla cuando sintió una especie de energía desde su mano hasta el resto del cuerpo. Sin embargo, Gael se la sostuvo y la apretó con fuerza.

—No me tientes, muchacha.

—Solo quiero saber por qué te quieres casar conmigo.

Gael soltó el aire de golpe y se giró de repente como una exhalación. El joven la miró de una forma tan penetrante que Sophie comenzó a sentir miedo de haberse pasado de la raya. Sin embargo, el guerrero le sostuvo la mano y la acercó de un tirón a él. Y cuando sus rostros estuvieron a solo unos milímetros, le dijo:

—Es cierto, demonio de muchacha —dijo con la voz ronca—. Desde que te vi por primera vez huyendo de mí en medio de la noche en el bosque no he podido sacarme tu imagen de la cabeza. Y no he parado de maldecirme por ello, porque mi hermano también está enamorado de ti y siento que le he fallado a él y a mi propio juramento. No sé si es verdad que el colgante de mi familia te trajo aquí, pero si es cierto, lo haría porque descubrió que eras la persona idónea para portarlo. El maldito destino ha vuelto a poner mi vida del revés. Solo espero que no sea para darme otra paliza.

Gael apoyó la frente contra la de Sophie, que suspiró aliviada al conocer sus sentimientos.

—Y sí, te amo, muchacha. No sé qué demonios me has hecho. Tal vez has sido tú la que ha hecho el hechizo, pero estoy preso de él y, aunque he querido apartarte de mi mente, solo puedo acercarme más y más a ti. Necesito protegerte de todo y todos, pues vivimos en una época de conspiraciones y no deseo que te ocurra nada malo.

Sophie sintió como las lágrimas corrían hacia sus ojos. Jamás nadie le había declarado su amor con esas palabras tan bonitas y de una forma tan intensa como Gael. En su pecho comenzó a formarse un nudo que le atenazaba la garganta y le

impedía hablar, pero su rostro habló por sí solo y, por primera vez desde que lo conocía, Sophie vio sonreír a Gael, provocando que la belleza del guerrero aumentara considerablemente. En ese momento, confirmó la respuesta que corría por su mente.

—Sí —dijo con la voz tomada—. Quiero casarme contigo.

Y, por segunda vez, Gael amplió su sonrisa y la atrajo hacia él para besarla con pasión. Aquellas eran las palabras que su corazón necesitaba escuchar para saber que no se había equivocado de persona, que Sophie era la mujer que su alma había necesitado a lo largo de toda su vida, y gracias a un desengaño como el que tuvo con Leslie y la posterior maldad de esta conoció a la mujer más extraordinaria del mundo.

—Por Dios, muchacha, te adoro —susurró contra sus labios.

Sophie sonrió y pasó sus manos tras el cuello de Gael para atraerlo más a ella y disfrutar del sabor de sus labios. Después de muchos años, se sentía plena de nuevo, con ilusión respecto al futuro. En ese instante, poco le importaba no estar en su tiempo y saber que podría no volver a ver a su familia y amistades. Le importaba únicamente su propia felicidad, la cual había perdido hacía mucho tiempo.

Con un deseo ardiente, Sophie comenzó a desabrochar los botones de la camisa de Gael, sin embargo, este llevó sus manos al instante hacia las de la joven y las detuvo a tiempo.

—¿Qué pasa?

—Aquí no —respondió el guerrero.

La besó antes de agarrar su mano y tirar suavemente de ella fuera de los establos para después conducirla a través del frío patio hasta el interior del castillo. Los sirvientes con los que se cruzaban se quedaban parados en medio del pasillo con la boca abierta y sin poder dejar de mirarlos, sorprendidos por el comportamiento de Gael, al que hacía años que no habían vuelto a ver sonreír.

Desde un rincón del pasillo, Elspeth sonreía y asentía en silencio.

—Ya era hora de que la paz llegara a este castillo... —susurró para sí—.

Gracias, Dios mío.

Sin embargo, ni Sophie ni Gael fueron conscientes de las miradas de todos. Y mucho menos cuando Gael entró en su dormitorio y tiró de ella para que entrara.

Cuando la puerta se cerró de golpe, volvió a abrazarla con sus poderosos brazos y la llevó para sí.

—Dios... ¿qué clase de hechizo es este?

Sophie sonrió pícaramente y lo besó mientras dirigía una de sus manos al pecho del guerrero.

—No sé, pero no quiero romperlo.

Gael, tras un fuerte rugido, la besó y la condujo hacia la cama sin dejar de acariciarla con suavidad.

—Jamás pensé que serías mía.

—Siempre...

Sophie se dejó caer contra las sábanas mientras Gael se deshacía de sus ropajes para mostrarse ante ella totalmente desnudo. Ese cuerpo le causó una fuerte impresión a Sophie, que, a pesar de haberlo imaginado sin ropa, nunca pensó que era tan formidable. Después del ejercicio en el patio, Gael tenía todos los músculos contraídos y cuando bajó la mirada hacia su vientre, lanzó una exclamación de sorpresa al ver su miembro ya preparado para ella.

Instantes después, el joven cubrió el cuerpo de Sophie con el suyo y la besó suavemente en la base del cuello para después bajar hasta el escote del vestido, disfrutando de cada palmo de su piel. Lentamente, sin ninguna prisa, Gael deshizo los lazos que sujetaban el vestido de Sophie hasta que estos

quedaron a un lado de la cama.

—¿No llevas corsé? —preguntó, extrañado.

—Lo sé, es una locura. —Puso los ojos en blanco—. Pero me molestaba porque no estoy acostumbrada y, además, me hacía daño en el costado.

Gael sonrió pícaramente.

—Mejor así. Es más fácil llegar a tu piel.

Con destreza, el joven apartó también las enaguas de Sophie y la dejó totalmente desnuda ante él. Suspiró al sentir la suavidad de su piel, aunque no pudo evitar torcer el gesto al tocar la fea herida de su costado.

—¿Te duele?

—Ya no.

Gael asintió y agachó la cabeza para depositar un suave beso en la herida, ya casi curada y continuó disfrutando de todos los recodos de su cuerpo hasta que Sophie ya no pudo más y soltando un gemido de protesta, lo empujó contra ella y le suplicó con la mirada que no parase. Gael, procurando proporcionarle todo el placer que deseara, obedeció a la joven sin rechistar y la penetró lentamente, disfrutando de cada milímetro de su suavidad y sintiendo, por primera vez en mucho tiempo, un placer que casi le resultaba desconocido, pues desde que había dejado a Leslie no había vuelto a estar con ninguna otra mujer por miedo a caer de nuevo en el engaño.

Cuando estuvo totalmente dentro de la joven, comenzó a moverse cada vez más deprisa, dejándose llevar por el placer que sentía y por el que le producía a Sophie, que gemía mientras clavaba sus uñas en la espalda del guerrero. Jamás había experimentado tanto placer como entonces. Hasta ese día había pensado que el sexo era algo principal en una pareja y que ella debía darse placer por su cuenta, ya que Adrien jamás había mostrado interés por darle el máximo placer.

Sin embargo, Gael intentaba por todos los medios que la joven disfrutara,

algo que consiguió sin lugar a dudas y que la hizo perder por completo el sentido del espacio y el tiempo, ya que lo único que había en su mente era el placer que le producía su futuro marido.

—Gael... —gimió de nuevo Sophie al tiempo que llegaba al orgasmo.

—Por Dios, muchacha... —lo hizo Gael cuando alcanzó el máximo placer mientras se derramaba dentro de ella con fuerza.

Gael se dejó caer a un lado enseguida para evitar aplastar con su cuerpo a Sophie, que respiraba enérgicamente debido al esfuerzo y el placer. Con una sonrisa en los labios, la joven se giró hacia él y se dejó abrazar por los poderosos brazos del guerrero hasta que, con el paso de los minutos, se quedó profundamente dormida.

CAPÍTULO 13

La noticia de la boda corrió como la pólvora en todo el castillo. Alrededor del mediodía, Sophie y Gael decidieron salir de su alcoba para dar la buena nueva a toda la gente del clan. Algunos la recibieron con gran alegría, pues vieron que la actitud meditada y seria de su jefe había cambiado, sin embargo, los más reacios, se mantuvieron callados y aceptaron únicamente porque su *laird* así lo había decidido.

El primero en conocer la noticia fue Edwin, que aceptó la noticia con una sonrisa triste y estrechó con fuerza a su hermano.

—Cuídala —le pidió.

Gael asintió, en parte sintiéndose culpable por la tristeza de Edwin, aunque, a petición de este, intentó pensar en el clan y el bien que podría hacer la presencia de Sophie en el castillo. Sin embargo, cuando estuvieron los dos solos, pues no quería que Sophie supiera aún sus planes, Edwin le dio una noticia que partió el corazón de Gael.

—Esperaré hasta vuestra boda. Después, me marcharé al norte.

—¿Por qué? Sabes que puedes estar aquí. Además, te necesito, hermano.

Edwin suspiró.

—Hermano, me alegro por ti infinitamente, pero no podría vivir aquí sabiendo que ella duerme en tu lecho cada noche. Lo siento. Espero que lo puedas entender algún día.

Gael puso una mano en el hombro de Edwin.

—En ningún momento he querido hacerte daño.

—Lo sé. Han hablado vuestros corazones. Encontraré a alguien con quien compartir mi vida y olvidarla. Y espero que no me guardes rencor por amarla tanto como tú.

—Jamás —contestó Gael con el corazón acongojado—. Nunca pensé que nos separaríamos.

—Solo es tierra, hermano. En mi corazón estarás siempre.

Gael abrazó a su hermano pequeño. Siempre habían estado muy unidos y desde que su familia había desaparecido su vínculo se había hecho más fuerte.

Por eso, saber que su hermano se marchaba porque estaba enamorado de la que iba a ser su esposa le partió el corazón.

Tras unos instantes de silencio, Edwin sonrió y le palmeó el hombro.

—¿Y cuándo será el enlace?

—La semana que viene —respondió Gael.

Los preparativos de la boda comenzaron a hacerse al día siguiente del anuncio de la misma y los diferentes cargos que iban a ser invitados a la misma fueron avisados en numerosas cartas que fueron enviadas dos días después para que llegaran lo antes posible a sus destinos.

Elsbeth, que no cabía en sí de júbilo, avisó a la mejor costurera de la zona

para que le confeccionara a Sophie un vestido acorde a su posición en el menor tiempo posible, por lo que durante días, Sophie se vio envuelta en telas y rodeada de sirvientes que no hacían más que preguntar qué tipo de decoración le gustaría para el enlace, por lo tanto, la joven apenas tuvo tiempo de disfrutar de la compañía de Gael o de hablar con Edwin para intentar despedirse de él antes de que llegara la boda e intentar convencerlo para que se quedara en el castillo Sinclair y no se marchara lejos de allí.

Tanto revuelo levantó la boda del Lobo y tan sorpresiva fue para todos que la noticia recorrió todo el norte de Escocia con tanta premura, que tres días después todos sabían que el temido guerrero Sinclair por fin iba a casarse. Tanto es así que en uno de los burdeles que había cercano al castillo de los Sutherland no se hablaba de otra cosa desde que la noticia se había extendido.

En una mesa cercana a la puerta, cuatro hombres de ese mismo clan conversaban y se burlaban del enamoramiento del Lobo, sobrenombre que llamó la atención de una de las mujeres que trabajaba en ese burdel y que en ese momento estaba siendo acariciada por un hombre que únicamente le provocaba un asco imposible de digerir. La joven giró su cabellera rubia hacia la mesa cercana y puso toda su atención en la conversación sobre Gael. No podía creer que efectivamente, iba a casarse, y por lo que decían esos hombres la afortunada era extranjera.

—Maldita sea... —susurró.

Leslie giró de nuevo la cabeza hacia el hombre y se disculpó con él, pues le dijo que se encontraba mal, y se acercó a la barra para tomar un trago de whisky con la intención de calmar los nervios. No podía creer que después de todo lo sucedido Gael fuera a casarse con esa mujer en lugar de haberlo hecho con ella.

Y para colmo, por culpa de la aparición de esa extranjera se veía en la situación de tener que vender su cuerpo por unas míseras monedas con las que comprar algo de pan duro para poder comer.

Leslie maldijo una y otra vez a Sophie por usurpar el puesto que estaba destinado a ella mientras llenaba de nuevo su copa.

—¿Tú tampoco estás de acuerdo con esa boda? —preguntó una voz a su espalda.

Leslie se giró hacia él y lanzó una exclamación de sorpresa al ver un rostro conocido de la época en la que vivían en el clan Sinclair. Ante ella estaba Alec, el guerrero del clan Sinclair que había intentado forzar a Sophie por la noche tras bajar de la muralla donde estaba la joven disfrutando de las vistas y de un poco de soledad. Tras haber sido expulsado del clan había ido a pedir ayuda y asilo al enemigo del que había sido su *laird* con la intención de vengarse por haberlo dejado sin casa, sin apellido y sin nada. Por eso, a sabiendas de que Leslie también había sido expulsada, esa noche había ido a su encuentro al burdel.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella, sorprendida.

—A mí también me echaron del clan, ¿lo recuerdas? —dijo irónicamente.

—Ya, pero creí que habrías ido lejos.

—No si puedo vengarme —dijo con la voz llena de rabia—. Supongo que tú tampoco quieres que tu querido Gael se case con esa furcia...

—Gael siempre ha sido mío.

Alec sonrió de lado.

—Quiero proponerte algo.

Leslie sonrió y dejó su copa a un lado. Sin pensarlo, asintió y se acercó a él.

—¿Qué quieres hacer?

—Hay que detener esa boda. Pero primero... quiero tu cuerpo —contestó de forma lasciva—. Después te contaré lo que he pensado.

El resto de los días que faltaban para la boda pasaron tan rápidos que Sophie

se vio de repente despertando con el ruido que hacían los sirvientes preparando los últimos detalles para ese día tan especial. La joven no podía

creer que su sueño de casarse se iba a ver cumplido siglos atrás en el tiempo y con un hombre al que había conocido hacía poco, pero del que se había enamorado desde el primer momento. Unas dudas de última hora empañaron ese despertar, ya que a su mente llegaron preguntas sobre si Gael era el hombre que había estado esperando tanto tiempo que la llenaría de dicha. No obstante, otra parte de ella le confirmó que así era, que a pesar de apenas conocerse sentía que había estado con él toda su vida y conectaba con él de una manera que no le había pasado con Adrien. En ese momento, recordó el rostro de su antiguo prometido y en parte sintió lástima por él. No había querido hacerle daño, aunque tampoco había hecho demasiado para salvar su relación.

Estaba dichosa. Sophie se sentía como en una nube ese día. El día ya había entrado y descubrió que estaba lluvioso. La joven retiró las sábanas de su cuerpo para acercarse a la ventana y abrirla para disfrutar del olor a tierra mojada. Unas pequeñas gotas mojaron su rostro cuando la brisa las llevó hasta ella, y provocaron una sonrisa tan amplia que habría eclipsado al mismísimo sol.

Unos nudillos tímidos llamaron a su puerta y Sophie le pidió que entrara.

Elsbeth llegó con una sonrisa radiante y un humor que jamás le había visto. Se notaba a leguas que la mujer estaba realmente feliz ese día, y que lo había esperado con ansia durante años, ya que para ella Gael era como un hijo.

—Estáis preciosa esta mañana, muchacha. Y cuando os pongáis esto, mucho más —dijo señalando a la puerta.

Al instante, la costurera entró con su precioso vestido de boda, dejando a Sophie con la boca abierta cuando lo vio acabado. Los días anteriores solo había visto pequeños bocetos, pero cuando lo tuvo frente a sí sintió una punzada de alegría en el pecho que no pudo evitar disimular.

La costurera se dirigió a la cama para dejarlo sobre ella y poder admirar con más atención la beldad que había confeccionado. Unas lágrimas de felicidad llenaron el rostro de Elspeth, aunque la cocinera no pudo evitar una mirada de soslayo a la joven cuando descubrió el escote del vestido.

—Lo que querido hacer según los patrones del lugar del que procedo... —

explicó con una sonrisa pícaro, ya que sabía que ese vestido llamaría la atención de todo el mundo cuando la vieran con él.

Tal y como Sophie había querido, la costurera hizo el corpiño del vestido en palabra de honor con cuadros escoceses, algo que aún no había vestido ni una sola mujer en ese siglo y que mostraba demasiada carne para los gustos de ese tiempo. Sin embargo, a ella no le importaba. Procedía de otro siglo y eso no lo podría negar. La falda del vestido era de tul de color blanco, aunque tenía una tela de tartán con los colores del clan Sinclair que casi cubría toda la falda.

Sobre el corpiño había un pequeño broche de oro con el símbolo de un gallo, perteneciente al clan al que iba a unirse en unas horas.

En ese momento, entró una doncella con una corona de flores para su cabello y se la mostró con una sonrisa tímida.

—La hemos hecho las doncellas del castillo para vos —explicó con una reverencia.

Sophie sonrió y agradeció su gesto y el del resto de doncellas, que la habían aceptado en el clan como a otra más a pesar de todos los problemas surgidos a raíz del incidente del robo y la muerte de Beth. Sin embargo, todos los Sinclair habían dejado a un lado sus sentimientos y la habían aceptado al instante, ya que vieron en su *laird* un cambio significativo a raíz del anuncio de la boda.

Con los nervios típicos de una novia, Sophie se dejó hacer por Elspeth y la costurera para vestirse. Frente a la puerta de su dormitorio se había montado un gran revuelo por ser los primeros en ver a la novia, aunque cuando Gael salió de su habitación los envió a todos a sus quehaceres con la promesa de que todos estarían en la ceremonia para ver a Sophie.

Transcurrida una hora desde que habían empezado a vestirla y acicalarla, Sophie se pudo mirar en el espejo. La joven abrió la boca, sorprendida por el increíble cambio que había tenido en solo una hora. Atrás quedaba la Sophie

Blanc que había conocido hasta ahora para convertirse en una verdadera escocesa al llevar ese increíble vestido. El corpiño del mismo resaltaba la curvatura de sus pechos y la hacía más femenina mientras que el resto del vestido se adhería a su cuerpo como si fuera una segunda piel.

—No tengo palabras —susurró para después tocar con cuidado el precioso peinado en el que habían recogido sus mechones rebeldes.

Parte del pelo se había quedado en cascada sobre su espalda mientras que el resto lo habían recogido para hacer una trenza de espiga en la que habían insertado varias rosas rojas pequeñas que desprendían un suave olor envolvente.

Para terminar, mientras la joven se miraba al espejo, Elspeth le colocó la corona de flores que las doncellas habían hecho para ella, dándole un estilo totalmente medieval a su indumentaria.

Sophie sonrió y se giró hacia las mujeres, que la miraban totalmente encantadas con el resultado.

—Sois la novia más bonita que he visto en años, muchacha —apuntó la costurera.

Sophie sonrió y se miró de nuevo en el espejo. No podía creer que ese fuera el día de su boda. Habían pasado tantas cosas en las últimas semanas que sentía que estaba en una nube y no era consciente de todo lo que ocurría a su alrededor.

Sin embargo, su imagen era real, muy real, y Gael seguramente ya la estaba esperando en el gran salón del castillo, que era donde el sacerdote iba a celebrar la unión entre ambos.

Tras un largo suspiro, Sophie se dirigió hacia la puerta. En ese momento, un torrente de nervios la invadió y la hizo trastabillar, sin embargo, cuando abrió la puerta y se encontró de frente con el rostro de Edwin algo dentro de ella se aplacó y sonrió.

Edwin se quedó paralizado al verla. Jamás la había visto tan hermosa como

en ese momento y su corazón comenzó a latir con fuerza. El joven guerrero tragó saliva con fuerza, pues sentía que se había quedado embobado al verla, y en parte así era. Su hermano le había pedido que llevara a la novia hasta el pequeño altar improvisado en el gran salón y, aunque en un principio había pensado en negarse, finalmente aceptó como favor a los novios. Sin embargo, en ese momento deseó ser él quien estuviera esperando en el salón y no su hermano, ya que la belleza de Sophie se había incrementado con ese vestido que, supuso, le haría torcer la cabeza a su hermano y lanzaría más de una amenaza silenciosa a su alrededor.

Con una sonrisa nerviosa, Edwin le cedió el brazo a su cuñada, algo que aceptó la joven de buen grado dedicándole la mayor de las sonrisas de pura felicidad.

—Estáis hermosa —le susurró mientras bajaban las escaleras.

—Gracias —respondió Sophie—. ¿Por qué has dejado de tutearme?

Edwin se encogió de hombros.

—Por respeto, muchacha. Vais a ser mi cuñada.

Sophie sonrió.

—De donde yo vengo, nos tuteamos independientemente de la familiaridad.

Edwin se encogió de hombros.

—Espero que algún día me habléis de vuestro tiempo.

Sophie asintió, encantada. Sin duda, aunque sabía que Edwin estaba sufriendo, o al menos así se lo imaginó al ver su temblor de manos, las posturas de ambos se habían vuelto a acercar desde hacía días, lo cual la animó y satisfizo.

—Espero que seáis muy feliz, muchacha —le deseó Edwin antes de abrir la puerta del salón—. Y si mi hermano no se porta con vos como debe, espero ser el primero en saberlo para venir a darle una buena paliza.

Sophie se carcajeó y le apretó el brazo con familiaridad para agradecerle sus palabras. Después de eso, la puerta del gran salón se abrió para recibirla y la joven no pudo sino lanzar una exclamación de sorpresa al ver a toda esa gente allí reunida y la increíble decoración que habían llevado a cabo los sirvientes del castillo. La joven había dado instrucciones de cómo le gustaría que fuera, pero en ningún momento llegó a pensar que darían con la clave y con todas y cada una de las flores que la joven había deseado para ese momento.

Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro y comenzó a andar hacia el altar improvisado justo delante de la mesa principal en la que los novios comerían después.

Tras mirar a su alrededor, Sophie fijó su mirada al frente, a Gael y se quedó anonadada. Su corazón comenzó a latir con fuerza y sintió un nudo en el pecho de pura felicidad. A pesar de que siempre lo había visto atractivo, viril y hermoso, el guerrero parecía brillar en ese momento. Su cuerpo se pegaba a la camisa del *kilt* que parecía estar sin estrenar. Un *sporrán* colgaba de su cadera y unas medias de gala calzaban sus fornidas piernas. Una capa larga colgaba de uno de sus hombros y estaba prendida a la tela del *kilt* para evitar que se cayera.

El pelo del joven estaba más peinado que nunca y un brillo pícaro en sus ojos color ámbar apareció en el momento en el que ella puso la mirada sobre él.

El joven sonrió, provocando que Sophie estuviera a punto de desfallecer, ya que sus piernas comenzaron a temblar por la emoción. Se sentía realmente feliz,

más que nunca en los últimos meses y en ese instante, cualquier asomo de duda sobre su viaje a Escocia desapareció de golpe, afirmándose a sí misma que era lo mejor que había hecho en toda su vida, puesto que sentía que había encontrado su lugar en el mundo.

—Cerrad la boca u os entrarán moscas —comentó Edwin de forma divertida.

Sophie no se había dado cuenta de que estaba con la boca abierta por la impresión al ver a Gael, por lo que la cerró de golpe y caminó más deprisa

hasta su futuro marido.

Gael, por su parte, se había sentido impaciente al ver la novia tardaba más de la cuenta en bajar al salón, incluso algunos de los invitados habían comenzado a hacer las típicas bromas hacia la tardanza de la joven. Así que cuando las puerta del gran salón se abrieron para dar paso a Sophie, Gael suspiró con cierto alivio, aunque su nerviosismo aumentó al ver el increíble y sorprendente vestido de Sophie. El joven no pudo evitar levantar una ceja al ver que los hombros de su futura esposa estaban tan al descubierto, algo que no había visto nadie hasta entonces, así que supuso que en el tiempo de la joven era normal vestir de esa forma, sin embargo, no pudo evitar lanzar miradas de odio y claras amenazas contra los allí presentes para que evitaran mirar más abajo del cuello de Sophie.

La vio realmente hermosa. Sophie parecía una princesa caminando hacia él.

Su sonrisa hacía brillar todo a su paso y su mirada fija puesta en él le indicó que únicamente tenía ojos para él. Gael sintió que en su pecho se formaba algo extraño, algo que nunca había sentido y que se trataba de un sentimiento tan fuerte que parecía haber atravesado su cuerpo como si de una espada se tratase.

El corazón se le aceleró cuando a Sophie solo le quedaba un par de pasos hacia él y estaba a punto de tocarla. El sentimiento de protección sobre ella aumentó, jurándose a sí mismo en ese instante que jamás dejaría que le hicieran daño. No le hizo falta jurarlo ante nadie, ya que su palabra siempre la había cumplido y nunca había fallado.

Sophie adelantó una mano hacia él cuando llegó a su altura y Gael, tomándola con ternura, la ayudó a dar el último paso hasta el altar.

—Gracias, hermano —susurró a Edwin antes de que este fuera a su lugar.

Después, ambos suspiraron y miraron al sacerdote, que sonreía a ambos con ternura antes de comenzar con el discurso ceremonial.

Transcurrida una hora, en el gran salón solo se escuchaban los vítores de los

asistentes a la ceremonia. Gael y Sophie ya se habían convertido en matrimonio y todos estaban deseosos de comenzar con la celebración. Cuando el sacerdote pronunció las últimas palabras y se alejó de los novios, el resto de invitados se acercaron para darles la enhorabuena, lo cual produjo una enorme sorpresa en Sophie, que no podía creer la familiaridad y aceptación de aquella gente a la que apenas conocía.

Un asomo de tristeza apareció en sus ojos al recordar su propio tiempo. Las personas caminaban por la calle con los ojos perdidos sin pararse a hablar con nadie, sin saludarse, ni siquiera con sus propios vecinos de toda una vida. Y, sin embargo, en ese momento aquellos desconocidos le hablaban y la trataban como si la conocieran de toda la vida, haciendo que sus nervios y temores desaparecieran por completo.

—¡Que vivan los novios! —vociferaban mientras los animaban a besarse.

Sophie sonrió y al instante sintió sobre su cintura la fuerte mano de su ya marido antes de que el guerrero posara sobre ellas sus labios húmedos y ávidos de amor. La joven se dejó besar y llevar por el momento antes de obligarse a alejarse de él tras sentir que en su vientre se posaba una maraña de pasión.

Gael la acompañó hasta sus asientos tras la mesa principal y levantó su copa al instante:

—Quiero brindar por mi esposa —dijo sin dejar de mirarla—, a la que prometo proteger y cuidar hasta que nuestro Señor me reclame junto a él.

Los demás levantaron sus copas al mismo tiempo y brindaron por la joven, provocando que Sophie sintiera un nudo en la garganta y las lágrimas acudieran a sus ojos, impidiéndole ver con claridad a su alrededor. La joven sonrió e inclinó la cabeza en señal de agradecimiento a todos antes de dirigir la mirada hacia sus platos para evitar que los demás la vieran sonrojarse y emocionarse.

Cuando todos se sentaron, Sophie miró de reojo a Gael sin poder creer cómo había cambiado su forma de ser desde que lo había conocido. Dentro del feroz e implacable guerrero había un hueco para el amor que llevaba

demasiados años congelado y la joven descubrió que poco a poco estaba derritiéndose para dejar paso al verdadero Gael, a ese del que hablaba Donald en su libro, un Gael bueno, atento, amable con los suyos, aunque sin dejar de ser el Lobo al que todos temían, ya que la gente de su clan dependía de él, y ahora Sophie formaba parte de él.

Sophie Sinclair... le sonaba bien. La joven sonrió mientras pensaba en su nuevo apellido hasta que la mano de su marido se posó sobre ella.

—¿Te sientes abrumada?

Sophie levantó la cabeza y lo miró.

—Sí, bueno... un poco. Es que me ha sorprendido su acogimiento. Solo eso.

Gael esbozó una pequeña sonrisa.

—Son buena gente. A pesar de todo, estos *lairds* han seguido siendo fieles a nuestro clan.

Apretó de nuevo su mano.

—Estás preciosa, Sophie —dijo en voz baja—. Jamás pensé que me vería en esta situación.

—Yo tampoco —confesó la joven—. Después de que mi compromiso se acabara pensé que no me casaría jamás. Y mira... Tú también estás guapísimo.

Gael se encogió de hombros y se volvió hacia su hermano, que miraba con el rostro muy serio hacia su plato, que removía sin llegar a probar bocado.

—Temo por él —le confesó.

—¿Crees que puede hacer una tontería?

—Tal vez —contestó—. Se va del clan y ya no podré protegerlo como hasta ahora.

—Lo sé, pero podemos intentar detenerlo.

Gael sonrió con tristeza.

—No podría. Si hiciera uso de mi posición y lo obligara a quedarse en el castillo, sé que no sería bueno para él. Debo dejarlo ir.

En ese momento, como si supiera que hablaban de él, Edwin levantó la mirada de su plato y la dirigió a los novios. El joven levantó su copa hacia ellos, pero no bebió, tan solo dejó caer su cuchara sobre el plato y se levantó de la silla para marcharse del salón, dejando a Gael con el corazón en un puño. El guerrero intentó levantarse, pero Sophie lo detuvo.

—Iré yo.

Gael asintió y volvió a sentarse justo en el momento en el que uno de los *lairds* más cercanos se aproximó a él para hablar sobre los Sutherland.

Sophie salió del gran salón sin apenas ser vista. Los invitados estaban tan metidos en sus conversaciones y en las bebidas que apenas repararon en que la novia salía del salón tras los pasos de Edwin, cuya sombra vio salir del castillo.

La joven se dirigió hacia la puerta y, a pesar del aire frío que le provocó un escalofrío, salió del castillo sin ponerse una capa, ya que no quería perder de vista a Edwin.

—¿Por qué me sigues? —le preguntó cuando reparó en su presencia.

Sophie se adelantó hasta llegar a su altura y lo miró con atención. Descubrió que la mandíbula del joven estaba apretada con fuerza y que respiraba con dificultad. Un mar de lágrimas inundaba sus párpados e intentó mirar hacia otro lado para que Sophie no viera su debilidad. Sin embargo, la joven le tomó la cara con suavidad.

—No pasa nada por llorar, Edwin. Solo muestras un sentimiento. Y lamento ser yo el motivo de tu desazón.

—Pronto acabará. Dentro de dos días me iré del castillo. No puedo más.

—Lo siento.

Edwin sonrió tristemente y la miró a los ojos.

—No pasa nada. No tenéis por qué acongojaros en vuestra boda, muchacha.
Y

menos por mí. Soy fuerte. Mi padre me crió para que lo fuera, aunque es un sentimiento tan fuerte...

Su voz se quebró y dejó de hablar. El joven apretó los puños y miró hacia otro lado. Maldijo en silencio su debilidad y se juró arrancársela del cuerpo en cuanto pusiera los pies fuera de esa tierra. Sin embargo, aquellas manos tan pequeñas que ahora sujetaban su rostro aceleraban su corazón de tal manera que parecía que en cualquier momento iba a morir.

Edwin abrió los ojos y la observó. A su alrededor estaba todo en silencio, tan solo roto por la suave y fría brisa del mar. El aire descolocó algunos mechones del cabello de Sophie y Edwin corrió enseguida a colocárselo tras la oreja, manteniendo la mano unos segundos más contra su suave piel.

—Sois tan hermosa...

Sophie bajó la mirada y tragó saliva. No quería que nadie viera aquel gesto tan íntimo entre los dos, ya que podían sacar unas conclusiones que no eran ciertas, por lo que la joven dio un par de pasos hacia atrás y le pidió que volviera dentro del gran salón.

—Me quedaré un rato más aquí si no os importa.

Sophie asintió y lo dejó solo y pensativo mientras ella se dirigía hacia el interior del castillo para protegerse del frío al tiempo que unos ojos gatunos la observaban escondidos desde no muy lejos de allí mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa al descubrir el amor que le profesaba el pequeño de los Sinclair a aquella furcia francesa.

CAPÍTULO 14

Tras varias horas de celebración, Gael y Sophie decidieron retirarse a pesar de las negativas de los asistentes.

—¡Podéis seguir celebrando, amigos!

Aquellas palabras fueron seguidas de vítores y palabras subidas de tono hacia la novia para intentar sacarle un sonrojo. Sin embargo, la risa de Sophie fue lo único que obtuvieron.

—¡Espero que tu cama aguante, Sinclair! —gritó uno con sorna.

—¿Estás seguro de poder satisfacerla después de lo que has bebido? ¡Yo he bebido menos!

Las risas de los asistentes no se hicieron esperar, haciendo que Sophie pusiera los ojos en blanco antes de girarse hacia la puerta.

—¡Si vuestro esposo no cumple como es debido, no dudéis en decirlo!

Sophie comenzó a sacudir los hombros hasta que, finalmente, comenzó a carcajearse a pesar de la expresión de Gael, que miraba de reojo a sus amistades para intentar poner un orden que ya estaba perdido por completo.

Cuando las puertas del salón se cerraron, Sophie aún podía escuchar las carcajadas de los invitados y los comentarios soeces sobre su noche de bodas. El rostro de Gael aún mantenía el ceño fruncido, pero Sophie le dio un pequeño golpe en el brazo para que se relajara y no diera importancia a las palabras del resto.

—No estaba seguro de arrancar los ojos a todos los hombres o darte unos azotes cuando entraste en el salón con ese vestido —le dijo cuando estuvieron en la soledad e intimidad de su alcoba.

Sophie amplió su sonrisa y se dio una vuelta ante él mientras agarraba la falda de su vestido.

—¿No te gusta?

—Sí, pero para que lo lleves puesto solo para mí, no para decenas de hombres sedientos de carne.

Sophie rio y se sentó en la cama.

—Me gustaría ver tu cara si alguna vez vieras el tipo de ropa que se usa en las playas en verano. Este escote no sería nada...

Gael, aún con el rostro serio, se acercó a ella y se sentó a su lado. Después tomó una de sus manos y la besó con delicadeza.

—Me gustaría conocer cosas de tu tiempo. Estoy seguro de que me llevará cierto tiempo comprender algunos cambios, pero estaría encantado de conocer más de ti y de tu vida en el futuro.

—¿Pero? —Gael la miró sin comprender—. Ese tono de voz implica algo más.

—¿Te has planteado la opción de que puedas volver aunque no quieras?

Esa pregunta borró la alegría del rostro de Sophie. ¿Que si lo había pensado?

Una y otra vez, pero no tenía ni idea de cómo ni cuándo podía ser eso en caso de que alguna vez llegara. No obstante, algo dentro de ella le pedía que no tuviera miedo de perder lo que había conseguido, así que se encogió de hombros.

—Sí, muchas veces. Pero no quiero pensar en eso ahora. En este momento estamos tú y yo solos y no hay nadie que pueda impedir que podamos disfrutar y ser felices.

Gael asintió y acarició la mano de la joven. Lentamente, comenzó a subir la mano por su brazo hasta llegar al cuello, donde la detuvo mientras acariciaba con el pulgar la base del mismo, provocando escalofríos en Sophie, que cerró los ojos de placer al sentir esa caricia.

La joven suspiró cuando sintió los labios de Gael contra su piel. El guerrero la empujó suavemente contra la cama y se dedicó en cuerpo y alma a dar placer a la que ya era su mujer. Deseaba hacerle olvidar cualquier otra cosa

que no fueran ellos en ese momento y borrar cualquier asomo de duda respecto a lo demás. En ese momento le importaba solo su esposa, su felicidad y su amor.

Gael acarició con una mano el cuerpo de Sophie, que ya había llevado las manos hacia los cordones del corsé para desatarlos, aunque las manos inquietas de Gael llegaron antes para ser él quien desanudara la cuerda. Mientras tanto, sus labios devoraban con pasión los de Sophie, que aceptaba y reclamaba la lengua de su marido cuando este se alejaba unos centímetros de ella para mirar su rostro.

—Eres muy hermosa... —susurró contra la piel de uno de sus pechos.

Con fuerza, succionó su pezón mientras intentaba quitarse su propia ropa. Sin embargo, Sophie lo detuvo y le pidió ser ella quien lo desnudara. Gael se dejó hacer y, tras incorporarse en la cama, no dejó de observar las manos de Sophie en los pliegues de su *kilt*. La joven dejó caer el *sporran* a un lado antes de que sus manos lograran desanudar el resto de la ropa, que cayó a un lado de la cama.

Cuando Gael estuvo desnudo de cintura para abajo, Sophie comenzó a desabrochar los botones de su camisa, dejando un beso húmedo allí donde un segundo antes estaba la camisa. Y cuando la joven terminó de desabrocharla, se la quitó lentamente mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Sophie sentía que sus pezones estaban a punto de reventar por el tremendo placer que le provocaba ver el cuerpo de Gael desnudo. Incluso así, el joven parecía aún más fiero y peligroso que vestido.

—Me estás matando, muchacha...

Con el miembro ya erecto, Gael se lanzó de nuevo hacia la boca de la joven, que lo recibió con un gemido de placer al sentir contra la piel de su vientre aquella imponente carne. Con manos presurosas, Gael bajó la falda de Sophie por sus piernas hasta tirarla a un lado de la cama y cuando por fin la tuvo desnuda, se separó ligeramente de ella para admirar su cuerpo y acariciarlo lentamente de arriba abajo, disfrutando de todos y cada uno de los pliegues de su anatomía.

Con un suspiro, Gael volvió a tumbarse sobre Sophie y se introdujo lentamente en su cuerpo. Sentía que no podía esperar más para ser suyo de nuevo. Desde que la joven había aparecido en el altar improvisado del salón, Gael solo había deseado poder acariciarla y darle placer, además de entregarse a ella tal y como lo habían hecho de palabra frente los asistentes a la boda.

Con las acometidas cada vez más rápidas, ambos lanzaban gemidos de placer hasta que finalmente acabaron juntos en un profundo frenesí que los dejó totalmente exhaustos.

El día llegó demasiado deprisa para Sophie. Durante gran parte de la noche Gael le había demostrado una y otra vez lo enamorado que estaba hasta que ambos no habían podido más y habían caído rendidos pocas horas antes de que las primeras luces del alba aparecieran en el horizonte.

Por eso, cuando la joven abrió los ojos por primera vez, lanzó un quejido y se removió entre las sábanas intentando buscar otra postura para volver a relajarse y

regresar al mundo de los sueños. Sin embargo, lo único que consiguió fue desvelarse del todo y alejar de ella cualquier rastro de sueño.

Durante unos instantes, se detuvo a admirar la belleza de Gael desnudo y totalmente dormido. En ese profundo sueño que lo embargaba parecía ser otra persona. En sus labios se dibujaba una sincera sonrisa y una paz que jamás había visto en él. Su ceño ya no estaba fruncido, al contrario, su cara estaba relajada por completo, inspirando la misma armonía y tranquilidad que un niño.

El pecho del joven subía y bajaba lentamente y Sophie no pudo evitar poner una mano sobre él. Desde ahí sintió los suaves latidos de su corazón y durante unos momentos sintió esa misma paz, algo que incluso le hizo dudar sobre si estaba despierta o seguía durmiendo.

Después de pasar un buen rato admirando la belleza de su marido, Sophie retiró las sábanas de su cuerpo y se levantó dispuesta a lavarse la cara y acicalarse antes de vestirse. Sin embargo, de camino a la jofaina llamó su

atención un papel en el suelo. Intentó recordar si antes había algo ahí, pero cuando entraron en la habitación no había nada, así que supuso que alguien lo había pasado por debajo de la puerta mientras ellos estaban dormidos.

Sophie se agachó para cogerlo y vio que en el reverso ponía que iba dirigida a ella, por lo que la abrió, sorprendida.

No quiero hacer más daño del que ya he podido hacer hasta ahora, así que he decidido marcharme sin despedirme de vosotros. Os deseo lo mejor para vuestro matrimonio. Sin embargo, hay algo que me gustaría daros antes de irme de estas tierras.

Os espero en las ruinas que hay al oeste cerca del acantilado. Lo siento, pero no quiero que mi hermano se entere de esto, por eso os ruego que no le digáis nada.

Un saludo,

Edwin Sinclair.

Sophie frunció el ceño, extrañada por el comportamiento de su cuñado y durante unos momentos se debatió sobre si debía despertar a Gael para comunicarle la marcha de su hermano o su deber era ir hacia el lugar convenido para hablar con él e intentar de nuevo que tomara la decisión de quedarse.

Finalmente, optó por no despertar a su marido y, de puntillas, corrió hacia el baúl

que el día anterior habían llevado las doncellas con algunos vestidos nuevos para ella.

Sophie tomó el vestido más cómodo que vio y tras ponérselo, de nuevo sin corsé para tener el cuerpo más suelto, salió de la alcoba no sin antes dirigir una mirada hacia Gael. Estaba segura de que si el guerrero despertaba antes de que ella volviera, pondría el grito en el cielo por haberse marchado sin haberle dado aviso, y más justo después de su noche de bodas.

Aún no había nadie en los pasillos cuando Sophie salió de la habitación, algo que le extrañó de sobremanera, ya que solían madrugar para comenzar con los preparativos del día. Sin embargo, supuso que todos estaban durmiendo debido a la fiesta del día anterior.

Cuando la joven salió del castillo, una fría brisa la recibió, provocándole un intenso escalofrío, por lo que se arrebujó aún más en la capa que acababa de poner sobre sus hombros para protegerse. Con decisión, se puso la capucha para tapar su rostro y evitar ser vista por los centinelas de las murallas, que seguían vigilando sus tierras para evitar un posible ataque de los Sutherland. Sophie caminó deprisa hasta las cuadras para tomar prestado uno de los caballos, y no pudo evitar una sonrisa de agradecimiento cuando vio que uno de ellos aún seguía ensillado. Sin pensar, Sophie lo montó y acarició antes de que este se pusiera en marcha. Se dirigió hacia la puerta del patio exterior y salió casi sin ser vista, pues los centinelas estaban en el cambio de guardia y justo en ese momento nadie vigilaba el terreno.

No obstante, unos ojos, más que sorprendidos, la miraron desde uno de los lados de la muralla y la reconocieron al instante. Sin poder creer lo que veían sus ojos, el guerrero intentó descubrir el camino que tomaba la joven para averiguar su destino y cuando Sophie había desaparecido de su vista, se dispuso a bajar la muralla para correr hacia la habitación del *laird* de los Sinclair.

Sophie cabalgó tan solo veinte minutos para llegar al lugar convenido por Edwin en su carta. La joven miró a su alrededor, extrañada de que el joven aún no hubiera llegado a la cita, por lo que desmontó el caballo y lo ató a uno de los pocos árboles que había en ese valle y desde donde podía ver en la distancia uno de los enormes acantilados que abundaban en esa zona.

Sophie se acercó a las ruinas y las observó con detenimiento. No recordaba haberlas visto cuando aún estaba en el futuro, por lo que supuso que el paso del tiempo las había enterrado. Lo que sí recordaba del futuro es que en esa zona era

donde se encontraba la ganadería que había intentado buscar cuando la tormenta se le echó encima la noche del viaje en el tiempo.

Sophie sonrió con nostalgia. En parte echaba de menos su tierra, su tiempo, sus costumbres, su ropa... pero sentía que había ganado mucho más. Por primera vez en mucho tiempo se mostraba plena y feliz con lo poco que tenía. Sin embargo, en ese momento todo se truncó a su espalda a tan solo unos metros de ella cuando una voz conocida y repelente le habló:

—Qué alegría volver a verla, señora Sinclair —dijo Calem arrastrando las palabras—. Debo darle la enhorabuena por su reciente boda.

El corazón de Sophie pareció dejar de latir de repente. Con lentitud, ya que temía que fuera solo producto de su imaginación, la joven comenzó a darse la vuelta para mirar a su espalda y, cuando vio lo que había detrás, un intenso frío traspasó su cuerpo de golpe.

Una decena de hombres del clan Sutherland la miraban con las espadas desenvainadas y comenzaron a rodearla con sus caballos. El pulso de la joven se aceleró hasta tal punto que creyó que iba a desmayarse en cualquier momento.

Sin embargo, se infundió ánimos a sí misma para no decaer y darle esa satisfacción a aquel hombre que la miraba como si solo fuera un trozo de carne.

—Me sorprendió no haber sido invitado a vuestra boda... —continuó mientras acercaba su caballo a Sophie—. Tal vez así habríamos limado nuestras asperezas.

—La carta la has enviado tú, ¿verdad?

Calem rio y desmontó el caballo.

—Sois una mujer muy perspicaz. Pensaba que iba a ser más difícil introducir a uno de mis hombres en el castillo, pero después de un día y una noche de jolgorio todo el mundo dormía tan profundo que no han visto entrar a un encapuchado entre sus muros. ¡Qué pena dan los Sinclair! Se ha echado a perder ese clan...

—¿Por qué no los dejas en paz?

Los Sutherland se rieron de ella tras esa pregunta.

—Jamás. No pararé hasta ver a Gael Sinclair destrozado, hundido por la pena y consumido por la rabia. —Calem la miró mientras torcía la cabeza—. Y vos me vais a ayudar.

—Ni muerta —respondió Sophie con un asomo de valentía que apenas sentía.

—Eso está por ver.

A una señal de Calem, las espadas de sus hombres bajaron y se dirigieron hasta Sophie, amenazando ser clavadas en su cuerpo si no obedecía. Sophie no movió ni un solo músculo de su cuerpo en su dirección, sino que se mantuvo quieta y mirando fijamente a Calem a pesar de sentir contra su espalda la punta de las espadas.

El jefe de los Sutherland sonrió de lado y dio un paso más hacia la joven, quedando a solo un par de pasos más.

—Me gusta vuestra valentía, muchacha, pero no acepto un no por respuesta.

Con un movimiento rápido, Calem extrajo del cinto que pendía de su cintura una daga y atrajo a Sophie hacia él, colocando después la punta en la base de su cuello.

—Y tampoco me gusta repetir las cosas.

Sophie se vio empujada hacia el caballo de Calem a pesar de sus intentos por soltarse, quien la obligó a subir a la fuerza y se subió tras ella para abandonar después las ruinas y cabalgar con prisa hacia la linde de sus tierras sin ver que la joven dejaba caer sobre la hierba la carta con la que se habían puesto en contacto con ella.

Diez minutos después de que Sophie abandonara su lecho, Gael comenzó a despertar. Hacía infinidad de tiempo que no había descansado y dormido tan profundamente como esa noche, por lo que cuando el sueño lo abandonó comenzó a desperezarse lentamente y se giró, aún con los ojos cerrados, hacia su esposa, encontrando ese lado de la cama vacío y ya frío.

Gael abrió los ojos de golpe y miró a su alrededor para comprobar si Sophie estaba aún en la habitación, algo que le extrañó y enfadó al mismo tiempo.

Siempre había dormido tan superficialmente que notaba cuando alguien o algo se movían cerca de él, sin embargo, esa noche había estado tan cansado que no había sentido el movimiento del colchón cuando Sophie lo había abandonado.

Con rapidez, se levantó de la cama y se acercó, totalmente desnudo, a la ventana para comprobar si la joven estaba en el patio. Sin embargo, todo estaba

en orden y apenas había gente en el mismo, tan solo los guerreros que solían hacer guardia en la muralla del castillo.

Gael se dio la vuelta para vestirse justo en el momento en el que alguien llamaba con insistencia a su puerta.

—¡Adelante! —ordenó mientras se ponía la camisa.

Su hermano entró en el dormitorio con el rostro desencajado y lleno de preocupación. Gael, en cuanto lo vio, supo que ocurría algo con Sophie, por lo que no tardó en ponerse el *kilt* y adelantarse a él.

—¿Qué ocurre?

—Tal vez sea una tontería, hermano, pero he visto que Sophie se marchaba a caballo del castillo justo en el cambio de guardia. ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?

Gael frunció el ceño.

—No. Ni siquiera me he dado cuenta de que se ha ido. ¿Has visto el camino que tomaba?

—Sí, el que lleva a las ruinas.

—¿Las ruinas? ¿Y qué demonios ha ido a hacer allí?

—No sé, hermano, pero si la noticia de tu boda se ha extendido, puede correr peligro.

—¡Maldita sea!

Gael resopló al tiempo que cogía el cinto con la espada y se marchaba con Edwin hacia el patio, donde ya estaban sus hombres esperándolo.

—Me he tomado la libertad de convocarlos —le explicó su hermano.

—Gracias —le dijo antes de levantar la voz para dirigirse a los guerreros del clan—. ¡Señores! Mi esposa ha salido del castillo sin protección y puede correr peligro. Sabemos que ha tomado el camino de las ruinas, así que debemos encaminarnos hacia allí.

—¿Qué pasa, Sinclair, vuestra esposa ha salido corriendo tras yacer en la cama contigo? —bromeó uno de los *lairds* que habían acudido a la boda y que salía del castillo en ese momento.

Gael se dio la vuelta con el rostro serio.

—Tengo la sensación de que ha quedado con alguien. Desde que está en el castillo no ha salido sola jamás. ¿Nos ayudarás, MacLeod?

John MacLeod sonrió y le puso una mano en el hombro. Se conocían desde hacía años y sus clanes habían sido siempre amigos.

—No lo dudes, amigo mío.

Gael asintió, agradecido por su ayuda y sin más que añadir, más de una veintena de hombres se encaminaron hacia los caballos, que ya estaban ensillados y preparados para su partida.

—Seguro que no es nada, hermano —intentó animarlo Edwin.

—No estoy tan seguro —susurró Gael.

Los Sinclair tardaron poco en llegar a las ruinas donde suponían que había ido Sophie, pero allí no había nadie, tan solo uno de los caballos que Gael

había comprado hacía relativamente poco. El joven frunció el ceño y se bajó del caballo, junto con Edwin, y se aproximaron al animal. Ambos sacaron las espadas, seguidos del resto de guerrero del clan y miraron a su alrededor en busca de alguna señal que pudiera indicar que Sophie seguía por allí.

Sin embargo, no había ni rastro de la joven.

—Pero ¿por qué demonios ha venido hasta aquí? —preguntó Gael más para sí que para Edwin.

Este se encontraba mirando el suelo a su alrededor y vio que la hierba estaba pataleada recientemente por varios animales.

—No ha estado sola, hermano —dijo señalando la hierba—. Hay señales de varios caballos. Y aquí está la tierra removida.

Gael se acercó a él y comprobó que así era, por lo que levantó la vista para mirar a su alrededor hasta que vio lo que parecía ser un papel unos metros más al oeste de las ruinas. El joven se aproximó hasta allí y tomó el pliego entre sus manos para leer, no sin sorprenderse, las letras plasmadas en el mismo.

—¿Edwin? —llamó a su hermano, que acudió enseguida—. ¿Me puedes explicar esto?

Gael le pasó el papel con rabia y esperó a que su hermano lo leyera, que no tardó en levantar la mirada, con ojos sorprendidos, para después negar con la cabeza.

—Yo no he escrito esto. Además, no es mi letra.

—Ya me lo he imaginado, pero si nadie más sabe que te marchas, ¿por qué se han hecho pasar por ti?

—No lo sé —respondió Edwin, confundido—. Espera...

A su mente acudió la imagen de ambos hablando en el patio del castillo el día anterior cuando se había ausentado de la boda y Sophie salió tras él para

hablar.

—Ayer hablé con ella en el patio. Tal vez alguien del clan Sutherland nos escuchó hablar de mi marcha.

—Malditos sean —susurró Gael mientras arrugaba el papel—. Tal vez no estén muy lejos de aquí. Las huellas van hacia allí. Vayamos tras ellos.

CAPÍTULO 15

Calem había ordenado a sus hombres que cabalgaran cada vez más deprisa hacia el lugar convenido. Temía que los Sinclair fueran más listos y rápidos y logaran alcanzarlos antes de llegar a tierras de los Sutherland para estar más a salvo.

Sophie no veía escapatoria por ningún lado. Cabalgaba rodeada de los hombres de Calem y no la dejaban sola ni un solo segundo, por lo que le resultaría muy difícil escapar de ellos a pesar de recordar todos y cada uno de los lugares por donde habían pasado a lo largo de todo el día.

Sin tan siquiera haber parado para comer a mediodía, ya estaban a punto de entrar en tierras enemigas de los Sinclair, por lo que le resultaría aún más complicado volver a casa, especialmente con las manos atadas como las llevaba en ese momento.

El cansancio se reflejaba en el rostro de Sophie, que no había cabalgado tantas horas a trote y sentía que los músculos de sus muslos estaban a punto de contraerse en un tirón, además del hambre que tenía, que le provocaba tal sensación de desmayo que pensaba que iba a caerse del caballo en cualquier momento. Sin embargo, se obligaba a estar atenta a todo lo que sucedía a su alrededor para intentar volver al castillo Sinclair en cuanto tuviera oportunidad de escapar.

Cuando la noche estaba a punto de llegar y el sol comenzaba a caer en el horizonte, Calem dio la orden de parar en una taberna de mala muerte que había justo tras haber pasado la frontera con las tierras de los Sinclair. Uno de los hombres que cabalgaba a su lado la empujó para obligarla a bajar del caballo y se la entregó a Calem, que la condujo hacia el interior de la taberna.

—Espero que no tengáis esperanza de que vuestro querido esposo venga a salvaros. Estoy seguro de que ni siquiera sabe a dónde fuisteis.

Sophie se acordó de la nota que dejó caer en las ruinas y rezó para que Gael pasara por allí, la viera y descubriera hacia dónde se habían ido.

—Y yo estoy segura de que morirás en sus manos.

Calem sonrió de lado y la empujó hacia adelante. Apenas había nadie en aquella taberna, tan solo un par de mujeres de vida alegre y una camarera a la que apenas le quedaban dientes. Las tres mujeres la miraron de arriba abajo con desprecio y después sirvieron bebidas a los recién llegados.

Sophie se miró las manos e intentó soltarse, pero las cuerdas estaban tan bien apretadas que apenas pudo moverlas.

—Si yo fuera tú, no lo intentaría —le dijo Calem—. Marcus es muy bueno haciendo nudos y nadie ha sido capaz de escapar de uno de ellos.

Calem bebió de su copa mientras la miraba. Sophie se sentía famélica y deshidratada. Le habría encantado beber un buen vaso de agua, sin embargo, no se molestaron en ofrecerle nada, y por lo que vio tampoco tenían intención de hacerlo, así que se tragó como pudo las ansias por beber algo y se centró en todo el odio que sentía hacia ese hombre que no dejaba de observarla.

—¿Sabes por qué hemos parado aquí? —preguntó con una sonrisa—. Porque aquí trabaja alguien a quien conoces bien.

Sophie frunció el ceño sin comprender, ya que ella no conocía a nadie fuera de los muros del castillo, así que por un momento pensó que se estaba equivocando de persona. Sin embargo, cuando Calem le señaló algo a su espalda, Sophie se giró lentamente para encontrarse, efectivamente, con un rostro más que conocido. Al instante, Leslie se adelantó y le propinó una sonora bofetada que la hizo trastabillar y caer al suelo.

Sophie llevó sus manos atadas al rostro. Sentía que le palpitaba la mejilla por el dolor y un ligero mareo le sobrevino de repente. Sin embargo, cuando pudo

recuperarse del golpe, se levantó de suelo. A su alrededor solo había vítores por parte de los hombres del clan Sutherland para que Leslie le propinara más golpes. Calem sonreía, disfrutando del espectáculo gratuito que ofrecía la rubia frente a Sophie.

—Me has robado mi vida —señaló entre dientes.

—Yo no te he robado nada. Tú misma te ganaste la expulsión del clan.

Leslie señaló a su alrededor.

—Me veo obligada, por tu culpa, a malvivir en este antro y a vender mi cuerpo por unas simples monedas que no me dan ni para comer.

—Debiste pensarlo antes. Estas son las consecuencias de tus actos —apuntó Sophie.

Leslie negó con la cabeza e intentó pegarle de nuevo, pero la mano de Calem se interpuso y la obligó a separarse.

—Disfruto mucho con vuestro espectáculo, pero hay alguien más en este lugar a quien conocéis, señora Sinclair... Cuántos amigos habéis hecho...

A su derecha vio una sombra. Sophie dirigió la mirada hacia allí y vio, con horror, que la persona que aparecía de entre las sombras no era otro que Alec, aquel que intentó violarla en el patio del castillo.

—Enhorabuena por vuestra boda, señora Sinclair —dijo con ironía—. Espero que haya disfrutado de su noche de bodas porque no volverá a ver a su querido esposo.

—Cuando Gael te encuentre, te matará sin piedad.

Los allí presentes rieron con su comentario, lo cual hizo que la esperanza de Sophie mermara considerablemente.

—Yo no estaría tan seguro, muchacha —contestó Alec—. Gael está loco.

Sophie abrió la boca para defender a Gael, pero la voz de Calem se interpuso.

—Bueno, ahora que ya nos conocemos todos, debo decirlos para qué estamos aquí, muchacha. No me gusta perder el tiempo.

Sophie lo miró y tragó saliva. Durante un momento esperó que sacara su espada y la matara allí mismo, sin embargo, descubrió al instante sus verdaderas intenciones.

—Nuestra amiga Leslie nos ha desvelado una información relevante acerca de vos.

Sophie le dirigió una mirada rápida a la rubia, la cual sonrió con maldad, y después volvió a mirar a Calem sin comprender realmente a dónde quería llegar.

—La ha acusado de utilizar hechizos y maldiciones para, según ella, viajar en el tiempo y embrujar a Gael Sinclair antes de comenzar a sembrar la discordia en el resto de clanes de nuestro país.

Sophie estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva. La joven apretó los puños con fuerza y de no ser porque sus manos estaban atadas se habría lanzado contra Leslie para golpearla hasta perder las fuerzas. Sin embargo, intentó mantener la compostura y miró a los ojos de Calem.

Todos a su alrededor estaban expectantes por conocer sus palabras y defensa de algo tan grave como la brujería.

—Creo que te estás equivocando de persona —dijo Sophie—. No soy yo la bruja.

La joven miró de reojo a Leslie y esta le devolvió una mirada de auténtico odio. La rubia se adelantó de nuevo con la intención de golpearla, pero Calem la detuvo con la mano.

—Una acusación así conlleva la muerte, muchacha —siguió haciendo caso omiso a sus palabras.

—¿Pero me has oído? —gritó Sophie—. La bruja es ella. Es la culpable de todo, me lo confesó.

Calem se encogió de hombros, restándole importancia.

—No os preocupéis así por ella. —Calem miró a Alec, que estaba a la espalda de Leslie y asintió con la cabeza—. La joven Leslie os acompañará en la hoguera, señora Sinclair.

Sophie miró a su derecha, sorprendida por esas palabras, y vio como Alec agarraba a Leslie por los brazos para atarle las manos mientras la joven miraba con horror a su alrededor y gritaba desconsoladamente.

—¡Maldito seas, Calem Sinclair! —La joven escupió a sus pies—. ¡Recibirás tu merecido, desgraciado!

Sophie sintió cómo sus piernas comenzaban a temblar. A partir de ese momento comenzó a ser consciente de que lo estaba ocurriendo a su alrededor era más serio de lo que pensaba en un principio y podría acabar en la hoguera si Gael no llegaba pronto con los guerreros de su clan.

La joven tragó saliva y vio como golpeaban a Leslie hasta dejarla inconsciente. A ella también le habría gustado gritar y proferir insultos contra aquellos hombres por su locura y crueldad, pero no estaba dispuesta a dejar entrever ningún asomo de debilidad por su parte, aunque todo su ser estuviera temblando de miedo y su corazón a punto de salir de su pecho.

—Señora Sinclair, estáis condenada a morir en la hoguera junto a esta desgraciada mañana por la mañana cuando los sacerdotes, a los que ya hemos enviado llamar, lleguen hasta aquí para dar su visto bueno a la quema de brujas.

—Eres un hijo de puta —soltó Sophie de golpe sin poder aguantarlo.

—Señora Sinclair, no perdáis los modales como vuestra amiga. Demostrad de qué pasta estáis hecha.

—Es verdad, perdón —señaló la joven—. Debí demostrarlo antes...

Sin previo aviso, Sophie levantó sus manos atadas y golpeó en la nariz a Calem, que dio un paso atrás por la fuerza de la joven. Al instante, todo

quedó sumido en el silencio a su alrededor mientras de la nariz del *laird* de los Sutherland comenzaba a salir abundante sangre. Al tiempo que este se tapaba la nariz para evitar la hemorragia, miró a Sophie con odio y aguantando las ansias de devolverle el golpe y le dijo:

—Lo próximo que verá vuestro esposo de vos serán vuestras cenizas.

Tras pasar la noche explorando varios caminos, sin éxito, Gael no se dio por vencido. Estaba seguro de que Sophie estaba bien en algún lugar de la frontera con las tierras de los Sutherland, pero no estaba seguro de dónde. La desesperación comenzaba a hacer mella en su talante y vociferaba a sus hombres mientras caminaba de un lado a otro como un lobo enjaulado esperando encontrar la solución.

Sus hombres, junto con Edwin, esperaban en un lado del camino que se bifurcaba tras haber traspasado de nuevo la frontera de sus tierras. Pensaba una y otra vez qué era lo primero que encontrarían si iban por un camino u otro e intentaba descubrir cuál de ellos podía haber tomado Calem Sutherland con sus hombres.

—Hermano —se adelantó Edwin—, el camino de la derecha nos lleva directamente al castillo de los Sutherland. El de la izquierda, solo a una taberna de mala muerte donde algunos de nuestros hombres han venido a desfogar alguna vez haciéndose pasar por un Sutherland. Creo que es mejor tomar el camino directo al castillo. La habrán llevado hasta allí.

Gael lo escuchó, pero algo dentro de él le decía que no, que Calem habría preferido desviar sus pensamientos hacia un lugar menos evidente. Y esa taberna que había mencionado su hermano lo atrajo de golpe. Comenzó a negar con la cabeza y finalmente miró a Edwin.

—Si tú fueras él, ¿irías a donde te encontrarán con tanta facilidad o tomarías otro camino para desviar atenciones sobre ti?

Edwin torció el gesto.

—¿De verdad crees que han podido ir a la taberna? ¿Calem Sutherland en ese lugar? Lo dudo, hermano.

—Pero yo dudo sobre sus intenciones. No creo que se haya llevado a Sophie solo para que yo vaya a su terreno y matarme, sino para hacer algo con ella y hacerme daño a mí de ese modo. Calem es más inteligente de lo que piensas, hermano. No es tan directo en sus actos. Hace algo para dañar al otro, pero no lo daña directamente. Cuando entraron en el castillo, no me mataron, pero sí mataron a nuestra hermana.

—¿Entonces ordenas que vayamos por este camino, el de la taberna?

Gael asintió mientras apretaba la empuñadura de su espada.

—Y espero que cuando lleguemos no sea demasiado tarde.

Montaron los caballos y, a una orden suya, tomaron el camino que llevaba a la taberna, deseando encontrar a Sophie de una vez por todas en ese lugar.

Cuando por fin se adentraron en un bosque que había justo antes de llegar a la taberna, se cruzaron con una decena de monjes que parecían llevar su mismo camino. Gael se extrañó al verlos, ya que no era muy común que los monjes de esa congregación salieran de sus muros. Sin embargo, intentó adelantarlos para dejarlos atrás, aunque uno de ellos se giró hacia Gael y lo llamó con la mano levantada.

—¿Desean algo, señores? —preguntó con prisa mientras sus hombres esperaban a su espalda.

—Vamos de camino a la taberna que hay cerca de aquí, pero no sabemos con exactitud su localización. Debemos ajusticiar a un par de brujas y llegamos tarde.

Gael frunció el ceño y se giró para mirar a Edwin, que se puso a su altura para escuchar mejor.

—¿Habéis dicho unas brujas?

—Sí, dos mujeres del clan Sinclair que están acusadas por Calem Sutherland de brujería. —El monje se santiguó y negó con la cabeza—. Es una plaga. Ese clan es el mal.

—Las lenguas dicen que su *laird* es como un lobo, que no tiene sentimientos y que se comporta como un loco.

Gael sonrió y miró a sus hombres antes de fijar de nuevo la mirada en esos monjes mientras, disimuladamente, llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—Tenéis razón, aunque erráis en algo —dijo mientras sacaba la espada—.

Soy peor de lo que dicen.

Los diez monjes dieron un paso atrás y se santiguaron mientras miraban como el resto de guerreros sacaba las espadas.

—¿Sois Gael Sinclair? —preguntó el monje.

—Sí, y una de esas mujeres a la que habéis llamado bruja es mi esposa.

Uno de los monjes resopló.

—Solo una bruja osaría casarse con alguien como vos —dijo con desprecio.

—Tal vez, pero esa bruja está bajo mi protección y pienso llevar a cabo de mi compromiso como esposo y como hombre hacia esa mujer... con vuestra ayuda.

Edwin frunció el ceño y lo miró, extrañado. Los monjes volvieron a santiguarse al ver que Gael bajaba del caballo y daba un paso hacia ellos con la espada en alto.

—Ya sea por las buenas... o por las malas —indicó el guerrero mientras mantenía la mirada fija sobre el monje que tenía ante sí antes de golpearlo con la empuñadura de su espada.

CAPÍTULO 16

Cuando llegó el amanecer no sorprendió a Sophie, que se había pasado toda la noche sin poder cerrar los ojos ni un solo instante para dormir por última

vez.

Deseaba aprovechar los pocos momentos que le quedaban con vida antes de que aquel loco, junto con esos monjes, la llevara al patíbulo.

Quemada. Iba a morir de la peor manera posible. Jamás había imaginado que su fin iba a ser de aquella manera. Tampoco quería pensar en lo que iba a sufrir hasta que su cuerpo finalmente se quemara o ella perdiera la conciencia debido a la falta de oxígeno al verse privado de este con el fuego. Pensar en su cercana muerte la hacía derrumbarse, y no era precisamente eso lo que deseaba.

Intentó infundirse ánimo al pensar en todo lo que había sucedido a su alrededor cuando decidió cambiar de vida. Y tanto que le había cambiado. Pasó de estar prometida con Adrien, a quien perdonó a lo largo de toda la noche, a casarse con un hombre al que acababa de conocer días atrás, pero con quien había sentido algo tan diferente que sabía que no podría vivir sin tenerlo a su lado. Por eso, gran parte de la noche la pasó pensando en su marido y en lo poco que le había durado la felicidad a su lado. No quería ni imaginar cómo estaría Gael en ese momento mientras ella estaba desaparecida. Lo imaginó buscando desesperadamente a lo largo de todas sus tierras, sin éxito en su búsqueda, y sin saber que tampoco estaba tan lejos como imaginaba.

Lo iba a perder. Iba a morir sin volver a ver su rostro, su imponente figura y sin volver a sentir sus manos sobre su cuerpo.

Una lágrima rodó por su mejilla al desear abrazarlo por última vez. Sophie se maldijo mentalmente una y otra vez por haber caído en la trampa de Calem Sutherland. Debió haberse dado cuenta de que Edwin jamás se marcharía del castillo sin despedirse de su hermano, pero eran tan grandes sus ansias para que el guerrero se quedara con ellos que habría hecho cualquier cosa para conseguirlo. Pero le había salido mal. No fue consciente de que estaba metida en una enorme trampa hasta que se dio de bruces con ella.

Y allí estaba, metida en una taberna de vida alegre en medio de la nada y encerrada junto a su peor enemiga, Leslie Sinclair, que cayó rendida al poco de ser encerradas en la misma habitación, cosa que Sophie agradeció ya que

así no aguantaría sus desprecios y malas palabras.

Sophie suspiró, pensativa y triste cuando en el horizonte aparecieron los primeros rayos de luz. Sabía que su final estaba cerca y no podía hacer nada para salvarse. Había intentado abrir varias veces la ventana, pero los marcos de la misma estaban hinchados por el mal tiempo y el descuido en su reparación y no logró mover ni un solo milímetro los goznes.

La joven miró entonces a Leslie, que parecía ir despertando poco a poco para ser consciente de que apenas les quedaba una hora de vida. A medida que los minutos pasaban, Sophie comenzó a escuchar el ajetreo fuera de esa habitación.

La joven se dirigió a la puerta para intentar escuchar algo de las conversaciones que mantenían cerca de ellas, pero apenas podía oír unas pocas palabras:

—Los monjes aún no han llegado, y es extraño.

—¿Crees que ha podido ocurrir algo?

—No lo sé, pero Calem ha dado la orden de ejecutarlas en menos de una hora aunque los monjes no hayan llegado.

Sophie sintió como su corazón se encogía por el miedo y comenzaba a latir con fuerza. En ese momento, un torrente de nerviosismo la recorrió de arriba abajo, permitiéndose sentir miedo por lo que estaba por llegar. No deseaba morir, y querría gritarlo tan fuerte como fuera necesario, pero no podía escapar para salvarse. Y durante unos momentos, sintió un ataque de pánico. Un sudor frío le recorrió la espalda y sus manos y piernas comenzaron a temblar mientras que sus pulmones parecían no poder tomar el aire suficiente para seguir respirando.

Leslie aún no era consciente de lo que había a su alrededor, por lo que solo ella sabía lo que le estaba ocurriendo, y si no era capaz de manejar sus emociones, llegaría a desmayarse por falta de aire en los pulmones. A pesar del pánico, Sophie intentó llevar a su mente un recuerdo feliz y solo puso acudir a su mente el rostro de Gael, la manera en la que sonreía al verla, sus

caricias, sus besos, el amor que le transmitía y la fortaleza y protección que sentía junto a él, algo que no tenía en ese momento, pero que poco a poco logró conseguir. Con el paso de los minutos, Sophie sintió que su respiración se volvió más normal y los latidos de su corazón fueron más lentos y pausados, lo cual provocó una ligera sonrisa en la joven al ver que lo había conseguido.

—¿Estás contenta con tu muerte, furcia? Ojalá te hubieras muerto cuando te clavé la daga. ¿Te ha quedado una buena cicatriz?

Sophie abrió los ojos y centró su mirada en la rubia, que la observaba con desprecio. Después, se levantó del suelo y dio un paso hacia ella.

—Estoy feliz porque yo moriré con el amor de Gael en mis venas, algo que tú no has tenido jamás.

—Maldita seas... —siseó Leslie mientras apretaba los puños—. Si tú no hubieras aparecido, Gael sería mío.

—No olvides que aparecí gracias a ti. —Levantó la voz—. No intentes culpar de tu mierda de vida a los demás.

Leslie dio un paso hacia ella con la intención de golpearla, pero el sonido de una llave introduciéndose en la cerradura de la puerta de la habitación llamó la atención de ambas mujeres, que dirigieron su interés a la persona que apareció tras ella.

Calem Sutherland se introdujo en la habitación con una sonrisa en los labios.

Miró a ambas mujeres alternativamente y después se hizo a un lado para que entraran dos de sus hombres.

—Espero que hayáis descansado bien esta noche. Ha llegado el momento...

—¡No! —vociferó Leslie corriendo hacia la puerta, en vano—. No pienso dejar que me matéis, malnacidos. Malditos seáis vosotros y toda vuestra familia.

¡Espero que vuestros cuerpos sean comidos por los cuervos!

Uno de los hombres recién llegados sujetó con fuerza a Leslie y le tapó la boca con la mano para evitar que sus alaridos siguieran escuchándose. Después, el hombre que quedaba miró a Sophie y se acercó a ella. La joven no pudo evitar temblar de miedo, pero con el recuerdo de Gael en su mente, logró contenerse y se soltó de su mano con un simple movimiento.

—Puedo caminar sola, gracias —dijo con desprecio.

—Actitud digna de una buena esposa de un *laird* —apuntó Calem—, qué pena que hayáis elegido mal a vuestro esposo...

Sophie lo miró con la cabeza alta y le escupió en la cara antes de dirigirse, con una ligera sonrisa en los labios, hacia fuera de la taberna y unos metros alejada de esta, donde ya habían preparado las maderas donde serían atadas cada una para ser quemadas.

Aquella horrible visión le produjo un escalofrío. Esa forma de asesinar a una persona solo la había visto en los libros y en las búsquedas en internet, pero

jamás imaginó que ella moriría en una de ellas. Las maderas que había bajo el palo principal estaban tan secas que arderían en poco tiempo y cuando vio como ataban a Leslie a su derecha, Sophie estuvo a punto de tener otro cuadro de pánico. Sin embargo, la sola imagen de Gael le infundía ánimos para no dejarse vencer ni mostrar miedo o incertidumbre frente al enemigo. Así que, con el mentón bien alto, Sophie subió hasta la pira mientras el hombre que caminaba tras ella preparaba las cuerdas con las que sería atada a la madera.

La joven se giró hacia los presentes y vio que estos sonreían al ver cómo era atada de manos. A su alrededor únicamente había guerreros del clan Sutherland y no podía creer que fueran a ser quemadas sin la presencia de aquellos monjes que, había esperado, rezaran para que murieran cuanto antes.

—¡Mujeres del clan Sinclair! —vociferó Calem frente a ellas—. Habéis sido condenadas por brujería a morir en la hoguera.

—¡Esto solo puede hacerse ante la presencia de unos sacerdotes! —gritó Leslie—. Os van a condenar por no actuar conforme a las normas.

Calem se encogió de hombros.

—Lo monjes fueron llamados, pero no han aparecido. Además, nadie sabrá que habéis sido asesinadas y siempre negaré que fui quien quemó viva a la esposa de mi peor enemigo —dijo mirando a Sophie—. Lo único que deseo en el día de hoy es ver cómo vuestros cuerpos arden por el fuego, brujas.

A una orden de Calem, uno de sus hombres se adelantó con una antorcha encendida y se dirigió a la pira de Sophie, sin embargo, el brazo del jefe de los Sutherland lo detuvo.

—Deseo quemar primero a la rubia...

—¿Qué? ¡No! —gritó Leslie desesperada mientras miraba de reojo a Sophie, que respiraba con cierto alivio—. ¡A ella! ¡La bruja es ella!

Sin hacer caso a sus gritos, el guerrero prendió lentamente la pira de la joven, que gritaba con tanta desesperación que su garganta pareció quedarse afónica cuando todas las maderas comenzaron a arder. Leslie miraba, con los ojos desorbitados, el fuego a su alrededor. La joven tenía la boca abierta, pero de ella no salía ni un solo sonido. Intentó, desesperada, deshacerse de sus ataduras para saltar fuera del fuego, pero pronto el humo llenó todo a su alrededor.

—Dios mío —susurró Sophie, horrorizada al ver como la pira consumía poco a poco el cuerpo de la rubia—, ¿qué clase de atrocidad es esta?

Sus ojos se llenaron de lágrimas, aunque no estaba segura si era por el miedo o por el picor que provocaba el humo, que ya había cubierto por completo el cuerpo de Leslie y apenas se la escuchaba ya gritar.

—¡Quemad a la siguiente bruja! —ordenó Calem.

En ese momento, Sophie sintió que no era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Tenía la sensación de que sus sentidos estaban embotados y no

podía pensar con claridad. Sin embargo, sí se dio cuenta de que el guerrero que estaba a punto de prender fuego a su pira paraba de golpe y miraba hacia su izquierda al tiempo que todos hacían lo mismo.

Sophie también giró su cabeza hasta allí y vio que una decena de monjes se acercaba al claro donde ellos se encontraban. Uno de ellos caminaba por delante de los demás, aunque uno de ellos iba tan pegado a la espalda del primero que daba la sensación de que caminaban agarrados.

Sophie frunció el ceño y sintió un gran odio hacia aquellos hombres que decían ser de Dios y únicamente llevaban a cabo atrocidades contra las personas.

En ese instante, Calem se acercó unos pasos a ellos mientras que el monje que caminaba primero se detuvo a solo unos metros de su pira.

—Llegáis tarde —se quejó el *laird* de los Sutherland—. Os exigí que estuvierais aquí para el alba. No hemos podido esperar para quemar a una de las brujas.

El monje, que era el único que mantenía la mirada en alto hacia los guerreros, parecía temblar bajo la sotana y procedió a quitarse la capucha que lo protegía del frío.

—Hemos tenido un contratiempo, señor —dijo con voz atemorizada.

—No me importan los contratiempos de un simple monje —contestó con desprecio el jefe del clan—. Ya no voy a esperar más a que deis vuestra última unción a esta maldita bruja. Será quemada enseguida.

—No mientras mis huesos sigan en esta tierra y pueda empuñar una espada.

En ese instante, el monje que había justo detrás del primero dio un paso hacia adelante y se quitó la sotana de golpe, descubriendo así su identidad, algo que secundaron los demás monjes.

Gael miró con tanto odio a Calem Sutherland que no pudo aguantar más y, tras sacar su espada, aprovechó el momento de sorpresa para clavarla en el

centro del pecho de su enemigo, que únicamente tuvo opción de lanzar un quejido mientras de su boca salía un reguero de sangre que comenzó a manchar su pecho en segundos.

Cuando Sophie reconoció a Gael entre el humo de la pira de Leslie, creyó que estaba teniendo una visión de su marido, pero al ver como este clavaba su espada en Calem, tuvo la certeza de que así era, que su marido había logrado llegar a tiempo para salvarla.

Pocos segundos hicieron falta para que el resto de guerreros intentara vengar la muerte de su *laird* a manos de Gael, por lo que los hombres de ambos bandos se enzarzaron en una lucha donde Sophie no era capaz de distinguir más que la imponente figura de su marido, que lograba acabar con cada enemigo con una facilidad pasmosa.

En un momento dado, uno de los hombres de Sutherland tomó de nuevo la antorcha, que había caído muy cerca de las maderas de la pira, y la tiró contra Sophie, prendiendo fuego al instante alrededor de la joven.

—¡No! —gritó Sophie mientras intentaba, sin éxito, deshacerse de sus cuerdas—. ¡Gael!

El guerrero, tras acabar con uno de sus enemigos, miró hacia su esposa y comprobó con horror que estaba comenzando a arder todo a su alrededor.

—¡Sophie! —gritó mientras corría hacia ella.

Sin embargo, el hombre que había lanzado la antorcha lo estaba esperando para atacarlo y cuando Gael pasó por su lado, no fue consciente del peligro que lo acechaba, ya que sus ojos estaban puestos únicamente en su esposa. No obstante, Edwin, que siempre estaba pendiente de su hermano, y en ese momento especialmente de Sophie, vio como ese hombre sacaba su espada y la preparaba para clavarla en el vientre de Gael, así que el joven corrió hacia el guerrero Sutherland para evitar que hiriera a su hermano, sin embargo, Edwin logró ponerse frente a Gael no para desviar la espada del enemigo, sino para recibir él la estocada en el estómago mientras su hermano subía a la pira para desatar a Sophie.

Edwin sintió un profundo dolor dentro de él, especialmente cuando su adversario torció la espada para hacer aún mayor el daño. Al instante, sintió

como las fuerzas le fallaban y caía al suelo de rodillas antes de que su espalda diera de bruces contra la fría hierba.

Aún sin ser conscientes del destino de Edwin, Gael cortó las cuerdas de Sophie antes de que esta se echara sobre él para abrazarlo.

—Ya está, mi amor. —La cogió en brazos para saltar cuanto antes de la hoguera que había a su alrededor—. Creí que iba a perderte.

Gael la besó cuando se alejaron del fuego y la abrazó con fuerza.

—No vuelvas a dejarme así —susurró contra sus labios—. Por favor, no vuelvas a hacer eso.

—Nunca, Gael —le prometió la joven.

El guerrero asintió y le alejó aún más.

—Quédate aquí, voy a comprobar cómo va todo.

Sophie asintió y se abrazó a sí misma para infundirse ánimo y valor, ya que todo había terminado. Gael había llegado a tiempo para salvarla y ya estaba entre sus brazos. Estaba segura de que ya nada podía ir mal mientras estuviera al lado y bajo la protección del guerrero.

Sin embargo, cuando el sonido de las espadas entrechocando unas con otras por fin cesó, Sophie escuchó el alarido de Gael. Desde donde ella se encontraba solo podía ver las piernas de su marido, por lo que, temiendo por su vida, corrió hacia él para encontrarse con una estampa dantesca. En el claro había más de una veintena de hombres muertos y, por lo que pudo contar del clan Sinclair, tan solo nueve de la decena que había visto anteriormente seguían en pie, por lo que Sophie dirigió su mirada hacia Gael, que en ese momento corría hacia uno de los cuerpos que yacía en el suelo.

La joven lo miró y sintió que una parte de su mundo caía bajo sus pies. Se acercó lentamente al que parecía ser el cuerpo inerte de Edwin y cuando

comprobó que así era, dejó escapar el torrente de lágrimas que acechaba sus ojos. No podía creer que aquel hombre que la había recibido en el clan desde el primer instante estuviera muerto a los pies de su marido, que comprobaba, desesperado, las heridas de su hermano.

—¡Edwin! —lo llamaba mientras tocaba sus hombros—. ¡Por favor, hermano, no! ¡Tú no!

Gael comenzó a sacudir a su hermano, pero no logró obtener respuesta de este. Sus hombres del clan se remolineaban a su alrededor y miraban con estupor el cuerpo del joven guerrero. Donald se adelantó a los demás y puso un par de dedos en el cuello de Edwin para comprobar si tenía pulso, pero cuando levantó la mirada y negó a Gael, este hizo el mismo gesto sin creer que su hermano estuviera muerto.

—No, no puede ser —dijo en voz baja—. ¡Edwin!

Gael puso las manos en las mejillas de su hermano y volvió a llamarlo, pero los ojos de este siguieron cerrados y sus manos cayeron inertes a ambos lados de su cuerpo. Sin embargo, el jefe del clan seguía sin creer que debía enterrar a su hermano pequeño y, por primera vez, Sophie lo vio tan desprotegido y desamparado que se acercó a él y pasó sus manos alrededor de sus hombros para reconfortarlo.

En ese momento, sus hombres decidieron dispersarse con la intención de darle a su *laird* un momento de intimidad para despedirse de su hermano.

—Lo siento —se disculpó Sophie—. Es culpa mía.

Gael negó con la cabeza en el momento en el que sus hombros comenzaron a sacudirse y se dejó llevar, por primera vez en su vida, por los sentimientos que atenazaban su corazón. En solo unas horas había estado a punto de perder a su esposa a manos de su enemigo y su hermano pequeño, el único que le quedaba, acababa de morir por una espada. De forma inconsciente, Gael llevó su mano a la herida, aún sangrante, de Edwin con la intención de frenar la hemorragia, pero la suave mano de Sophie lo detuvo y apretó su cabeza contra su pecho como si de un niño se tratara.

La joven vio a su marido tan perdido y aturdido que temió que, finalmente, la locura de la que hablaba Donald en su libro apareciera y echara a perder la paz y el amor que Gael había conseguido. Sin embargo, tras más de diez minutos observando el cuerpo muerto de Edwin, Gael se levantó del suelo con decisión y miró a Sophie con los ojos aún rojos. Aquella mirada ambarina causó tanta emoción en la joven que sintió como en su pecho se formaba un intenso nudo de dolor por el sufrimiento de su marido.

—Debemos irnos de estas tierras —dijo con voz casi rota—. ¡Coged su cuerpo!

Sophie asintió y se dejó llevar por Gael, cuya mano había tomado el brazo de la joven por miedo a que desapareciera también de su vida mientras sus hombres recogían con cuidado el cuerpo de Edwin, quien parecía tener una sonrisa de alivio en la comisura de sus labios.

—¡Nos vamos! —vociferó Gael cuando todos estuvieron listos.

Los caballos de los Sinclair, junto con sus jinetes, desaparecieron en poco más de cinco minutos de aquella taberna, dejando únicamente y con la boca abierta al sacerdote al que habían secuestrado y a las prostitutas que, tras ver la carnicería, huyeron de ese burdel en cuanto recogieron sus cosas por miedo a que las acusaran de ser ellas las asesinas.

EPÍLOGO

Un mes después

Sophie se despertó poco antes del amanecer y se sorprendió al verse sola en la cama. Después de lo ocurrido con los Sutherland, Gael no había querido separarse de ella ni un solo instante por miedo a perderla, por lo que siempre al despertar, el guerrero estaba con ella, despierto, mirándola mientras dormía y acariciando su cuerpo con tanta suavidad que incluso la joven se sorprendió de ese cambio de actitud, pues no parecía la misma persona que un mes atrás había matado sin piedad al jefe de los Sutherland.

Sophie había logrado durante ese tiempo quitarse el miedo de encima tras

haber estado a punto de ser quemada en la hoguera. Gael le había confesado que era una práctica muy común que se llevaba a cabo por los sacerdotes para evitar que las brujas pulularan por el mundo sembrando el caos. La joven finalmente terminó por explicarle que eso ya no existía en el siglo XXI y que hacía varios siglos atrás esa práctica había desaparecido por completo.

Con el paso de los días, Gael había comenzado a ser más abierto y amable con la gente de su alrededor, aunque aún sentía tanto dolor en su corazón y en su pecho por la muerte de su hermano que aún no había conseguido hablar con Sophie del tema. Nada más llegar al castillo le había pedido que no le recordara lo sucedido en la taberna, y la joven había aceptado aquella condición hasta que su marido estuviera repuesto por la pérdida, aunque se prometió a sí misma que, si pasado un tiempo seguía sin mencionar lo ocurrido, sacaría el tema para que Gael finalmente pudiera pasar página.

Sophie frunció el ceño, extrañada por verse sola en la alcoba de ambos. Miró a su alrededor mientras apartaba las sábanas de su cuerpo desnudo, pero Gael no estaba en la estancia. La joven se levantó de prisa por miedo a que hubiera hecho alguna tontería, se dirigió a la ventana y descubrió que el patio estaba aún vacío.

El cielo estaba casi a oscuras y el sol aún no había aparecido, aunque ya comenzaba a despuntar el alba. La joven se vistió de prisa con el mismo vestido del día anterior para no perder tiempo buscando uno limpio y salió del dormitorio mientras anudaba el último cordón de su vestido.

No sabía por dónde mirar ni a dónde podía haber ido su esposo, pero tuvo una ligera corazonada, por lo que se dirigió a las escaleras para ir al piso inferior y

después salió del castillo. La joven respiró hondo el aire puro de la mañana y sonrió al ver que los días ya comenzaban a ser diferentes, sin tanto frío y menos lluvias, aunque el patio estaba ligeramente embarrado por la última tormenta de dos días atrás.

Con paso ligero, Sophie se dirigió a la salida del castillo, concretamente al pequeño cementerio donde habían enterrado, hacía ya un mes, a Edwin. Cuando la muralla desapareció de su vista y se encontró fuera de los muros,

Sophie divisó la imponente figura de Gael. Efectivamente, tal y como había pensado, se encontraba frente a la tumba de Edwin. Lo habían enterrado poco después de llevarlo al castillo y había sido el propio Gael quien había cavado la tumba durante toda la noche a pesar de la negativa de Sophie, ya que pensaba que eso le traería más daño.

—Yo mismo lo enterraré —le había dicho—. No dejaré que nadie más lo toque.

Y así había sido. Gael había tomado en brazos el cuerpo de su hermano nada más salir las primeras luces del día y lo había depositado con cuidado en la tumba. Todos los habitantes del castillo acudieron al entierro y muchos de ellos sufrieron con la muerte del más pequeño de los Sinclair.

Después, el mismo Gael cubrió con tierra el cuerpo de su hermano y Sophie se dio cuenta de que a cada palada de tierra que caía sobre Edwin, Gael apretaba los puños con fuerza, al igual que la mandíbula. Le habría gustado correr hacia él y abrazarlo, pero sabía que la rechazaría en ese momento y que prefería estar solo. El Lobo se sentía herido y podría morder a cualquiera que se aproximara a él.

Cuando por fin todos se marcharon y quedaron únicamente Gael y ella, el guerrero se giró hacia la joven, que estaba un par de pasos detrás de él, y le tendió la mano. Sophie la aceptó y se abrazó a él mientras las primeras gotas de lluvia caían sobre ellos y regaban la tierra recientemente removida.

—Aún me pregunto qué ocurrió —dijo con voz ronca—. Edwin era uno de los mejores guerreros del clan.

Sophie se encogió de hombros.

—Tal vez no lo vio venir o intentó defender a alguien, pero no lo logró.

—Ya da igual —dijo Gael mientras apretaba a Sophie contra él—. Él te

amaba. Tal vez si hubiera dejado que fuera él quien se casara contigo ahora estaría vivo.

Sophie lo miró.

—No te tortures con eso. Yo te elegí a ti, y lo de Edwin ha sido una desgracia.

Le podría haber ocurrido en cualquier lucha.

Gael asintió y suspiró.

—Ordenaré que le hagan la mejor cruz para que así su tumba perdure en el tiempo.

Y así había sido. Tan solo dos semanas después de la muerte de Edwin ya tenían lista la piedra con forma de cruz celta que el propio Gael colocó en la tumba de su hermano y que en ese momento se encontraba observando con la mirada perdida.

Sophie se aproximó a él y lo abrazó por la espalda. Gael enseguida la reconoció y apretó su mano derecha contra las de la joven mientras que con su mano izquierda sostenía la espada de Edwin.

—Me he asustado al ver que no estabas conmigo —confesó Sophie mientras se apretaba más contra él.

—No podía dormir. Esta madrugada me despertó una pesadilla.

Sophie dejó su abrazo y se puso a su lado para mirarlo a la cara.

—¿Y qué ha pasado?

—Durante todo este mes, todas las noches he soñado con ese momento en la taberna sin llegar a saber qué pasó para que Edwin muriera. Sin embargo, esta noche ha sido diferente. La niebla que había en el sueño se ha disipado y he visto que cuando corría hacia ti para salvarte de las llamas, uno de los Sutherland estaba esperando para atacarme, pero Edwin lo vio y fue directo hacia él, recibiendo por mí el tajo. Fue culpa mía. No estaba pendiente de nada a mi alrededor. Solo deseaba llegar a ti...

—Es solo un sueño. No te tortures, por favor.

Gael negó.

—No. Estoy seguro de que no es solo un sueño. Quería saber qué ocurrió y estoy seguro de que Edwin, allá donde esté, me ha mostrado ese momento. Solo

espero que sea capaz de perdonarme.

Sophie pasó su brazo por la cintura de su marido.

—Claro que sí.

Después le señaló la espada que seguía sujetando con la mano.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Gael la miró. Antes de salir del castillo había atado a la empuñadura un lazo con los colores del clan Sinclair. Seguramente a su hermano le habría gustado que él se quedara con su espada, pero Gael sintió esa mañana, tras tener ese sueño, que no podía aceptarla, pues consideraba que era su culpa, así que, después de mirar a Sophie, que lo observaba expectante, Gael se soltó de su brazo y se acercó a la cruz que se encontraba en la cabecera de la tumba para después clavarla, con todas sus fuerzas, en la tierra.

El aire que soplaba en ese momento hizo ondear el lazo de la empuñadura y Sophie sintió que un torrente de lágrimas acudía a sus ojos. Sentía la muerte de Edwin como la de un hermano, pero hasta entonces se había obligado a permanecer serena para que Gael no viera su dolor y se sintiera aún más culpable. Pero la joven no pudo aguantar más y dejó escapar algunas lágrimas, que fueron recogidas por el pulgar de Gael antes de abrazarla.

Y así, entre los brazos del hombre al que amaba más de lo que había podido imaginar, Sophie sintió que no todo había acabado, sino que entonces empezaba su verdadera vida en Escocia y en un tiempo que no le pertenecía, pero que la había acogido como si ya formara parte de él. No deseaba volver al siglo XXI, pues allí sentía que no le quedaba nada que la hiciera feliz. Y deseó y rezó para que jamás volviera a existir un hechizo que la obligara a regresar a su tiempo.

Mientras tanto, Sophie se dejó abrazar por su marido mientras regresaban de nuevo al castillo para revivir una y otra vez el amor que se sentían mutuamente y que habían estado a punto de perder.

La comisaría de Wick no había dejado de recibir llamadas desde Francia, alertando de la desaparición de una joven que recientemente había comprado un castillo en la zona. Los familiares y amigos de Sophie no habían dejado de intentar contactar con ella después de varios meses desde que tuvieran el último contacto con la joven.

Los policías de Wick habían buscado una y otra vez por los alrededores del castillo y del pueblo, pero aquella joven parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra. Al cabo de un par de días descubrieron el coche abandonado por Sophie en medio de la nada y vieron que no había indicios de haber habido una pelea que mostrara que había sido secuestrada.

Y al cabo de pocos días decidieron cerrar el caso a pesar de las insistencias de amigos y familiares. Los policías supusieron que la joven había decidido desaparecer por su propia voluntad o incluso que se había suicidado desde la torre del castillo, haciendo impracticable la búsqueda de su cuerpo en el mar.

Sin embargo, con el paso de los años, unos excursionistas que pululaban por la zona del castillo descubrieron un par de tumbas que habían sido semienterradas por el paso del tiempo. Ambas se encontraban justo al lado de otra tumba en la que había una cruz celta y que no tenía inscripción. Sin embargo, esas dos tumbas sí tenían talladas unas palabras de difícil lectura, pero que tras mirar unos minutos descubrieron unos nombres: *Gael y Sophie Sinclair*.

Vivieron una vida llena de amor junto a sus hijos en este castillo. Dios guarde sus almas y las mantenga unidas en la eternidad.

Document Outline

- [Maqueta ebook El lobo de Escocia](#)